

El hombre que constantemente se arrastra (Spanish Edition)

Pages: 1144

Format: pdf, epub

Language: Spanish

[\[DOWNLOAD FULL EBOOK PDF \]](#)

-?Y qui?n crees que ha sido?

Una antorcha plantada junto al palo mayor alumbraba los cuerpos de los tres valerosos marinos que hab?an sucumbido peleando denodadamente. El insurgente que ven?a a la cabeza peg? un salto y lo atac? con el hacha levantada, pues el capit?n dio dos pasos atr?s, se apoder? de la segur que se hallaba en el cabo de banda y m?s ligero que un rayo le parti? el cr?neo de un formidable golpe. Los que lo segu?an se detuvieron, pero casi en el mismo instante irrumpieron diez o doce compa?eros con antorchas y armados de barras de hierro, gritando: El velero avanzaba con toda felicidad; desde su salida del Callao hab?an transcurrido treinta y seis d?as, durante los cuales hab?a ido dejando atr?s las islas Cornwallis, Bunty, Banck y Salander de la punta meridional de Nueva Zelandia, pero el islote que buscaba el capit?n no hab?a aparecido a?n. Al mediod?a del 23 de marzo?ste reuni? a todos los tripulantes en el puente y les dijo: -Es de esperar que se muestren a la altura de nuestros marineros, cuyo coraje qued? demostrado en el encuentro con el "Cape-Town". Con esos forajidos y un barco como el nuestro, pienso que llevaremos a cabo grandes cosas, tanto m?s cuanto que desde hace algunos a?os los piratas han disminuido. Las presas van a ser numerosas. Nombr? para el puesto al oficial que le segu?a en jerarqu?a, un bravo dinamarqu?s que hab?a dado muchas pruebas de valor y de experiencia marinera, y se retir? dejando a la tripulaci?n entregada al comentario de los dos hechos inexplicables: la desaparici?n de Walker y la persistencia de la voz misteriosa: Los m?s supersticiosos sosten?an que el velero estaba embrujado y los corajudos, que hab?a que tomar medidas para dar con los autores de esas pesadas bromas. S?lo los dos gigantes se re?an a reventar. -No sabr?a decirle, pero ciertamente a la isla m?s cercana. El brasile?o se volvi? a mirar al ex monarca como si no lo hubiese comprendido; luego le pregunt? con acento t?trico: Los dem?s callaron y miraron al segundo en cuyos ojos brill? un lampo de feroz alegr?a. -?Qu? son??Amigos o enemigos?

-?Lo hab?a sospechado!-declar? el capit?n. -En absoluto. Habl?bamos de los negros y de la trata. El malvado jefe pareci? reflexionar algunos minutos sobre las graves palabras del brasileiro, recogiendo la pistola que repuso en su lugar y declar?: -?Con tal que no nos hayan hecho una mala jugada! La otra noche so?? con ellos y los vi escapando con la caja de los caudales. El 13 de junio el "Garona" atravesaba el canal de la Sonda y por la noche pasaba delante de la isla de Billiton, la de los tupidos bosques y verdes colinas. A la ma?ana siguiente los piratas avistaron tres barcos cerca de la isla de Singhin, a seis millas de distancia, que se dirig?an a Sumatra. Parry hubiese querido darles caza, pero el segundo le hizo ver los riesgos a que se expon?a intentando un abordaje en aguas tan concurridas. El d?a 16, despu?s de pasar cerca de las islas Natura, el velero entr? a velas tendidas en el mar de China; el 18 pudo esquivar un tif?n que amenazaba tumbarla y al cabo de seis d?as de navegaci?n llegaba finalmente a las proximidades de Cant?n. -Hemos o?do el ruido de ramas rotas delante nuestro, detr?s de esa gran mata-inform? el s?bdito de Pembo. La isla de

Antigua, que se encuentra entre la de Johnstown y la Redonda, surgió como una roca perdida en el mar. El capitán, sin vacilar, mandó desplegar todas las velas de fortuna con el fin de alcanzar a la brevedad posible el estrecho que divide la isla de Cuba de la de Santo Domingo. Al cabo de dos días ponía la proa sobre Puerto Rico y veinticuatro horas más tarde se hallaba a la vista del Cabo Engaño. Pasó por delante y se aventuró a lo largo del banco Silver, cruzó a medianoche, al claro de luna, por la isla La Tortuga, culebre por sus filibusteros, y a la mañana siguiente la embarcación se deslizaba por el canal de Paso del Viento. Corrió todavía por espacio de dos días algunas bordadas a causa de las corrientes contrarias que soplaban en el estrecho, luego rasando las costas cubanas dobló al sur y a las tres de la tarde el vigía se alzó la angosta entrada a la bahía de Santiago. -¿Es el segundo!

-Huyamos, capitán; aprovechemos el paso que todavía está libre. Fíjese allí: hay cuarenta piraguas que tratan de bloquearnos. -¿Sangre del diablo!- exclamó Parry cuando se vio en alta mar. -¿Todavía no sé cómo hemos hecho para salir del paso. -¿Ahora vamos a arreglar cuentas, negro canalla! Te voy a enseñar cómo se venga un hombre blanco! -¿Pero... ustedes... nos habíamos prometido... la gracia! -clamaron. Un clamor inmenso saludó la caída del coloso, y alentados por el triunfo, los salvajes se pusieron a dar caza al compañero, detenido a unos cuarenta pasos del sitio en que estaban emboscados los tripulantes del "Garona". Este elefante era de mayor corpulencia que el que había sido abatido y poseía dos colmillos de extraordinaria longitud y admirable blancura. Al ver aproximarse a los agresores, cargó rabiosamente contra ellos, volteó a dos o tres y satisfecho trató de abandonar el campo y refugiarse en la selva. Los negros, empero, le cayeron rápidamente encima y lo acribillaron a lanzazos hasta dejarlo sin vida. Divididos luego en dos grupos se pusieron a arrancar a las víctimas a golpes de hacha la grasa, sustancia altamente apreciada por los naturales. Solilach abandonó el puente de mando y en cuanto trajeron los barriles los hizo atar a dos poleas y suspender a la altura del pico de la cangreja de popa. Luego instruyó a los encargados de maniobra: Como respuesta brillaron dos fogonazos: una bala pasó rozando el costado del buque pirata, abatió dos o tres vergas y mató a un marinero, mientras la otra agujereaba la vela del perroquete. -No te has engañado. A lo mejor será alguno de los ingleses muerto en el asalto al bergantín- dijo el brasileño y fue a confundirse con los demás tripulantes. Pasó un corto tiempo; el bulto se encontraba a unos doscientos metros cuando el comandante, que regresaba de la cabina del segundo, inquirió: -¿Bonga es un Hércules y Banes un titán. -¿En qué posición se halla?- preguntó el segundo. -Acepto tu consejo y perdono al negro, con la condición de que seas un buen camarada para mí. -No lo sé. Creo, por otra parte, que hay pocas probabilidades de que nos topemos con ese barco. Seis o siete dependientes fueron a su encuentro para preguntarles en mal inglés lo que deseaban. -Si no se entregan, matarlos- respondió el segundo con acento glacial-. Ahora avisen a los demás camaradas y ténganse listos. Dentro de tres días, a esta misma hora, reñanense aquí todos y estableceremos la fecha del levantamiento. Seis proyectiles tomaron de filo a la goleta, le quebraron el palo del trinquete e hicieron saltar parte del castillo de proa a la par que herían a varios marineros. La nave asaltante se acercó más, le echó los garfios de abordaje y una vez sujeta, la masa de forajidos armada hasta los dientes, se precipitó al puente donde un puñado de hombres pálidos y sangrando la recibieron con una salva de fusilería. Poco duró la resistencia, pues fueron dominados por la aplastante superioridad numérica de los piratas, que los acribillaron a tiros, hachazos y cuchilladas, hasta acorralarlos a las bordas y arrojarlos al mar. Una vez aniquilada la entera tripulación, los bandidos transbordaron al "Garona" toda la carga que llevaba la goleta, compuesta de piezas de terciopelo y de sedas provenientes de Calcuta; los dos cañones con que se había defendido; los víveres, los aparejos y dos cajas de hierro halladas en el camarote del capitán que contenían doscientos mil dólars en oro destinados al Banco de Melbourne. Con la ayuda de los marineros comenzaron la fatigosa ascensión aferrándose a las salientes de las rocas con el peligro de rodar a cada rato y romperse los huesos. Por fin llegaron a la parte superior y el capitán, haciéndole ver al segundo lo llano de la superficie, le explicó: -Espero que no iré, capitán. No hay que fiarse mucho de estas bestias. -¿Para nuestras plantaciones necesitamos trescientos: cien hombres, cien mujeres y cien menores. -¿Me han entendido?- volvió a rugir el capitán.-¿A tender las velas! El que no obedezca tendrá que verse

conmigo! El que manda aquí soy yo! -¿Lo s?, lo s?! -aseguró Solilach-. Pero lo tengo de ojo y no me dejaré sorprender. Al menor intento lo voy a matar como a un perro. ¿Lo sabe bien, que no tengo la costumbre de bromear. -S?; me parece que es la francesa.

-¿He aquí un nuevo y bravo marinero! -¿Maldito brasileño! Nunca haré de buen grado el pirata. -Disculpe, capitán, pero se es otro asunto. ¿Qué quiere, odio a los negros y no puedo verlos cerca de mí! Tengo una vieja cuenta pendiente con esa raza. Pembo comprendió que su vasallo tenía que decirle algo en secreto, se despidió de los dos marinos y con aquí volvió al barracón. -¿Push! Treinta hombres! -estimó el jefe pirata con una mueca de desprecio. Pembo era un negro robusto, muy alto y representaba unos cuarenta años de edad; su rostro, alterado por el desmedido abuso del alcohol, aparecía horriblemente contraído, lo que le daba un aspecto espantoso. La indumentaria no podía ser más ridícula: llevaba en la cabeza un casquete rojo ornado con amuletos de piedra y coronado de un penacho de plumas de vivos colores que sacudía incesantemente para hacer tintinear unas pequeñas campanillas allí escondidas; su pecho, completamente desnudo, estaba cubierto en su totalidad de tatuajes que mostraban cabezas de leones y garras de monos; sus brazos y piernas cargaban numerosos anillos de marfil y cobre y brazaletes de lata; una corta falda gastada y sucia, de tela rayada, en la que resaltaban cuentas de vidrio, le cubría los muslos, y en la cintura ostentaba un hacha de guerra y un "simo", especie de sable dentado como una sierra. Detrás de él salieron una docena de mujeres cubiertas con breves faldas de colores chillones, engalanadas con pulseras, anillos y gruesas cuentas de vidrio y el cuello sujeto con pesadas argollas de bronce que les aplastaban los hombros. El capitán mandó disparar un cañonazo de saludo y echar al agua una lancha, provista precaucionalmente de una espingarda, que ocupó con su segundo y ocho marineros armados. Cargose una buena cantidad de frascos de aguardiente, y luego de diez minutos de rápida carrera la expedición desembarcaba en medio de los alaridos de una muchedumbre de indígenas que parecían enloquecidos de contento. Solilach, seguido de su escolta, se dirigió directamente a la morada de Pembo, el rey de la tribu, compuesta de tres vastas cabañas con techo de paja, circundadas de verandas y pintadas de rojo, situadas en la mitad de la población. Dos hileras de palos toscamente esculpidos con serpientes y fetiches adornados con amuletos de piedras diferentes y colas de animales, formaban una especie de calle que conducía a la entrada principal. La formidable algazara que armaban sus sábditos había despertado seguramente al monarca, el cual apareció en la puerta de su "temb". A la vista del capitán emitió un grito gutural que no tenía nada de humano, se precipitó hacia él y aferrándole la mano se la sacudió repetidas veces a la moda europea. -¿No teme a los buques patrulleros?

Los marinos, a la voz imperiosa del jefe, se incorporaron de un salto, y recogieron con toda premura sus armas y abrigo y huyeron hacia la ribera. Era tiempo. Minutos después una ola enorme, espumosa y burbujeante, bajaba con extraordinaria pujanza por la cuenca en pronunciado declive, haciendo rodar pesados peascos y grandes troncos de árboles. En un instante el ancho y rido lecho del río se había convertido en un torrente impetuoso de más de un metro de altura y en constante crecimiento. Los expedicionarios, desconcertados y aturcidos, contemplaban el fenómeno con ojos de espanto. -¿Restos de embarcación a tres millas barlovento! Pasaron algunos días sin el menor cambio meteorológico: las velas pendían inertes de los mástiles sin que las agitase el menor soplo de aire; el calor aumentaba y el ambiente se volvía sofocante; el mar aparecía liso como una placa de metal y el sol ardiente quemaba los ojos. La marinería se refugiaba en las bodegas buscando los rincones más húmedos y oscuros en procura de un poco de fresco y sólo por la noche salía a respirar sobre cubierta; los esclavos, encadenados en el entrepuente, se mantenían en calma, pero en las miradas que dirigían a los centinelas se adivinaba cuánto padecían y cómo aspiraban a un poco de libertad de movimientos. ¿Quinientos seres humanos estibados y amarrados en un lugar estrecho y en ese clima, debían sufrir horriblemente! -No tengo nada que decir, señor. -¿Y a usted qué le importa? -le espetó el interpelado en forma grosera y poniéndose de pie. -¿Dices que no me desanime! -exclamó el gigante blanco con amarga ironía. -¿Hace tanto tiempo que espero en vano ese día, que ya he

perdido la esperanza de que llegue! -?Cu?l es?

El brasile?o se volvi? como si lo hubiese mordido una serpiente y se vio a Bonga delante que le se?alaba a los piratas trepando por las rocas y cuatro ca?ones apuntando a los marineros. Apenas si tuvieron tiempo para repararse de un pe?asco que ya la metralla llov?a sobre estos a una distancia de treinta pasos. Los franceses tuvieron que replegarse y reembarcar en sus lanchas llev?ndose una cantidad de heridos y dejando entre las rocas no pocos cad?veres. A bordo encontraron enormes da?os: la cubierta estaba llena de materiales y cuerpos destrozados y las bandas del barco ya no ofrec?an ning?n reparo. Con un fleco y la vela mayor pudo alejarse penosamente a cuatro millas del islote. Mientras los piratas estaban abandonados a la m?s desenfundada cr?pula, en lo alto de los bastiones, un hombre, apoyado en el afuste de un ca??n, parec?a hallarse absorto en graves pensamientos. Deb?a esperar a alguien, porque de cuando en cuando se incorporaba con movimientos de impaciencia y murmuraba frases truncas. Y a medida que pasaba el tiempo aumentaba su nerviosidad y su rostro cambiaba por momentos de expresi?n; en?l se alternaban el odio, la tristeza, c?lera, la alegr?a; sus labios murmuraban maldiciones, juramentos, amenazas. Era Banes, infeliz, exasperado, harto de arrastrar su vida entre todos esos miserables, que estaba esperando a Bonga para combinar entre ambos la proyectada fuga. El 22 de diciembre, despu?s de un reposo de dos semanas, el capit?n y cien marineros, entre los que figuraban Banes y Bonga, se embarcaron en el "Garona" con la bandera inglesa flotando en el palo mayor, y abandonaron la bah?a en busca de alg?n barco bien cargado proveniente de la India o de Australia. El resto de la banda qued? al cuidado del fuerte al mando de uno de los oficiales. El mar estaba tranquilo y una ligera brisa del sur empujaba al velero a moderada velocidad hacia la costa australiana. -No es mala la idea, capit?n Parry-convino el subalterno. -?Capit?n Solilach, trescientos mil d?lares!-proclam??l mismo y gir? una mirada en torno para ver el efecto producido. -?Que esos canallas nos est?n imitando!?Observe c?mo los del otro buque est?n realizando la misma operaci?n! Los marineros, vueltos furiosos por la revelaci?n, quisieron arrojar sobre los prisioneros, pero el comandante, con un gesto, los contuvo. Contestaron con una lluvia de flechas que tumb? a dos de sus hermanos de raza que formaban en el otro bando y provoc? una descarga cerrada de los fusiles europeos. Los salvajes retrocedieron, dejando en el terreno media docena de cad?veres. Dos de los piratas aferraron a uno de aquellos desventurados y, a pesar de su desesperada resistencia, lo arrastraron a la orilla de la meseta y all? lo tuvieron sujeto para permitir que el capit?n le descerrajase un tiro en el pecho; luego, de un empuj?n, lo lanzaron al vac?o y toda la banda festej? el espect?culo que ofrec?a su cuerpo rebotando de pe?a en pe?a hasta unirse deforme y ensangrentado en las profundidades del mar. Despu?s que se les aplic? el mismo castigo a los otros prisioneros, el perverso comandante se dirigi? a su mesnada para advertirle: -Yo lo he obedecido; no olvide el agua. -?Y ese endiablado de Parry que querr?a verme convertido en pirata...! -exclam? Solilach indignado-.?Yo un ladr?n...! Parry los salud? con un movimiento de la mano y se march? a dormir. Cuatro horas despu?s, cuando el sol empezaba a calentar las tablas de cubierta, subi? el capit?n y fue a reunirse con el oficial que lo esperaba a proa. -?Cu?ndo acabar? este agotador reposo? Los dos hombres, que lograran aunque un poco tarde forzar la tapa de la sentina, se detuvieron un instante, pero Banes apretando los dientes y con los pu?os cerrados, se abalanz? contra el ex segundo. -Tambi?n a m?, se?or, me repugna hacer el oficio de negrero-confes? el joven oficial-. Me falta el?nimo para presenciar tantos horrores y, como si fuera poco, tener delante la perspectiva de ser ahorcado. -?Perfecto, amigo Banes! Ya tengo aqu? escondidos dos picos y una linterna ciega, de manera que ma?ana a la noche podremos ponernos a la obra. -S?, tengo esa audacia y tambi?n la de decirle que estoy cansado de estar entre esta mesnada de piratas y de ser c?mplice de sus execrables delitos. La chusma piratil no se hab?a dado cuenta de nada, entretenida en dar fin a las?ltimas botellas robadas, bailando y aullando como dementes, mientras el infortunado bergant?n se alejaba, lentamente al principio, y desaparec?a entre las nieblas de la madrugada. El velero, remolcado por cuatro lanchas fue a fondear en la bah?a. Seguido por sesenta hombres, el capit?n lleg? a la cintura amurallada del fuerte cuyo port?n estaba de par en par abierto. Todos se precipitaron al interior lanzando gritos estent?reos y recorrieron las habitaciones una por una sin

encontrar alma viviente. Delante de la puerta de uno de los almacenes el comandante se detuvo: un olor nauseabundo, como de carne podrida, salía de allí. Después de dos días de rápida navegación, el velero llegaba sano y salvo a su refugio del islote. Los desperfectos sufridos por las balas enemigas habían sido reparados y los diez hombres muertos por la metralla arrojados al mar. Sin perder el tiempo, el capitán Parry hizo desembarcar los doce cañones que formaban el armamento del "Garona" y colocarlos en los bastiones del fuerte. Estaba seguro que la fragata, una vez arreglados los deterioros y compuesto el velamen, se lanzaría en su busca y tarde o temprano descubriría la guarida, por lo que era urgente hacer todos los preparativos destinados a rechazar el ataque, que sin duda sería formidable. El interrogado se puso pálido pero permaneció mudo. Parry, en un acceso de furia, lo derribó de un golpe. -¿Habrá descubierto a la banda de Bonga? -susurró el oficial al oído de Parry-. Voy a preguntárselo. Capítulo 7. El abordaje

-¿Dónde se encuentran las grutas? -inquirió el lugarteniente. -¿Esa es la verdad! -conviniere en coro los presentes. -Es verdad -asintió el comandante- y su capitán debe ser un experimentado lobo de mar. Con todo, será inútil lo que haga; dentro de dos horas y tal vez menos, lo habremos alcanzado. Capítulo 21. La venganza de Banes

-¿Cuánto darías por volver a África, rever sus bosques, el Coanza, tu reino? -Bien; si eso es todo, sepa que volvemos a África, al Coanza, a cargar negros para Santo Domingo. -¿Nunca! -contestó el leal marinero defendiéndose como un tigre acosado. Capítulo 10. El desembarco de los negros -¿No se ve! -exclamaron los primeros en asomarse. -Depende de la concurrencia; cuando escasean los negreros, se pagan mejores precios. Hoy que el tráfico es reducido, el valor ha subido notablemente: un hombre robusto vale mil dólares; una mujer, de seiscientos a mil y aún más, según su belleza y complejidad; un adolescente de doce a veinte años, se cotiza entre doscientos y quinientos, y un niño, cincuenta o cien. -Pueden pasar a elegirlos.

-¿Sapristi! Es un lindo regalo para nuestros marineros! -¿Cada cual a su puesto y que nadie ose decir una palabra más o lo líquido sin asco! -Bueno; dejemos los piratas y pensemos en nuestros asuntos, lugarteniente. ¿Está todo preparado en el entrepuente? -¿Por mil escotillas...! No estoy ciego! En el puente de mando, un hombre de elevada estatura, facciones energicas al par que bellas, ojos negros y penetrantes y barba corta muy oscura, observaba las actividades de la tripulación, mientras a su lado otro consultaba atentamente un mapa de la zona. La figura del último contrastaba notablemente con la del primero, pues era bajito, nervudo, de rasgos angulosos, frente angosta, mirada dura, barba rojiza e hirsuta y piel bronceada. Después de estudiar algunos minutos la carta se volvió al compañero y le informó con voz spera: Capítulo 18. La caza al pirata

-Esto le demuestra, capitán, lo imprudente que es no quemar los barcos saqueados. Una vez en el fondo del mar desaparece el riesgo de que nos den estos disgustos. Bonga sólo lo miró, pero su mirada encerraba tanta fiereza como desprecio. Eso puso fuera de sí al pirata. -Cuando los ingleses nos aborden, mientras nosotros rechazamos el ataque, ustedes empujan los barriles al barco enemigo, los abren y pegan fuego al líquido. En cuanto se corran las llamas, nos avisan. -¿Precisamente! -aseguró el capitán más irritado aún por el tono burlón. -Tenga un hermano a bordo de ese leño... Capítulo 9. La isla de Cuba

-¿A birses, a birses indujo yenkoro!

-¿Les damos caza?

Bonga levantó con altivez la cabeza, contrajo colérico la boca y le dijo con voz estridente: -¿Capitán! -repetió el otro con voz más fuerte. El brasileño, con dos golpes de remo se acercó a la playa y, loco de dolor, se arrojó sobre el compañero. -Espero, Banes, que me seas tan amigo como lo eras del comandante Solilach. Estrecha mi mano; no quiero que un robusto y valiente marinero

como t? me guarde rencor. -"Ramba" -indic? el capit?n.

El 27 de marzo, cuatro d?as despu?s, los vig?as avisaban que se divisaba un islote. Parry trep? a la cofa y apunt? su anteojo. Los marineros se acercaron a la mata con los fusiles en la mano y los cuchillos entre los dientes, y a la entrada tropezaron con el cuerpo del otro explorador que presentaba una ancha herida de lanza en el pecho. De sus matadores no se notaba la menor huella. El gigante dio otro paso y estaba por ech?rsele encima cuando apareci? Bonga. El negro vio el peligro a que se expon?a su amigo y tom?ndolo por un brazo lo arrastr? fuera de all? a la par que le susurraba al o?do: -Yo creo que unos pocos hombres y aun sin ca?ones, podr?an desde esta posici?n rechazar a un ej?rcito entero. -Tiene que ser una cosa muy importante para que pretendas tanta agua de fuego-observ? Solilach. -?R?ndete!-volvieron a gritarle los excamaradas furibundos. -Parece que hemos escapado a la muerte en la batalla naval para venir a perecer de calor y sed en la zona t?rrida. -?Sea!-convino el comandante, y orden? desde la orilla a los marineros de a bordo descargar otros cinco barriles de aguardiente. La cara del negro tom? una expresi?n sombr?a, luego inclin? la cabeza sobre el pecho y murmur?: Enormes pe?as lanzadas a lo alto por la violencia de la explosi?n, ca?an en la bah?a y una columna de humo rojizo envolv?a al islote. Todo lo construido en su cima hab?a desaparecido: el fuerte entero hab?a saltado al aire y en su lugar s?lo hab?a quedado la roca pelada, que segu?a perdida en la inmensidad del oc?ano, golpeada constantemente por las espumantes olas. -Dentro de seis o siete meses.?Lo dudas? El nombrado dio un salto y tom? el saquito que el capit?n sonriente puso en sus manos. A continuaci?n fue llamando uno a uno a todos los marineros y a cada cual se le entreg? una participaci?n de trescientos d?lares. Cuando hubo concluido con el?ltimo, Solilach peg? un puntapi? a la silla en que hab?a estado sentado y exclam? con acento satisfecho: -?Por fin!-exclam? el capit?n suspirando. Los compa?eros, avergonzados, tomaron posici?n detr?s de las hogueras jurando masacrar a todos los leones de?frica. En efecto, varias de estas fieras, rugiendo furiosamente, brincaban por la llanura y se acercaban cada vez m?s al campamento. Los guerreros de Pembo, atemorizados, aullaban como demonios y corr?an alrededor de las hogueras blandiendo sus lanzas. Tambi?n los marinos, que no estaban habituados a esos impresionantes conciertos, se hab?an agrupado bajo el?rbol que se alzaba en el centro del lugar, pose?dos de cierto p?nico, sobre todo al ver que dos de esos carniceros, de enorme corpulencia, se preparaban, a poca distancia, para asaltarlos. -?C?lmate!?Hemos llegado demasiado tarde!?A su tiempo lo vengaremos! Volvieron al puente completamente de acuerdo. Dos vig?as provistos de poderosos anteojos se situaron en las cofas m?s altas para explorar el horizonte y el velero, con viento propicio, prosigui? tranquilamente su ruta. Parry se puso a recorrer el puente y cada vez que pasaba por la escotilla del palo mayor, lanzaba una ojeada a la masa de esclavos hacinados en el entrepunte como si meditase alg?n plan siniestro. Despu?s de varias vueltas baj? y orden? al centinela ponerle doble cadena al monarca cautivo.?ste se dej? hacer sin intentar la menor resistencia ni despegar los labios: s?lo en el brillo de sus ojos pod?a advertirse que hab?a adivinado los perversos prop?sitos de su enemigo. Al amanecer del d?a siguiente uno de los marineros que estaba de guardia anunci?: -?Y por los peque?os?

-Hombres que cazan-inform??ste-.?No oye los ladridos de los perros? Deben perseguir elefantes. -Esperemos que nuestro "Garona" pueda hacer la carga completa, para no tener que ir hasta las costas de la Hotentotia a buscar lo que falte.?Cu?ntos esclavos necesitan los plantadores de Cuba? Esta vez el mar no era del todo tranquilo. Soplaban un fuerte viento sudeste que levantaba un gran oleaje y densos vapores corr?an por el cielo. Apenas la embarcaci?n hubo transpuesto el canal, empez? a balancearse reciamente y hubo que tomar una mano de tercerolas a las velas de gavia y arriar las del m?stil de juanete para darle mayor estabilidad. La intenci?n de los piratas era llegar a los mares de la India para asaltar a los barcos procedentes de China y de las C?lebes. Parry conoc?a muy bien esos parajes y sab?a d?nde encontrar puertos desiertos para el caso de tener que reparar alguna aver?a. A Banes no pareci? desagradarle la ruta elegida y acerc?ndose a su inseparable compa?ero le dijo: -Lo que hacen otros piratas: vaciarles las calas, tirar al mar a los tripulantes y pegarle fuego a la embarcaci?n. La oscuridad era tan espesa que no se ve?a a cincuenta pasos y los

hombres de guardia hubieron de congregarse a proa para vigilar las anclas. Hacia la una de la mañana Bonga, que había quedado solo, creyó ver brillar una chispa de luz a unos ochocientos metros de la embarcación. Estuvo a punto de dar el aviso, pero un pensamiento lo contuvo. -Embolsé doscientos mil dólares—le confió Solilach del mejor humor. -¿Adónde van?—inquirió inquieto el negro. -¿Maldición!—bramó el comandante rabioso.—Alguien se atreve a burlarse de mí??? Como lo descubra, guay de mí! -Y el diablo también—agregó su superior—. Levemos enseguida la noticia a bordo. -Desgraciadamente temo que haya pocos tripulantes de parte nuestra. Todavía no se había apagado su sonido cuando un fantasma de estatura gigantesca, envuelto en una sábana, apareció en el castillo de proa. Los marineros, aullando de terror, corrieron como gamos hacia popa, instante que aprovechó el espíritu para esfumarse. Lo hizo con la mayor oportunidad, pues en ese momento el capitán, el segundo y todos los marineros, que habían sido despertados por el batifondo que armaran los asustados guardianes, acudían a ver de qué se trataba. Estos últimos, todavía alelados por la impresión, no atinaban a articular palabra; sólo el brasileño, con voz que trataba de hacer temblorosa, pudo decir: -¿Por qué suspira?—le preguntó el comandante al ver que se le alteraban las facciones. -Bonga—contestó el interpelado con altivez. -Pregúntalo a ellos—dijo señalando a sus subordinados— y te dirán que Bonga era el rey de la poderosa tribu de los cassenhas. -¿No me había engañado!—exclamó el comandante jubiloso—. Ahora hay que ver a qué clase de naves pertenece—y apuntó el antejo que le tendió un marinero. Al cabo de un rato prosiguió: -¿Alguno, muchachos! Es una de las buenas y debe estar preparada! Las dos de proa cayeron a plomo y el barco retrocedió algunos metros describiendo un semicírculo sobre sí mismo. Cinco minutos más tarde los negros liberados vinieron a echarse a los pies del capitán, el cual sonreía al observar cómo el arrogante Bonga lanzaba sobre Parry, que se había armado de dos pistolas, miradas sombrías y llenas de rencor. Los africanos se pusieron a danzar alrededor del jefe blanco y a dar saltos prodigiosos; luego se asieron de los obenques y de las escalas de cuerdas y treparon a lo más alto de los mástiles llamándose uno a otro y riendo como escolares en la hora de recreo. Sólo Bonga no tomaba parte en el juego y se paseaba en silencio por la cubierta. Al cabo de sesenta minutos, el comandante dispuso que los esclavos fuesen reemplazados por otro grupo y aunque los que acaban de gozar de un momento de libertad recobraron el aspecto tético y taciturno, se dejaron llevar a la cuadra sin la menor protesta, lo mismo que Bonga, quien recibió sus cadenas calladamente. -¿Viva nuestro capitán Parry!

-La piratería es un oficio que enriquece rápidamente...?Y no con la trata de negros!—repuso el primero. La quietud atmosférica persistía y el calor se hacía cada vez más agobiante. El “Garona” seguía inmobilizado en esa zona de fuego; el agua de los toneles se iba agotando y las preocupaciones del comandante se hacían más intensas. El 24 de octubre varios tiburones estuvieron rondando en las cercanías del barco. Parry los señaló a los marineros y dijo con voz irónica: -¿Sufres?

-Sí, Vázquez—acordó el comandante volviendo al puente de mando—. Estoy bien seguro de que serían honorablemente recibidos.—Y ordenó: -¿Levanten las anclas! -Temo que un golpe de sol le haya atacado el cerebro a Parry. A la medianoche embocaban el estrecho de Macassar, entre Borneo y las Célebes, y durante diez días el velero prosiguió su ruta hacia el sur sin ver tierra; al undécimo avistaba la isla de Sumbava y veintidós días después alcanzaba el cabo Entrecasteana. En esos parajes el viento sopla fuerte, de manera que pudo redoblar la marcha y una semana más tarde oír cómo uno de los vigías señalaba desde su cofa el islote a quince millas sotavento. -Acepto su oferta.

-Banes, si te confiase que dentro de dos meses cuento con que podamos abandonar esta nave después de habernos vengado, ¿qué dirías? Salieron en silencio y fueron a reunirse con los demás marineros que estaban halando las brazas. Poco después, el “Garona” enderezaba su proa hacia el Cabo de Hornos. -Bonga, díles que la tendrán, pero que retornen a su sitio. -¿Horrible sueño!—exclamó el dinamarqués. El 12 de marzo cambió el viento hasta entonces favorable y el cielo se cubrió de nubes. El velero se vio obligado a avanzar corriendo bordadas y a la noche buscar

refugio en el golfo de Carpentaria, echando anclas cerca de una profunda ensenada.
-Regresemos—sugiri? el africano-. No es prudente permanecer aqu?. -S?, Quito, que est? a 2,827 metros de altura...?Miren all?, al fondo de aquella bah?a: es la ciudad de Valdivia! -Esc?chame, Bonga.

Y as? transcurrieron tres d?as de obstinada carrera bajo un viento impetuoso del norte: las embarcaciones se encontraban en aguas de Mindanao y la separaci?n entre ellas era s?lo de tres millas. El 5 de julio, el cuarto d?a, Parry decidi? utilizar la noche para hacer falsa ruta: el tiempo le era propicio, pues el cielo se hab?a cubierto de nubes y tras la puesta del sol las tinieblas se hicieron tan densas que no se distingu?a un islote a doscientos pasos. Mand? apagar todas las luces y a la medianoche vir? de bordo y enderez? hacia la Cochinchina. Naveg? de este modo toda la noche, pero cuando al despuntar la aurora los piratas iban a cantar victoria y a festejar el buen resultado de la treta jugada a los nav?os de guerra, con gran desesperaci?n se los vieron delante y a menos de dos millas de distancia. Sus capitanes, que ser?an sin duda expertos lobos de mar, hab?an adivinado la artima?a y acertado camino siguiendo la l?nea recta en lugar del?ngulo que hab?a descrito el "Garona". Cuando los negros vieron aparecer a los marineros con los barriles, cesaron en sus manifestaciones de protesta. En el puente el capit?n tom? a Bonga de la mano y present?ndolo a la tripulaci?n, que no sal?a de su asombro, dijo: Iba a cumplirse la orden, cuando se escucharon silbidos y gritos que ven?an de la playa, se observaron siluetas que se mov?an entre las rocas. De repente brillaron grandes fogatas y a su resplandor pudieron verse a unos doscientos dayakis armados, los cuales aullando como demonios lanzaron una granizada de piedras y flechas contra el velero. Los artilleros se precipitaron a sus ca?ones para repeler el ataque, momento en que el segundo se acerc? al capit?n para decirle al o?do: -?Por qu?—pregunt? extra?ado el joven oficial. Se hizo tomar a la nave esa direcci?n y al poco tiempo apareci? el alto pico del Kini-Bel?, que casi siempre se halla cubierto de nubes. El velero no marchaba a m?s de tres nudos por hora, pero la meta s?lo distaba unas cuarenta millas. Los piratas confiaban en recorrerlas f?cilmente, cuando el cielo comenz? a encapotarse, el viento a duplicar su fuerza y el mar a fabricar olas elevadas. Con todo, la embarcaci?n, golpeada por todas partes y con el puente inundado, se mantuvo bastante bien toda la noche, pero a la madrugada, cuando no la separaban de la isla sino unas quince millas, se oy? la voz del timonel anunciar: -Tenemos suerte; se trata de un bergant?n de bandera inglesa, de unas seiscientas toneladas, si no me equivoco. -?Es un crucero?

-Es muy larga la distancia para distinguirlo—contest?- y menos reconocerlo. Si es un buen le?o pronto habremos de comprobarlo; por ahora esperemos. De resultar una nave de guerra, no tardar? en iniciar la caza. -?Eres t?, Bonga?—pregunt?.

Dos hombres se precipitaron al puente, derribaron a algunos complotados y liberaron al comandante en el momento en que iba a ser rodeado: eran el oficial y el marinero Fuego, que hab?an o?do los gritos de muera y volado a ponerse al lado de su jefe. Acercaron un barril a la abertura y desde el agujero lo corrieron con las manos para tajarla; luego abandonaron el subterr?neo. El comandante dirigi? los ojos hacia la isla y divis? una costa m?s bien baja, circundada de rocas, escolleras y bancos tan peligrosos que hac?an imposible un atraco. Oscuras selvas con?rboles de m?s de treinta metros avanzaban hacia el mar, entre las que se abr?an fatigosamente camino numerosos riachos y torrentes. El "Garona" naveg? paralelamente a la costa durante una hora, hasta que apareci? una bah?a profunda que pod?a dar abrigo a media docena de embarcaciones. Avanz? entonces lentamente entre las escolleras que la rodeaban, sondeando con cuidado el fondo en previsi?n de que hubiese alg?n banco de arena. Cuando ya se hallaba casi en medio de la bah?a, se produjo a popa un choque seguido de un crujido siniestro. -S?—contest? Bonga poniendo al descubierto sus dientes magn?ficos. Una sonrisa se dibuj? en los labios de Banes. Por fin dijo: -?Qu? desea??Qu? es lo que exige de nosotros, ingleses, compatriotas suyos? -?Bravo!?A Cant?n!?Viva el capit?n!—grit? la chusma entusiasmada. -Camina demasiado derecho para estarlo, aunque no tendr?a nada de particular, pues le gusta bastante empinar el codo. -En ciudades de Cochinchina y China, bien o mal, se encuentran siempre compradores. El rey de los

casenhas, que hasta entonces hab?a permanecido quieto, se estremeci? al o?r esas palabras y fue a colocarse a cuatro pasos de su enemigo. ?ste lo contempl? en silencio algunos segundos dejando trasparente en sus facciones el odio brutal de que estaba pose?do. -?Miserables!

-?Temerario!?Quieres hacerte matar sin vengar al capit?n Solilach? -Tendr?s lo que pides–accedi? el capit?n. -?Entr?gate, Solilach!

Conclusi?n

-Bien; la fortuna est? con nosotros–coment? Solilach restreg?ndose las manos-. Haga izar al tope mi bandera, por cualquier contingencia. -Acampemos aqu?–dispuso el comandante de la expedici?n-, y ma?ana a primera hora atacaremos. -?Alto, Banes!?Alto, Bonga!

-?Parece imposible–dec?a al segundo- que no navegue ning?n barco por estos parajes! Si dentro de dos d?as no topamos alguno, subiremos hacia el noroeste en busca del archipi?lago de la Sonda. Los dos piratas caminaban tomados del brazo y se abr?an camino a fuerza de codos, con gran indignaci?n de los chinos que les dirig?an miradas amenazadoras y les aplicaban el ep?teto de “fan-konaio”, o sea, demonio extranjero. Despu?s de media hora de marcha, los honorables caballeros se detuvieron delante de un negocio de art?culos generales que parec?a dedicado al comercio al por mayor. El coloso le volvi? la espalda y se dirigi? a proa seguido por la mirada furiosa del comandante que se qued?, murmurando: El exacerbado Parry aplic? su antejo al mar y divis? a la distancia de quince millas dos nav?os al parecer de gran porte. Profiriendo maldiciones mand? suspender la operaci?n y bracear las velas para apartarse de esa costa peligrosa y navegar hacia el sur. Cuando vio que el velero tomaba viento, trep? al palo mayor y volvi? a dirigir el instrumento al horizonte. Pocos instantes despu?s se le vio abandonar el puesto r?pidamente y descender, o mejor dicho, dejarse resbalar sobre cubierta. -?Rep?telo!–aull? de nuevo el capit?n. -Ganaremos mucho–contest? ?ste arrugando la frente ante el castigo, gratuito, pues en el fondo era de buen coraz?n. -?Vamos!–gritaron al un?sono los marineros. -?Les sorprende?

-?Pagar?n mucho por los esclavos?

Banes se march? a dormir y al d?a siguiente fue despertado por una enorme gritera que llenaba los mbitos del fuerte. Un cuerpo negruzco, que luego tom? las formas de una canoa, se hab?a separado de la costa y se acercaba r?pidamente al velero; se ve?a el agua espumar y se o?a el rumor lento y mesurado de los remos. Llevaba a dos blancos y ocho negros y cuando estuvo junto a la escala del barco uno de los primeros se inform?: Diez ca?os de fusiles tomaron de mira al r?bol cuya parte superior el infeliz se esforzaba por alcanzar, hicieron fuego y el cuerpo acribillado de balas cay? al pie de los tiradores. -?Los ven? Por sus bocas pasar? una buena cantidad de negros. -No lo creo; pero si el mar se hace grueso, temo que nuestro tim?n se quiebre f?cilmente. -Se?or Parry–le dijo-. Me veo obligado a reducir la raci?n de agua porque temo que llegue a faltar. -?Miren!–les dijo el segundo indic?ndoles un punto en el r?o. Banes y Bonga formaban parte de la guardia. El primero, despu?s del incidente que tuviera con Parry, se hab?a encerrado en un mutismo feroz, y a quienes lo interrogaban s?lo contestaba con monos?labos y en forma ruda. El negro lo respetaba en tal actitud, pero esa noche ten?a inter?s en conocer su opini?n sobre el estado de cosas y tambi?n los proyectos que alimentaba. Estuvo un largo rato observ?ndolo callado, hasta que le puso una mano sobre el hombro y le dijo: -No sea tan confiado, capit?n. Conozco a tres que podr?an darnos caza sin esfuerzo. -Obedecerme ciegamente y estar listos para amotinarse en cualquier momento. -Capit?n–le dijo- es mejor retirarse antes de que la situaci?n se vuelva cr?tica. Aprovechemos el viento que ahora nos es favorable. -?Condenaci?n!–rugir? Parry-.?Fuego! -Es un oficio que rinde cien veces m?s, se?or–replic? el segundo con toda tranquilidad. -Vamos a rodearlos–dispuso el lugarteniente-. Tratemos de que no se nos escapen. -?No tengan miedo!–les grit? el lugarteniente-. Somos setenta y podemos rechazarlos f?cilmente. -Por ahora d?jenlos vivir y enci?rrenlos con buena guardia a la vista. -?Es la se?al!–exclamaron en

coro los marineros. -Se engaña, capitán.

Capítulo 11. La revuelta

-¿El polvo?!—exclamaron ambos a una voz. -Es peligroso, comandante—observó el segundo- ir a amarrar a un lugar tan frecuentado por barcos de todas las naciones. Amaneció con un sol espléndido que vertía sobre el mar torrentes de luz cálida y una brisa suave del oeste impulsaba a la nave hacia las Azores. El capitán con el oficial se hallaban desde temprano paseando sobre cubierta. Estaban serenos, lo que demostraban que todavía no se habían dado cuenta de nada, pero de sus cinturas sobresalían culatas de pistolas y mangos de puñales. Parry, sentado junto al castillo de proa, se había provisto de un anteojo y, de tanto en tanto, lo apuntaba al horizonte. Pero sonó la hora del almuerzo y ni el comandante ni el oficial abandonaron el puente, como si una voz interior les hubiese advertido que no debían alejarse del lugar. Los marineros, al percatarse de ello, empezaron a dar señales de impaciencia. El segundo se acercó a uno y cambió la hora.

-¿¿¿! Por otra parte, el precio de la mercadería está en baja esta temporada, el transporte más difícil y los peligros mayores. Bueno; vamos a ver ese lote. Agregados a un numeroso grupo, voceando, alborotando y dando empujones y puñetazos a los desprevenidos hijos del celeste imperio que encontraban al paso, se dirigieron a Fai-Tsung, una de las principales arterias de la ciudad, en la que se encuentran instaladas las mejores tiendas, caracterizadas por grandes insignias blancas, negras y rojas, adornadas de dragones, que cubren una buena parte de las aceras. Después de haber recorrido más de veinte, los bandidos eligieron una vasta, repleta de porcelanas, artículos de bambú, piezas de seda, saquitos de té, juguetes, estatuillas de marfil y objetos de bronce. Considerándola indicada para sus propósitos, entraron en masa haciendo un ruido espantoso, se apoderaron de un pequeño chino que se había adelantado a atenderlos, lo amordazaron y sin perder tiempo empezaron el pillaje de las mercaderías más valiosas revolviendo estantes y vitrinas y sin preocuparse de los destrozos que causaban. El segundo aguzó el oído y percibió un rumor de ramas quebradas en el mismo instante en que resonaba un grito ronco, inarticulado pero humano. De pronto hundiéndose el aire un estridente silbido al que siguió un grito desgarrador y uno de los exploradores regresó corriendo y lleno de espanto. Los fusileros del "Garona" se arrojaron fuera de su escondrijo al tiempo que de la mata salían cuatro negros, disparaban sus arcos y volvían a desaparecer, no sin ser antes saludados con una descarga cerrada. Las seis lanchas de a bordo fueron cargadas de negros y dotada cada una de media docena de hombres armados que los entregaban en la playa a los agentes de los hermanos Charmel. Una vez terminada la operación, éstos estrecharon la mano al capitán, le adelantaron que al día siguiente recibiría la visita de otro interesado, ocuparon su canoa y regresaron a tierra.

-¿Esos restos perteneces a la fragata de guerra! ¿Le su nombre!—informó el segundo exaltado. -Voy a proponerles un buen negocio—anunció el aludido guiando los ojos-, pero será necesaria mucha agua de fuego... ¿mucho! -Estamos casi a mitad de camino—agregó- y si el viento se mantiene como hasta ahora, antes de veinte días llegaremos a Cuba. Esta mañana, empero, he observado que el barómetro mostraba tendencias a bajar. -¿Allí están!—gritó un marinero señalando unas formas que desaparecieron por el lado opuesto. -¿Basta de palabras y vengamos a las conclusiones! Si aceptan, nos serán útiles, y si se niegan, un pistoletazo a cada uno los mandará a reunirse con su capitán—les notificó el malvado apuntándole fríamente. -Eso no sucederá nunca, ¿verdad, mi capitán? -Digna de un lobo de mar como usted—dijo este sonriente. De pronto su mirada fue atraída por un punto del horizonte sobre el que la fijó algunos instantes; luego le apretó fuertemente el brazo al segundo y le dijo: -Lo que le habia dicho; son dos fragatas y nos dan la caza con enorme celo. He podido notar que van ganando terreno. -¿Muerte a los negreros!—proclamaron con voz sorda los rebeldes. Los sedientos vacilaron un instante, pero bastó un nuevo gesto de su monarca para que se fueran retirando silenciosamente. Cuando quedó solo sobre cubierta, se acercó al comandante y le dijo: -¿Siempre haciendo los negreros!—comentó el lugarteniente sarcásticamente. -Hemos oído tiros y tenemos miedo de que los salvajes intenten asesinar a nuestros camaradas—contestó uno de los guardias. Sonaron ocho detonaciones: en el bergantín cesaron por un momento las actividades, varias velas quedaron destrozadas y dos

hombres perdieron la vida. Pero de su popa tronaron de nuevo los cañones y sus proyectiles tomaron de enfilada el puente del "Garona", el cual puso en acción sus cuatro de treinta y seis que masacraron bandos, velas y tripulantes del barco enemigo. Poco después la bandera de este fue amainada entre los alaridos de triunfo de los piratas que se apresuraron a echarle los garfios para abordarlo. El capitán inglés, que no había visto la insignia negra, indignado por la incalificable agresión, se adelantó y plantándose a pocos pasos de Parry le preguntó: El "Cape-Town", en tanto, acertaba la distancia que lo separaba del "Garona" a pesar de ser éste uno de los mejores veleros del Atlántico. Esto no preocupaba al capitán Solilach, que conocía bien las bondades de su barco y tenía una confianza ciega en su gente, tan habituada a navegar como a combatir. Es verdad que el crucero contaba con mayor cantidad de tropa, pero a eso sus muchachos no le daban importancia, pues poseían un ánimo resuelto y muchas veces se habían batido con adversarios muy superiores en número. Además, el "Garona" tenía dos cañones más y tal circunstancia venía a restablecer el equilibrio. Con todo, cuando entre las dos naves sólo mediaba una distancia de tres millas, Solilach decidió tratar de esquivar el encuentro utilizando todos los recursos que tenía a su disposición. Con el silbato llamó la atención de los marineros encargados de la maniobra y les gritó: -¿Han de haber terminado con ellos!-dijeron los de a bordo.-¿Vamos a vengarlos! Una suave brisa del sur hinchaba las velas y el barco, ayudado por la corriente del Perú, fue subiendo la costa a lo largo de una línea distante unas veinte millas de ella. A veces, cuando la atmósfera era transparente, se podía distinguir sin ayuda de anteojos las cumbres de los Andes, la gran cadena de montañas que forma la espina dorsal de la América del Sur. El 20 de febrero, a la puesta del sol, el vigía se alzó una llama rojiza que se elevaba a prodigiosa altura y dio aviso al capitán. Éste la observó algunos minutos y explicó: -¿Adelante!¿Adelante!-les gritaba.-¿Un esfuerzo más y venceremos! -¿El capitán Solilach?

-A "grosso modo", del producto de esta carga yo retendré unos trescientos mil dólares, al segundo le corresponderán treinta mil y al tercer oficial quince mil... -¿Capitán, el timón ha desaparecido! -Como ustedes saben, en los almacenes tenemos géneros por valor de varios cientos de miles de dólares que pueden echarse a perder, de manera que lo conveniente sería convertirlos en oro. Cinco hombres se pusieron a excavar con zapas y pusieron al descubierto una gran caja blanca. Una salva de maldiciones resonó a bordo del barco pirata; los artilleros se precipitaron a los cañones con las mechas encendidas y los fusileros fueron a situarse a lo largo de las bordas. Se produjo un instante de hesitación en ambas partes, luego las seis piezas de cañón de la "Bellona" flamearon y un torbellino de hierro cayó sobre el "Garona". Con la banda de babor se desplomaron algunos hombres y parte del puente volvió hecho añicos, pero a pesar de esas pérdidas, los piratas conservaron su valor y mientras los unos trepados a los cordajes y a las vergas reparaban los daños, otros amontonados junto a los cañones preparaban la respuesta. Por segunda vez las bocas de fuego de la "Bellona" transmitieron su mortal mensaje. -Aprestemonos entonces a resistir el abordaje. De repente sonó un estridente sonido de cuerno y una tribu de indígenas empujando lanzas y mazas salió de la espesura de un bosque y cargó con irresistible ímpetu contra los extranjeros. El oficial se dio cuenta en el acto que la batalla estaba perdida y ordenó batirse en retirada para alcanzar la costa y reembarcarse con la mayor celeridad posible. Pero no les fue fácil y tuvieron que hacerlo en forma desordenada, pues los isleños les cayeron encima antes de que las lanchas abandonasen la playa, dejando a tres bandoleros con el cráneo destrozado a mazazos. Parry, que desde el puente del "Garona" presenciaba la refriega, ordenó que la nave saliese al encuentro de los depredadores y una vez que montaron a bordo, loco de rabia, ordenó descargar metralla sobre los isleños, los cuales, aunque diezmados, contestaban a los cañonazos con nubes de piedras y de flechas. -¿Es posible?

El desalmado hizo una seña y diez de sus forajidos los aferraron y llevaron al borde de la roca, que en aquel lugar caía casi a pico sobre el mar. Los compradores se pusieron de pie y se encaminaron al puente seguidos de Solilach; allí emitieron un silbido y al instante cuatro negros abandonaron la canoa llevando dos pesados sacos llenos de monedas de oro que depositaron en la cabina. Media hora después el comandante encerraba en un cofre de hierro el precio de la venta y ordenaba a los

marineros que comenzaran a desembarcar la mercancía. Cuando llegaron a la entrada del fuerte se separaron con un apretón de manos. Durante el día, realizando la rutinaria faena con los demás, se dieron cuenta de que la armonía ya no reinaba en el fuerte y las riñas a cuchilladas entre adictos y contrarios de Parry menudeaban. Finalmente se hizo la noche, una noche inclemente, oscura, tétrica; con relampagos en el cielo y fuerte viento sudeste que agitaba las olas del mar, Banes y Bonga, apenas bajaron las sombras dejaron el fuerte y se dirigieron a la bahía. Mientras caminaban pegados a la muralla, observaron cómo los complotados se cambiaban señas misteriosas. -Habré que cruzar todo el bosque, dejar atrás una gran pradera y vadear un río. Quizá podamos estar allí dentro de dos días—informó el guía. -Y bien, nos defenderemos! Tenemos pólvora y plomo para todos. -¿Nunca! Lo oye? Ni yo ni mis hombres seguiremos semejante consejo. -Está bien; tente listo.

De pronto se escuchó un gran vocerío en el extremo de la calle y vieron cómo los chinos que los rodeaban emprendían una precipitada fuga: cincuenta soldados del celeste imperio acababan de aparecer y estaban repartiendo golpes a diestra y siniestra con la contera de las lanzas con que estaban armados. Los avisados bandidos, viendo la vía libre, sin esperar más, salieron volando. Y llevaban ya corridos algunos cientos de metros cuando llegó a sus oídos un estampido de cañón. -¿Notó usted la mirada que me dirigieron? ¿Está borracho? -Sea lo que se quiera, yo seguiré con la trata mientras lo haga mi capitán—replicó Banes. -Porque estaba tratando de romper la cadena—mintió el brutal segundo. Dicho esto lo dejó solo y regresó a su cabina. Parry lo siguió con la mirada, masticando su rabia y lucubrando planes de venganza. Encendió un cigarrillo y se fue a fumarlo al timón. -Como en Cantón se descubrió que somos piratas, ¿vaya a saber la cantidad de barcos que se habrán lanzado detrás nuestro! -¿Es una tentadora cantidad de dinero!—dijo Ravinet maravillado-. De ese modo, con dos viajes un negrero se hace rico. -¿Cómo se puede dormir en este barco del diablo?—contestó el brasileño en tono misterioso. -¿Los leones!—informaron los guardias. Observó todavía algunos minutos la lucecita que aparecía y desaparecía y pronto tuvo una inspiración. Se levantó, atravesó el puente, bajó silenciosamente al depósito de armamento y buscó una bandera negra. Bonga se pasó una mano por la frente como si quisiera alejar un mal pensamiento e inquirió con voz amarga: -¿Se nos viene encima!—apuntaron los marineros. -Tiene razón, lugarteniente, y si volviese a caerme en las manos ese bergantín del demonio, me daría el incomparable gusto de torcerle el pescuezo a su condenado comandante. Aprovechando una fresca brisa de noroeste, el "Garona" tomó la ruta de regreso a su guarida volando a ocho nudos por hora. El 16 de mayo, tres días después, el vigía se alaba: -Pongan atención en lo que dicen, porque si mienten van a sufrir los mayores tormentos. Permanecerán encerrados hasta que lleguemos al fuerte y ¿ay de ustedes si no han dicho la verdad! Toda la tripulación se lanzó a popa a comprobar la desgracia, ya que la rotura de ese precioso elemento de navegación es uno de los daños más tremendos que puede sufrir un barco. El miedo empezó a infiltrarse en el corazón de todos esos bandoleros, e inclusive el desalmado de Parry no atinaba con el medio de remediar la situación. Sólo dos hombres parecían contentos y satisfechos con tales tribulaciones: Banes y Bonga, que veían en ellas un anuncio de que la hora de la venganza se aproximaba. Pero la ilusión les duró poco: en ese momento el jefe de los piratas, con tono enérgico e imperioso, comandaba: -En el crucero están redoblando los tambores. Y subió al puente seguido por su superior cuyo rostro mostraba una expresión socarrona. -¿Mire aquello!

Los dos leones, después de lanzar una mirada rápida al conjunto de hombres, volvieron a reunirse con una decena de compañeros, pero pocos minutos después, uno de ellos fue visto pasar rápidamente y ocultarse detrás de una espesa mata. -Quiero darle un consejo, señor Solilach: doble los centinelas antes, porque los negros van a reclamarla completa. Unos cuarenta barriles se hallaban alineados contra los muros. -¿Acaso lo hicieron víctima de alguna mala partida? -¿Ah, como los "gangas" de mi país! El capitán malo ha creído que era la voz del señor Solilach. Espero que lo haremos juntos.

-¿Y va uno!—murmuró.

-De acuerdo, señor—declararon los complotados. Brilló una chispa y al instante una llama viva iluminó durante varios minutos la hierba. —¿Oh?, Banes! ¿Está siempre atado al capitán como un perro a su amo? Deja que se vaya al demonio de una buena vez!—dijo otro marinero volviéndose hacia el gigante. —¿Espléndida idea! Hasta la noche, diablito mío! —¿Qué es lo que desea, señor?—le preguntó un tanto frío. Banes lanzó una risotada mientras el ex rey lo miraba maravillado. —¿Sí! Todas las lanchas al mar!—ordenó Parry. —¿Qué hace usted aquí?—le preguntó el capitán mirándolo con ojos torvos. —¿Qué es lo que acaba de decir? —Aquí hemos escondido el tesoro.

—¿Qué significa este silencio?—comenzaron a preguntar algunos filibusteros. —¿A m...! ¿A m...! —ronqueó el gigante de bano en los estertores de la agonía. —No; pero tengo un triste presentimiento... El de que no verá más a mi querida patria. —Vamos a su cabina para cerrar el negocio —intervino el cubano de mayor edad. —Esta malhadada expedición ya nos ha medio arruinado. —¿Todavía no has conocido a Bonga; nunca dejó de pensar en vengarlo. —¿Pero qué sangre libre!—exclamó el segundo riendo—. Son negros y los negros han nacido para esclavos! Este se presentó puntualmente y recibido con la mayor cordialidad por el comandante, se comenzó a trasladar los bultos a una barca tripulada por cuatro jóvenes “tank”, la misma en que había venido el comerciante, quien provisto de un par de anteojos sin vidrio, examinaba con toda minuciosidad cada artículo, sacudía la cabeza y murmuraba palabras incomprensibles. La faena duró todo el día y cuando llegó la noche la mitad de la mercadería se hallaba todavía a bordo. Le fue ofrecida al cliente hospitalidad en el barco, pero sea por desconfianza o por otros motivos, prefirió ir a dormir a su casa. Al otro día se terminó de hacer la entrega y Parry recibió doscientos veinte mil dólares en piezas de oro. Después de cambiar la guardia abandonó el puente blasfemando, pero a sus camas sólo volvió una parte de los tripulantes, los más valientes, mientras el resto, temiendo encontrarse con el aparecido en las crujeas de los dormitorios, pasó toda la noche sobre cubierta. Banes y Bonga, a la mañana siguiente, comentaban el espectáculo reventando de risa. —¿Sí?, eh? Pues vengan conmigo!—invitó el brasileño con viveza. De pronto gritos de terror llenaron el espacio. Los tripulantes del “brick” habían advertido el incendio en el vientre de la nave y, presos de pánico, abandonaban las baterías y los fusiles y se precipitaban a las bombas. Los del barco negrero continuaron cañoneándolos: cayó el palo mayor, partido bajo la cofa; el bauprés, también despedazado, se hundió en el mar; el puente se cubrió de jirones de velas y cuerdas y la tripulación caía diezmada por la metralla. Fue entonces que el capitán Solilach, sintiendo piedad por aquellos desgraciados, ordenó: Reparado los daños, el barco negrero reemprendió su derrota, impaciente por efectuar el cruce del océano y alcanzar el mar de las Antillas. Aprovechando el viento favorable, se le había cargado de velas a fin de apresurar la marcha. El 26 de septiembre comenzaron a hacerse sentir las calmas ecuatoriales: el viento primeramente fue amainando para cesar después por completo. La nave quedó casi inmóvil, rodeada de una atmósfera de calor sofocante a trescientas millas de la costa africana. El temor de que esa situación se prolongase tenía a todo el mundo preocupado, pues si bien la reserva de agua era abundante, existía el peligro de que llegase a escasear con tanta gente como había a bordo. —Le aconsejo, señor Parry, que no irrite más a este hombre. Créame, es mejor tener a bordo amigos que enemigos. Nunca se sabe lo que puede suceder. En lugar de contestar, éste se volvió a los marineros. —Sin embargo, tengo malos presentimientos, capitán. El viento soplaba del este con bastante fuerza y el “Garona”, con todas las velas desplegadas, navegaba a seis millas por hora con la proa apuntando a la costa americana; la tripulación, contenta de no haber tropezado con ningún buque de guerra, sólo pensaba en la rica paga que habría de recibir después de la venta de los esclavos. Estos, amontonados en el entrepuente, se mantenían tranquilos bajo la vigilancia de dos marineros armados que paseaban a lo largo de la crujea. Al cabo de algunas horas de navegación, el capitán, guiado por su segundo que empujaba su larga fusta, bajó a pasar revista a los prisioneros. La goleta pronto estuvo a sólo dos millas; su capitán debió descubrir la clase de adversarios que tendría que afrontar, porque hizo emplazar dos cañones en el alcázar de popa. El “Garona”, con dos bordadas, se acercó hasta cincuenta metros cuando de pronto, sin que nadie la hubiese tocado, la vela mayor se desprendió de la verga y cayó con estrépito sobre el puente. El interrogado cerró los párpados, apretó los dientes y no contestó. —¿Puede, imprudente!

-?Gracias, capit?n!–profiri? el destronado rey con emoci?n-. Desde hoy puede disponer de mi vida. -Ve a la sentina con Bonga–le dijo- y miren si hay filtraciones, pues temo que se haya abierto en el barco alguna peque?a v?a de agua. -S?, soy yo, mis amigos–dijo Parry estrechando a cada uno la mano-. He o?do la discusi?n y les agradezco la simpat?a que sienten por m?. Sab?a desde hace tiempo que estaban ustedes cansados de hacer de negreros, que ansiaban llegase el momento de dedicarse a la pirater?a y que odiaban al capit?n Solilach. El modo de conocer las dimensiones de una embarcaci?n de la que s?lo se ve la arboladura, es muy simple: si desde la cubierta se percibe la totalidad de los papahigos y observado de la cofa se distingue el puente, quiere decir que los dos barcos son del mismo tama?o; si el puente es invisible, es debido a que tiene una arboladura m?s alta y, por tanto, su volumen es mayor; si adem?s del puente se le ve la l?nea de flotaci?n, esto es, la entera silueta, es se?al de que es m?s peque?o. El procedimiento se basa en el principio de que las naves de igual portada tienen los m?stiles de la misma altura. De ah? que el segundo se ubicara en uno de los puestos de observaci?n a la espera de que el capit?n desde el puente le se?alara la aparici?n en el horizonte de la arboladura de la otra embarcaci?n. Al cabo de un cuarto de hora Solilach anunci?: Son? un estampido y el procaz se desplom? antes de terminar la frase, mientras Solilach, fuera de s?, se volv?a a la tripulaci?n y la imprecaba desafiante: -?Ca?oneros, a vuestros puestos!

El brasile?o, en lugar de retroceder, pareci? aumentar en osad?a y avanz? como si quisiera arrojar sobre el jefe. -?Haz la prueba!

-?Qu? malas aguas estas, capit?n!?Mire de qu? aguzadas escolleras est? infestada esta playa! -Puede mandarme asesinar que no habr? de contestarle. -El villorio est? a la vista–comunic? el mismo guerrero se?alando algunos puntos rojos que surg?an del centro de un peque?o bosque situado a doscientos o trescientos metros. -En el momento oportuno estar? con ustedes–prometi? el brasile?o con una ligera iron?a en el tono-. No dejes de avisarme. Adi?s. A la tarde de ese mismo d?a, cuando el capit?n hubo abandonado el puente, el segundo fue a apoyarse a la barandilla de babor fingiendo la mayor naturalidad. Mir? algunos instantes el mar, encendi? un cigarrillo y se corri? al castillo de proa donde convers? larga y quedamente con algunos marineros. El oficial, que lo estuvo observando, temiendo una desagradable sorpresa, corri? a advertir al capit?n. -?Si esto sigue as?–exclam? con rabia- llegar? a Cuba sin un solo esclavo vivo! -S?; fue Jorge M?ndez, en el a?o 1521. De ella s?lo se conocen algunas de sus costas. Se sabe que el interior est? cubierto de tupidas selvas que interrumpen extensas llanuras; que el terreno es de una fertilidad prodigiosa y que est? habitada por crueles salvajes que son tambi?n piratas sanguinarios y que rechazan todo contacto con los europeos, cortan la cabeza a sus prisioneros y no es raro que se alimenten de carne humana. Abundan, adem?s, los tigres, enormes serpientes y monos gigantescos y feroces. -?Penetremos!–orden? Parry.

-?Y c?mo sabe que son fragatas? A esta distancia no es posible reconocerlas. -Sospecho que se hayan dirigido a Australia en busca de refuerzos y que un d?a u otro se nos venga encima una escuadra entera. -Pues esta es la mejor oportunidad para ensayarlo–les grit? el tit?n al ver a varias de las fieras avanzar a grandes zancadas-.?Atenci?n, no tiren sino a golpe seguro! Esa noche los dos colosos trabajaron con un ansia febril, pues deseaban llegar al polvo?n antes de que estallase la revuelta. A la siguiente notaron que a medida que se internaban en la galer?a, la b?veda sonaba como si estuviera vac?a. -Dios nos protege–coment? un marinero. Parry, en tanto, viendo que Banes se dejaba llevar por el africano, repuso el arma en la cintura y se qued? musitando: -Har?a falta una tormenta y no se ve una sola nube. Esta regi?n es fatal. Hace tres a?os encontr? un barco portugu?s en el que toda la tripulaci?n hab?a muerto de sed. -Tambi?n yo lo temo–manifest? el segundo profiriendo una blasfemia-. Si esta calma se prolonga un par de semanas m?s, nos veremos obligados a echar al mar a todos esos perros de negros.. -Manda a dos de tus compa?eros a averiguar de qu? se trata; nosotros los cubriremos con nuestros fusiles. -?Maldito beodo!?Qu? hacemos con tan pocos esclavos?–gru?? el segundo en ingl?s. La gente de a bordo se hab?a diseminado por cubierta y comentaba en voz baja lo acaecido. El velero, en tanto, filaba a

seis nudos por hora en direcci?n a las islas Azores, donde habr?a de renovar las provisiones y adquirir regalos para los jefes africanos. Antes de la semana atravesaba el canal y surcaba el oc?ano apuntando la proa a la costa africana. El segundo, que hasta entonces no hab?a abierto la boca, al ver el rumbo que tomaba el barco hizo una mueca de rabia, se aproxim? al comandante que fumaba tranquilamente junto a la?rgana y le toc? el hombro. -Yo pienso lo mismo-expres? el oficial-. Vamos a tener una mala noche y a menos que demos con algunas cavernas al otro lado del r?o, la gente tendr? que pasarla sin dormir. Le pedir? alguna informaci?n a los gu?as. -?Los salvajes atacan a los nuestros!?Los oye, capit?n?-hizo notar el dinamarqu?s. Todos los circunstantes se miraron a la cara asombrados; fueron interrogados uno por uno, pero nadie pudo decir qui?n pudo haber sido. -?Y puedo preguntarle de qu? delito se me acusa y con qu? derecho lo har?a? -Considere que esta gente ya est? furibunda, y si le reduce la raci?n de agua, no va a permanecer tranquila. Y si se subleva y llega a romper las cadenas, terminar? con todos nosotros. No olvide, capit?n, que son quinientos. El capit?n se volvi? hacia el que fuera rey de la tribu: -?Eh, parece que todav?a lo tienes a pecho a tu capit?n!?Y que sigues prefiriendo el oficio de negrero! -?Si no quieren seguir la misma suerte de su compa?ero, hablen!-les dijo Parry. -Vengan-dijo uno de los d?as.

-?Pero c?mo?

-Nos queda poca piedra que romper-expres? Banes-. La costra se vuelve cada vez m?s delgada. -Ya veremos m?s tarde- concedi? Parry. -?Quieres hablar?

En un caluroso d?a de agosto de 1832, un barco de quilla estrecha y alta arboladura navegaba a cuarenta millas de la desembocadura del Coanza, uno de los mayores r?os de la costa del?frica ecuatorial. Era un hermoso ejemplar de bergant?n a palo, que a primera vista se le hubiese podido confundir con un crucero liviano ya que estaba armado de doce ca?ones, pero su dotaci?n estaba compuesta de s?lo sesenta hombres y al tope de su m?stil principal no flameaba la cinta roja, distintivo de las naves de guerra.

-?Lugarteniente Parry, treinta mil! -?Es que hay traidores a bordo?-grit?-.?Tendr? este hombre c?mplices entre nosotros...?Cuidado, que yo no soy el capit?n Solilach! -Tem? que fuesen m?s-coment? el comandante exhalando un suspiro-. Podemos considerarnos afortunados. -?Te ha sucedido algo?

-?Aqu? uno se ahoga!-exclam? deteni?ndose al llegar al extremo del local.l -??nimo, muchachos!-grit? el comandante con voz estent?rea-.?Apunten justo y golpeen fuerte...!?Fuego! -?Qu? hace usted aqu??-le pregunt?-.?ste no es el sitio para dormir. La nave se hallaba entonces a tres millas de la costa y ante ella se abr?a una profunda ensenada, en el fondo de la cual se percib?a una hendedura inmensa abierta en medio de la selva; era la desembocadura del r?o. -?Y mujeres y ni?os?

-?Uhm! Dudo que Pembo los tenga.

El capit?n del bergant?n intent? todav?a resistirse, pero fue dominado, as? como su gente y todos amarrados a los palos. Inmediatamente los filibusteros abrieron a golpes de hacha las escotillas y bajaron a las calas. El vientre de la nave rebosaba de mercader?as preciosas procedentes de la India: balas de algod?n, cajones de opio, sacos de caf?, barriles de az?car, piezas de seda y de variadas telas. -?Con que se han puesto de acuerdo para no responder!?Muy bien! Pero les advierto que los someter? a los m?s horribles tormentos hasta que confiesen. Por ahora ser?n encerrados en una cabina y guardados a vista, para que tengan tiempo de reflexionar. Ma?ana les ense?ar? de lo que soy capaz. -He venido a preguntarle ad?nde piensa dirigirnos-dijo el segundo con tono?spero. Con toda cautela para que no lo notasen los compa?eros, trep? hasta la cofa del palo mayor, se desliz? hasta la vela de artim?n y colg? el trapo negro del pico despu?s de haber

retirado la bandera inglesa. Hecho esto descendí con las mismas precauciones y fue a tenderse en el alcázar fingiendo dormir. Hacia las cuatro de la mañana, terminado el turno, fue a despertar a Banes e hizo que lo siguiera a un sitio apartado. -Novecientos dólares por cada varón adulto—ofreció el hermano mayor. Los cuatro grandes cañones del alcázar tronaron simultáneamente tomando de filo a la fragata. Se percibieron crujidos, chisporroteos y gritos de rabia. El comandante del velero, sin preocuparse de las balas que le silbaban en torno, se lanzó a popa y desde allí emitió un hurra jubiloso: la “Bellona” se había detenido de pronto en su carrera con el palo de trinquete partido bajo la cofa y el puente cubierto de trozos de velas, maderas y cordajes. -Mire—le dijo— toda la mercadería que hay allí amontonada. Pareciera que nos invitara a traerla a nuestras calas en lugar de que la disfruten los hijos del celeste imperio. -¿Y a mí me lo pregunta?—contestó el brasileño con sarcástico acento—. Ya sabe que yo no hice nunca el pirata y no puedo, por tanto, dar juicios sobre la bondad de sus cuevas. Ante todo, mandé cerrar el canal que conduce a la ensenada con gruesas cadenas sujetas a escollos y a diversas profundidades; en dos altas rocas que lo dominaba, se emplazaron sendas piezas de veinticuatro y las restantes fueron dispuestas en la parte septentrional del fuerte, donde el escalamiento era más fácil y por tanto expuesta a un probable desembarco. Se llenó de agua cierto número de toneles que fueron distribuidos en las dependencias internas para poder extinguir prontamente cualquier principio de incendio. Se destinaron sesenta hombres al servicio de la artillería y los otros ochenta, munidos de fusiles de largo alcance, se dispuso que debían desparramarse por las rocas en el momento oportuno para molestar con su fuego a los marinos de la fragata. -¿Qué es eso, Banes?—exclamó el flamante capitán asombrado de tanta audacia. -¿La muerte!—contestó el chusmaje, contenido a duras penas, vido de sangre. -Solamente cuatro; el resto está pronto a seguirlo a usted: todos desean ser piratas. -Esta noche, más o menos a las once, veremos las señales, o tal vez después de medianoche. -¿De modo que tienes prisa en llenarte los bolsillos! -La tormenta parece que se está calmando; el viento norte demuestra que se ha cansado y ello es una lástima, porque nos empujaba con gran velocidad hacia nuestra meta. -¿Dónde está Walker?

-Espero que permaneceremos en ese puerto lo menos posible. Los tres hombres se saludaron cordialmente e invitados a pasar a la cabina principal, luego de abierta una botella de “arak” y llenadas tres grandes copas, uno de los recién llegados preguntó: -La trata es muy provechosa, pero como usted ha podido comprobar, ofrece no pocos peligros. El precio de las mujeres puede calcularse, término medio, en ochocientos dólares y los niños, entre lactantes y jovencitos, habrá que producir en conjunto alrededor de veinte mil. -¿Puedo ayudarte?

-He sido yo, pero procura no hablar del asunto con nadie, pues creo que el bandido ya ha empezado a sospechar de nosotros. -¿Perfecto!—exclamó el segundo satisfecho—. La revuelta estalló muy pronto. Si no me engaño, los partidarios de Solilach son el oficial Ravinet y los marineros Fuego, Banes y Bonga. A estos dos últimos, con una treta que les explicaré a su tiempo, los encerraremos en la sentina, porque más tarde tendrán necesidad de ellos. -¿Atención...!—Fuego!—gritó Parry. -Me parece ver que algo se mueve detrás de aquellas plantas—informó un fusilero señalando el sitio. Ordenó a los marineros que prosiguiesen los trabajos bajo la dirección del dinamarqués, eligió diez de ellos, los más fuertes y corajudos, y se unió a los nativos con que se encaminaron hacia el poblado. Llegaron en menos de una hora a un lugar ocupado por más de treinta chozas de forma oval o cónica, algunas rodeadas de empalizadas, otras adornadas con banderitas de colores y muchas con el techo cubierto de puntas aguzadas, y todo el conjunto circundado de una sólida valla para defenderse de los asaltos enemigos. Los habitantes acogieron al capitán blanco y a sus hombres cordialmente; varones y mujeres semidesnudos se agolparon para verlos cuando el jefe, que se llamaba Klanda, los condujo a su espaciosa cabaña. Allí los convidó con vino extraído de la aronga sacarífera, ananás y bananas de tamaño maravilloso y luego les dio de cenar. Cuando se puso el sol, el señor del lugar hizo que sus súbditos improvisasen una danza guerrera en honor de los visitantes y puso a su disposición varias chozas creyendo que pasarían allí la noche. Pero Parry, temiendo que los de a bordo estuviesen inquietos, declinó la oferta y guiado por diez nativos regresó con su séquito a la playa. Al día

siguiente, al rayar el alba, Klanda con cien indígenas devolvió la visita y recibidos en el barco por su comandante, recorrieron todas las dependencias y recibieron luego varios regalos como ser: trozos de bronce, cuentas de vidrio, pañuelos de pocos centavos y algunos frascos de ron. Pero los artilleros, azuzados por el segundo, fingieron no haberlo oído y siguieron tirando con mayor rapidez. -Menos mal—murmuró el oficial.

Los veinte hombres lo siguieron, pero el minucioso examen no dio resultado alguno. Todos los ojos se posaron sobre un grupo de sicomoros que se elevaba en medio del terreno. -Decididamente su capitán desea alcanzarnos a cualquier precio. Solilach fue a reunirse con el oficial a proa y lo hizo partícipe de las paces hechas, mientras el segundo permaneció en el sitio en que se hallaba sonriendo sarcásticamente. -A usted ¿se me rindo.

-¿Creo que dentro de poco tendremos función! Mire allí abajo!—y le indicó un punto blanco apenas perceptible, perdido en la inmensidad. El negro sacudió la cabeza melancólicamente y murmuró: -Podemos desembarcar sin peligro de ser sorprendidos por ningún crucero—tradujo el capitán. Han señalado que la costa está libre. -¿Y qué caza!—ironizó el monstruo del comandante con acento feroz. -¿Cuál?

El gigante dirigió una rápida mirada a Bonga que respondió con un imperceptible movimiento de cabeza y fue a confundirse con la tripulación. Entonces el segundo guardó la pistola y gritó con acento alterado: -¿Pero qué puede ser esto!—expresó una voz placida. ¿Cómo osas...?—bramó furioso el capitán pronto a echarse encima. -¿Qué te parecen mis hombres? No crees que somos más valientes que los tuyos, que no supieron defenderte? Danielle Steel

Solteros Tóxicos CAPÍTULO 01

El sol brillante calentaba la cubierta del yate Blue Moon. Eran sesenta metros de líneas exquisitas y elegantes de un diseño extraordinario. Piscina, helipuerto, seis lujosos camarotes para invitados, una suite de cine y una tripulación de diecisiete personas de trato impecable. El Blue Moon y su propietario aparecían en las revistas de navegación del mundo entero. Charles Sumner Harrington se lo había comprado a un príncipe saudí hacía seis años. Su primer yate, un velero de veinte metros, lo había adquirido cuando tenía veintidós, y se llamaba Dream. Veinticuatro años más tarde seguía disfrutando de la vida a bordo tanto como antes. A los cuarenta y seis, Charles Harrington sabía que era un hombre afortunado. Había llevado una vida cómoda, al menos en apariencia. A los veintiuno había heredado una enorme fortuna y la había administrado con gran responsabilidad durante los veinticinco años siguientes. Su profesión consistía en gestionar sus propias inversiones y la fundación de su familia. Charlie era consciente de que pocas personas en el mundo tenían tanta suerte como él, y había hecho mucho para mejorar la situación de los más desfavorecidos, tanto por mediación de la fundación como a título personal. También era consciente de que tenía una tremenda responsabilidad, e incluso cuando era más joven pensaba en los demás antes que en sí mismo. Era especialmente sensible a los jóvenes y niños desprotegidos. La fundación realizaba una labor impresionante en el terreno de la educación; proporcionaba asistencia médica a los indigentes, sobre todo en los países en desarrollo, y también se dedicaba a la prevención del maltrato infantil para los críos de los barrios deprimidos. Charles Harrington era un gran personaje pero al mismo tiempo llevaba a cabo su labor filantrópica calladamente, a través de la fundación, o de forma anónima siempre que podía. Era humanitario y sumamente generoso a la par que serio, pero también reconocía, entre bromas y veras, que estaba muy malcriado, y no intentaba justificar su forma de vida. Podía permitírselo, y todos los años se gastaba millones en el bienestar de los demás y una considerable cantidad en sí mismo. No estaba casado, no tenía hijos, le gustaba vivir bien y, cuando procedía, compartía gustosamente aquella vida de lujo con sus amigos. Todos los años, sin excepción, Charlie y sus dos amigos más íntimos, Adam Weiss y Gray Hawk, pasaban el mes de agosto en su yate, navegando por el Mediterráneo, y se quedaban donde les apetecía. Llevaban diez años haciendo ese viaje, y

habr?an hecho casi cualquier cosa con tal de no perd?rselo, porque era lo que m?s les gustaba en el mundo. Todos los a?os, el primero de agosto, as? cayeran chuzos de punta, Adam y Gray iban en avi?n a Niza y pasaban un mes en el Blue Moon, tal como lo hab?an hecho en el barco anterior. Charlie sol?a pasar tambi?n el mes de julio en la embarcaci?n, y a veces no volv?a a Nueva York hasta mediados o finales de septiembre. Pod?a solucionar f?cilmente los asuntos de la fundaci?n y de sus negocios desde el barco, pero agosto estaba dedicado por completo al placer. Y aquel a?o no iba a ser distinto. Charlie estaba desayunando en la cubierta de popa, mientras el yate se balanceaba suavemente, fondeado en el puerto de Saint Tropez. Hab?a trasnochado y hab?a vuelto a las cuatro de la ma?ana. A pesar de todo, se hab?a levantado temprano, si bien sus recuerdos de la noche anterior eran un tanto borrosos. Sol?a pasarle cuando iba en compa??a de Gray y Adam. Eran un tr?o tremendo, pero no le hac?an da?o a nadie. No ten?an que rendirle cuentas a nadie, porque ninguno de los tres estaba casado y de momento tampoco ten?an novia. Hac?a tiempo que hab?an llegado a un acuerdo: que estuvieran en la situaci?n en la que estuviesen, siempre ir?an al barco solos, a pasar el mes como solteros, entre hombres, y a divertirse. No ten?an que dar explicaciones ni poner excusas a nadie, y los tres trabajaban mucho durante el resto del a?o, cada cual a su manera: Charlie en sus obras de filantrop?a, Adam en la abogac?a y Gray en su pintura. Charlie dec?a que se ganaban sobradamente el mes de vacaciones y que se merec?an aquel viaje anual. Dos eran solteros por decisi?n propia. Charlie insist?a en que no era su caso. Se empe?aba en que su solter?a se deb?a a la casualidad y a la mala suerte. Tambi?n aseguraba que quer?a casarse, pero que a?n no hab?a encontrado a la mujer adecuada, a pesar de llevar toda la vida busc?ndola. Pero segu?a buscando, sin parar, meticulosamente. En su juventud hab?a estado a punto de casarse en cuatro ocasiones, y en cada una de ellas hab?a ocurrido algo que lo hab?a obligado a suspender la boda, muy a su pesar. La primera mujer con la que se hab?a prometido se acost? con su mejor amigo tres semanas antes de la boda, algo que provoc? una aut?ntica explosi?n en su vida. Y, por supuesto, no le qued? m?s remedio que suspender la boda. Su segunda novia acept? un trabajo en Londres inmediatamente despu?s del compromiso. Charlie viajaba continuamente para verla; ella trabajaba en el Vogue brit?nico y apenas ten?a tiempo para estar con ?l, mientras Charlie la esperaba pacientemente en el apartamento que hab?a alquilado con el prop?sito de pasar tiempo juntos. Dos meses antes de la boda, la chica reconoci? que quer?a seguir trabajando y que no se ve?a renunciando a su profesi?n cuando se casaran, algo muy importante para Charlie. ?l pensaba que su esposa deb?a quedarse en casa y tener hijos. Como no quer?a casarse con una mujer dedicada a su profesi?n, decidieron separarse, amistosamente, claro, pero supuso una gran decepci?n para ?l. Entonces ten?a treinta y dos a?os, y segu?a decidido a buscar a la mujer de sus sue?os. Un a?o m?s tarde se convenc? de haberla encontrado. Era una chica fant?stica, dispuesta a abandonar sus estudios de medicina por ?l. Fueron juntos a Sudam?rica, por asuntos de la fundaci?n, y visitaron a ni?os de pa?ses en desarrollo. Compart?an tantas cosas que al cabo de seis meses de haberse conocido se prometieron. Todo iba bien hasta que Charlie se dio cuenta de que su prometida era inseparable de su hermana gemela y esperaba que la llevaran a todos lados con ellos. Charlie y la hermana gemela se cayeron fatal desde el principio, y cada vez que se ve?an manten?an acaloradas e interminables discusiones. Charlie estaba seguro de que jam?s se llevar?an bien, pero hasta extremos alarmantes. Tambi?n renunci? en aquella ocasi?n, y su futura esposa lo acept?. Su hermana era demasiado importante para ella como para casarse con un hombre que realmente la detestaba. La chica se cas? con otro al cabo de un a?o, y la hermana se instal? con la pareja, lo cual convenc? a?n m?s a Charlie de que hab?a hecho bien. El compromiso m?s duradero de Charlie hab?a tocado a su fin hac?a cinco a?os, y de una forma desastrosa. La chica quer?a a Charlie, pero ni siquiera tras consultar con expertos matrimoniales accedi? a tener hijos. Aunque aseguraba que lo amaba, sigui? en sus trece. Al principio Charlie pensaba que podr?a convencerla, pero como no lo consigui?, se separaron, como amigos. Charlie siempre acababa as?, sin excepci?n. Hab?a conseguido ser amigo de todas las mujeres con las que hab?a salido. Cada Navidad le llegaba una avalancha de postales de mujeres a las que hab?a amado en su momento, que hab?an decidido no casarse con ?l y lo hab?an hecho con otros hombres. A juzgar por las fotograf?as de ellas y sus familias, a primera vista todas parec?an iguales: mujeres guapas, rubias, distinguidas, de familias aristocr?ticas, que hab?an ido a colegios

como es debido y se hab?an casado con hombres como es debido. Le sonre?an desde sus tarjetas navide?as, con sus pr?speros maridos al lado y sus hijos rubiecitos a su alrededor. Segu?a en contacto con muchas de ellas; todas quer?an a Charlie y lo recordaban con mucho cari?o. Sus amigos Adam y Gray no paraban de decirle que se dejara de debutantes y chicas de la alta sociedad y fuera en busca de una mujer «de verdad», cuya descripci?n variaba seg?n sus respectivas versiones, pero Charlie sab?a muy bien lo que quer?a: una mujer de buena familia, con dinero, culta e inteligente, que compartiera sus valores, sus ideales y sus or?genes aristocr?ticos. Para ?l era muy importante. Su familia se remontaba al siglo XV, en Inglaterra, su fortuna hab?a ido acumul?ndose en el transcurso de muchas generaciones y, al igual que su padre y su abuelo, ?l hab?a estudiado en Princeton. Su madre hab?a acudido a la escuela de la se?orita Porter y hab?a estado en un internado europeo, como su hermana, y ?l quer?a casarse con una mujer como ellas. Era una actitud arcaica, e incluso esnob en cierto sentido, pero Charlie sab?a lo que quer?a y lo que necesitaba. ?l tambi?n era anticuado en ciertos aspectos, con unos valores muy tradicionales. Pol?ticamente era conservador, respetable, y side vez en cuando ten?a alguna aventurilla, siempre lo hac?a con educaci?n y discreci?n. Era un caballero de pies a cabeza, y un hombre elegante y distinguido hasta la m?dula, adem?s de atento, amable, generoso, encantador. Ten?a unos modales exquisitos, y las mujeres lo adoraban. Hac?a tiempo que las mujeres se lo disputaban en Nueva York y en los m?ltiples sitios a los que viajaba y en los que ten?a amigos. Todo el mundo quer?a a Charlie: era imposible no quererlo. Casarse con Charles Harrington habr?a sido un golpe maestro para cualquiera; pero, al igual que el apuesto pr?ncipe del cuento de hadas, hab?a recorrido el mundo entero en busca de la mujer adecuada, de la mujer perfecta, y solo encontraba mujeres preciosas que al principio parec?an atractivas y encantadoras pero siempre ten?an un defecto imperdonable que lo echaba para atr?s justo antes de llegar al altar. A ellas las hund?a tanto como a ?l. Todos sus planes de casarse y tener hijos hab?an fallado. A los cuarenta y seis a?os segu?a soltero, y no por su culpa, seg?n dec?a. Dondequiera que se escondiera la mujer perfecta, ?l estaba decidido a encontrarla, y ten?a la certeza de que la encontrar?a, tarde o temprano. Lo que no sab?a era cu?ndo. Y, a pesar de tantas impostoras que se hac?an pasar por mujeres perfectas, ?l era capaz de detectar los defectos imperdonables en cada ocasi?n. Lo ?nico que lo consolaba era no haberse casado con quien no deb?a. No iba a permitir que eso ocurriera, y se sent?a agradecido de que hasta la fecha no hubiera ocurrido. Siempre estaba pendiente de esos defectos, y era implacable. Sab?a que la mujer adecuada ten?a que estar en alguna parte, y que sencillamente a?n no la hab?a encontrado, pero que alg?n d?a dar?a con ella. Se hallaba sentado con los ojos cerrados y la cara al sol, mientras dos camareras le serv?an el desayuno y la segunda taza de caf?. La noche anterior hab?a bebido varios martinis y antes champ?n, pero se sent?a mejor tras haber nadado un poco antes de sentarse a desayunar. Nadaba con gran energ?a y practicaba el surf con habilidad. En Princeton hab?a sido capit?n del equipo de nataci?n. A pesar de su edad le encantaban los deportes. Esquiaba estupendamente, jugaba al squash en invierno y al tenis en verano. El deporte no solo contribu?a a mantenerlo sano, sino que gracias a ?l ten?a el cuerpo de un hombre mucho m?s joven. Era incre?blemente apuesto; alto, delgado, con una cabellera rubia a la que no asomaban las escasas canas que hab?an aparecido en el transcurso de los a?os. Ten?a los ojos azules y, tras un mes en el barco, estaba muy bronceado. Era un hombre extraordinariamente guapo, y, en cuesti?n de mujeres, las prefer?a rubias, altas, delgadas y aristocr?ticas. No sol?a pensar en ello, pero su madre y su hermana eran altas y rubias. Su madre era de una belleza espectacular, y su hermana hab?a sido estrella del tenis en la universidad hasta que lo dej? para ocuparse de ?l. Sus padres hab?an muerto en un choque frontal durante unas vacaciones en Italia, cuando ?l ten?a diecis?is a?os. Su hermana, que ten?a veintiuno, hab?a abandonado Vassar en el primer curso y hab?a vuelto a casa para asumir las responsabilidades familiares en ausencia de sus padres. A Charlie a?n se le llenaban los ojos de l?grimas al pensar en su hermana. Ellen dec?a que acabar?a sus estudios cuando los empezara ?l, al cabo de dos a?os. Era un sacrificio que estaba m?s que dispuesta a hacer por su hermano. Era una mujer extraordinaria, y Charlie la adoraba. Pero cuando se fue a la universidad, aunque ?l no lo sab?a y su hermana no le dijo nada, Ellen estaba enferma. Consigui? ocultarle la gravedad de su enfermedad durante casi tres a?os. Dec?a que ten?a demasiado que hacer en la fundaci?n para volver a la universidad, y ?l le crey?. En realidad

ten? a un tumor cerebral, contra el que luch? valientemente. Los m?dicos hab?an decidido desde el principio que no se pod?a operar, debido a su localizaci?n. Ellen muri? a los veintis?is a?os, unos meses antes de que Charlie se graduara en Princeton. Nadie asisti? a su ceremonia de graduaci?n. Con sus padres y su hermana muertos, se qued? pr?cticamente solo en el mundo, con una inmensa fortuna y un gran sentido de la responsabilidad por todo lo que le hab?an dejado sus padres. Se compr? el primer velero poco despu?s de acabar los estudios y viaj? por todo el mundo durante dos a?os. Raro era el d?a en que no pensara en su hermana y en todo lo que hab?a hecho por ?l. Incluso hab?a abandonado la universidad y hab?a estado a su lado en todos los sentidos hasta el d?a de su muerte, igual que hab?an hecho antes sus padres. En su vida familiar siempre hab?an reinado la armon?a y el cari?o. Lo ?nico malo de los primeros a?os de su vida fue que todas las personas que lo quer?an y a las que ?l quer?a hab?an muerto y lo hab?an dejado solo. Lo que m?s tem?a era volver a querer a alguien y que tambi?n muriera. Cuando regres? de su viaje alrededor del mundo en el yate ten?a veinticuatro a?os. Fue a la Escuela de Administraci?n de Empresas de Columbia, donde realiz? un m?ster y aprendi? a gestionar sus inversiones y a dirigir la fundaci?n. Se hizo adulto de la noche a la ma?ana y asumi? todas las responsabilidades de su entorno. Jam?s hab?a defraudado a nadie. Sab?a que ni sus padres ni Ellen lo hab?an abandonado a prop?sito, pero se hab?a quedado solo en el mundo, sin familia, a muy temprana edad. Gozaba de extraordinarias ventajas en lo material, y de unos cuantos amigos muy bien elegidos, pero sab?a que hasta que encontrase a la mujer apropiada para ?l estar?a solo en muchos aspectos. No pensaba conformarse con menos de lo que cre?a merecer, una mujer como su madre y como Ellen, una mujer que lo apoyara hasta el final. No reconoc?a el hecho de que lo hubieran dejado solo y aterrorizado, o al menos no con frecuencia. No hab?a sido culpa de ellos, sino del maldito destino. Por eso era tan importante encontrar a la mujer apropiada, con la que pudiera contar en todo momento, que fuera una buena madre para sus hijos, una mujer casi perfecta en todos los sentidos. Ten?a una importancia vital para ?l, y merec?a la pena esperar, – ?Ay, Dios! -oy? gemir a alguien a sus espaldas en la cubierta. Se ech? a re?r al o?r aquella voz. Abri? los ojos y vio a Adam en pantalones cortos blancos y camiseta azul claro sent?ndose a la mesa, frente a ?l. Una camarera le sirvi? una taza de caf? muy cargado, y Adam tom? varios sorbos antes de decir algo m?s. – Pero ?qu? demonios beb? anoche? Creo que me han envenenado. Ten?a el pelo oscuro, los ojos casi del color del ?bano, y no se hab?a molestado en afeitarse. Era de complexi?n mediana, hombros anchos y facciones duras. No era un hombre apuesto como Charlie, pero s? inteligente, divertido y atractivo, y a las mujeres les encantaba. Lo que le faltaba de actor de cine lo compensaba con inteligencia, poder y dinero. Hab?a ganado mucho durante los ?ltimos a?os. – Creo que sobre todo bebiste ron y tequila, pero eso despu?s de la botella de vino de la cena. Hab?an tomado un Ch?teau Haut-Brion a bordo, antes de ir a Saint Tropez a dar una vuelta por los bares y discotecas. No era muy probable que Charlie encontrase all? a la mujer perfecta, pero hab?a muchas otras para pasar el rato. – Y creo que la ?ltima vez que te vi en la discoteca antes de marcharme estabas bebiendo brandy -a?adi?. – No me extra?ar?a. Para m? que lo que me deja hecho polvo es el ron. En el barco me hago alcoh?lico todos los a?os. Si bebiera tanto en Nueva York, me quedar?a sin trabajo. Adam Weiss hizo un gesto de dolor, se puso las gafas oscuras y sonri?. – Eres una influencia espantosa para m?, Charlie, pero un gran anfitri?n. ?A qu? hora llegu?? – A eso de las cinco, creo.

El tono de Charlie no denotaba ni admiraci?n ni reproche. No juzgaba a sus amigos. Solo quer?a que se divirtieran, y siempre lo hac?an, los tres. Adam y Gray eran los mejores amigos que hab?a tenido jam?s, y los un?a un v?nculo m?s fuerte que la simple amistad. Los tres hombres se consideraban hermanos, y hab?an pasado muchas cosas juntos en el transcurso de los ?ltimos diez a?os. Adam hab?a conocido a Charlie justo despu?s de que Rachel se divorciara de ?l. Rachel y ?l se hab?an conocido en segundo curso y hab?an ido a la facultad de derecho de Harvard juntos. Ella se licenci? *summa cum laude* y aprob? el examen para el t?tulo de abogada a la primera, aunque nunca hab?a llegado a ejercer como tal. Adam tuvo que intentarlo dos veces, pero era un abogado estupendo y le hab?a ido muy bien. Formaba parte de un bufete especializado en representar a estrellas de rock y deportistas de ?lite, y le encantaba su trabajo. Rachel y ?l se casaron al d?a

siguiente de la graduación con total aprobación de las respectivas familias, que se conocían de Long Island. A pesar de que los padres de ambos eran amigos, Rachel y él no se habían conocido hasta la universidad. Adam no quería tener trato con las hijas de los amigos de sus padres, así que conoció a Rachel por su cuenta, aunque supo quién era desde el primer día. Le pareció la chica perfecta para él. Cuando se casaron lo tenían todo en común, y una vida de felicidad por delante. Rachel se quedó embarazada durante la luna de miel y en dos años tuvo dos hijos, Amanda y Jacob, que contaban ya catorce y trece años, respectivamente. El matrimonio duró cinco años. Adam estaba siempre muy ocupado con su trabajo, haciendo carrera, y volvía a casa a las tres de la mañana, tras haber ido a un concierto o alguna prueba deportiva con sus clientes y los amigos de estos; pero, a pesar de las tentaciones que lo rodeaban (y eran muchas), siempre le había sido fiel a Rachel. Sin embargo, ella se cansó de pasar las noches sola y se enamoró del pediatra de sus hijos, a quien conoció desde el instituto, y tuvo una aventura con él mientras Adam se dedicaba a ganar dinero a espaldas para la familia. Pasó a ser socio del bufete tres meses antes de que Rachel lo dejara, tras decirle que estaría perfectamente sin ella. Se llevó a los niños, los muebles, la mitad de sus ahorros y se casó con el médico en cuanto se hubo secado la tinta del certificado de divorcio. Adam seguía odiándola al cabo de diez años, y apenas podía ser educado con ella. Lo último que quería era volver a casarse y que le pasara lo mismo. Casi se había muerto de tristeza cuando Rachel se marchó con los niños. Durante la década siguiente había evitado cualquier riesgo de relación seria saliendo con mujeres a quienes doblaba la edad y con la décima parte de su inteligencia, fáciles de encontrar en el medio en el que trabajaba. A sus cuarenta y un años salía con mujeres de veinte a veinticinco, modelos, aspirantes a actriz, fans, la clase de mujeres que rodean a las estrellas de rock y los deportistas. En la mitad de los casos apenas recordaba sus nombres. Era franco con todas, y generoso. Cuando las conocía les decía que no volvería a casarse jamás, y que lo que hacían era por pura diversión. Nunca le duraban más de un mes, como mucho. A Adam solo le interesaba cenar unas cuantas veces, irse a la cama con ellas y pasar póngase. Rachel le había robado el corazón y lo había tirado en un contenedor de basura. Solo hablaba con ella cuando no le quedaba más remedio, cada vez con menos frecuencia a medida que los chicos se iban haciendo mayores. En la mayoría de las ocasiones le enviaba escuetos correos electrónicos sobre sus asuntos comunes o pedía a su secretaria que la llamara. No quería saber nada de ella, como tampoco quería una relación seria con nadie. Adam idolatraba su libertad, y por nada en el mundo la pondría en peligro otra vez. Su madre había dejado de quejarse porque estuviera soltero, o casi, y también había dejado de intentar presentarle a una «buena chica». Adam tenía exactamente lo que quería: un grupito surtido y rotatorio de amiguitas para entretenerse. Si quería hablar con alguien, llamaba a sus amigos. En su opinión, las mujeres estaban para el sexo, la diversión y para mantenerlas a distancia. No tenía la menor intención de volver a sentirse demasiado cercano a nadie para que le hicieran daño otra vez. A diferencia de Charlie, él no buscaba a la mujer perfecta. Lo único que quería era la perfecta compañera de cama mientras durase, con suerte no más de dos semanas, y a eso se atenía. No quería relaciones serias. Solo era serio con sus hijos, su trabajo y sus amigos. Y a las mujeres que había en su vida no las consideraba amigas. Rachel era su archi-enemiga, su madre era la cruz con la que tenía que cargar, su hermana una pesada y las mujeres con las que salía, prácticamente unas desconocidas. En la mayoría de las ocasiones se sentía más contento, más seguro y más cómodo con hombres, sobre todo con Charlie y Gray. – Pues creo que anoche lo pasé muy bien -dijo Adam con una sonrisa avergonzada. -Lo último que recuerdo es estar bailando con un montón de brasileñas que no hablaban ni palabra de inglés, pero hay que ver cómo se movían. Yo bailé la samba como un poseso, y debí de tomarme como quinientas copas. Eran increíbles. – Y tú también -replicó Charlie riéndose, y los dos volvieron la cara hacia el sol. Se estaba bien, incluso con el dolor de cabeza de Adam. Adam era tan pendejo como trabajador. En aquellos momentos era el abogado más valorado en su campo, y estaba continuamente estresado y nervioso. Tenía tres móviles y un busca y se pasaba la vida en reuniones o volando en su avión privado para ver a sus clientes. Representaba a una serie de personajes famosos, todos los cuales se metían en líos con una frecuencia preocupante, pero a Adam le encantaba lo que hacía y tenía más paciencia con sus clientes que con todos los demás, salvo con sus hijos, que lo eran todo para él. Ellos eran lo más agradable en su

vida. -Creo que quedé con dos de ellas para esta noche -dijo Adam, sonriendo al recordar a las bellezas brasileñas. -No entendían ni una palabra de lo que les decía. Tendremos que volver esta noche, a ver si andan por allí. Adam empezaba a resucitar tras dos tazas de café cuando apareció Gray, con gafas oscuras y la melena blanca alborotada, de punta. Muchas veces la llevaba así, pero parecía quedarle especialmente bien cuando se sentó gruñendo a la mesa, en bañador y una camiseta limpia pero llena de manchurrónes de pintura. - Estoy demasiado viejo para esto -dijo, aceptando agradecido una taza de café mientras abría una pequeña botella de Unterberg. El sabor amargo le asentó el estómago tras los excesos de la noche anterior. A diferencia de Adam y Charlie, no estaba en perfecta forma física. Era larguirucho y flaco y tenía aspecto de desnutrido. Cuando era un chaval parecía sacado de un cartel de niños famélicos. De mayor, simplemente estaba muy delgado. Era pintor y vivía en el West Village, donde pasaba meses enteros trabajando en cuadros intrincados, preciosos. Se las arreglaba para sobrevivir, aunque a duras penas, si vendía dos al año. Y, como Charlie, no se había casado ni tenía hijos. Gozaba de gran respeto en el mundo artístico, pero nunca había tenido éxito en el mercado. No le importaba. El dinero no significaba nada para él. Como les decía a sus amigos, lo único que le importaba era la integridad de su obra. Les ofreció un poco de Unterberg a Adam y Charlie, pero ambos torcieron el gesto y negaron con la cabeza. - No sé cómo puedes beber eso -dijo Adam, haciendo una mueca por el olor. -Funciona, pero prefiero la resaca a beberme esa porquería. - Es estupenda. Funciona. Quizá deberías ponerle melaza por vena, si vamos a seguir bebiendo así. Siempre se me olvida lo mal que sienta. ¿Nos admitirán ya en Alcohólicos Anónimos? -dijo Gray mientras se tomaba la Unterberg de un trago, después el café y a continuación atacaba un plato de huevos. - Eso suele pasar la segunda semana, no la primera -replicó Charlie, contento. Le encantaba estar con sus amigos, a pesar de los excesos iniciales, solían sumirse en una rutina más tranquila tras los primeros días. No era tan terrible como lo pintaban Adam y Gray, si bien todos habían bebido y se habían divertido mucho la noche anterior, bailando con desconocidas, observando a la gente y disfrutando de la mutua compañía. Charlie siempre estaba deseando pasar aquel mes con ellos. Era el punto culminante del año, y también para sus amigos. Vivían desde meses antes expectantes, y disfrutaban de los recuerdos durante los meses siguientes. Era toda una década de viajes como aquellos, y se reían con las anécdotas de las locuras que hacían siempre que se veían. - Me parece que este año nos hemos adelantado un poco, con una noche como la de ayer. Yo ya tengo el hígado tocado. Lo noto -comentó Gray con expresión de preocupación, mientras terminaba los huevos y se tomaba una tostada para acabar de asentar el estómago. Aún le martilleaba la cabeza, pero se sentía mejor con la Unterberg. Adam no podría haberse enfrentado a semejante desayuno. Era evidente que las cervezas que Gray tomaba religiosamente todos los días cuando estaba a bordo le funcionaban y, por suerte, ninguno de ellos se mareaba. -Yo soy mayor que vosotros, y si no paramos un poco, me vais a matar. O a lo mejor lo haré el baile. Joder, estoy en muy mala forma. Gray acababa de cumplir los cincuenta, pero parecía bastante mayor que sus amigos. Charlie tenía un aspecto juvenil a pesar de sus cuarenta y tantos años, lo que le quitaba cinco o diez de encima; Adam solo tenía cuarenta y uno y se encontraba en una condición física extraordinaria. Estuviera donde estuviera, y por mucho trabajo que tuviera, iba todos los días al gimnasio. Decía que era la única forma de librarse del estrés. Gray nunca se había cuidado: dormía poco, comía menos y vivía para su trabajo. Se pasaba horas y horas ante el caballete, y no hacía otra cosa que pensar, soñar y respirar arte. No era mucho mayor que los otros dos, pero representaba su edad, sobre todo por su rebelde mata de pelo blanco. Las mujeres que conocía lo encontraban guapo y amable, al menos una temporada, hasta que pasaban de él. A diferencia de Charlie y Adam, a Gray no se le ocurría ir detrás de las mujeres, y hacía muy pocos esfuerzos en ese sentido, por no decir ninguno. Él se movía en el mundo del arte, ajeno a todo lo demás. Como palomas mensajeras, las mujeres llegaban hasta él, y siempre había sido así. Era un auténtico imán para las mujeres que Adam llamaba neuróticas, y Gray no lo contradecía. Todas las mujeres con las que salía acababan de dejar de tomar medicación o empezaban a tomarla inmediatamente después de liarse con él. A todas las había maltratado el anterior novio o marido, que seguía llamándolas tras haberlas dejado tiradas. Gray invariablemente las rescataba, y aunque no lo atrajeran demasiado o le causarían problemas, mucho antes de acostarse con ellas les ofrecía un sitio donde vivir «solo unas

semanas, hasta que encontraran algo». Y finalmente, lo que encontraban era a ?l. Acababa cocinando para ellas, d?ndoles alojamiento, cuid?ndolas, busc?ndoles m?dicos y terapeutas, meti?ndolas en un programa de rehabilitaci?n o desenganch?ndolas ?l mismo. Les daba dinero, con lo cual se quedaba a?n m?s en la indigencia que antes de haberlas conocido. Les ofrec?a refugio, consuelo y bondad. Hac?a pr?cticamente cualquier cosa que tuviera que hacer y que ellas necesitaran, siempre y cuando no tuvieran hijos. Los ni?os eran lo ?nico con lo que Gray no pod?a. Siempre lo hab?an aterrorizado. Le tra?an a la memoria su propia infancia, de la que no guardaba un recuerdo agradable. Al estar con ni?os y familias volv?a a comprender con dolor la profunda disfunci?n de su familia. Las mujeres con las que Gray se relacionaba no parec?an malvadas al principio y le aseguraban que no quer?an hacerle da?o. Eran desorganizadas, casi siempre hist?ricas y su vida un absoluto desastre. Las historias con ellas duraban desde un mes hasta un a?o. Les consegu?a trabajo, las pul?a, les presentaba gente que las ayudaba, e indefectiblemente, si no acababan en el hospital o en alguna instituci?n, se iban con otro. Nunca hab?a deseado casarse con ninguna, pero se acostumbraba a ellas, y cuando lo abaldonaban se sent?a decepcionado una temporada. Era el cuidador por antonomasia y, como todos los padres dedicados a sus hijos, esperaba que los polluelos abandonaran el nido. Le asombraba que en cada ocasi?n el abandono le resultara dif?cil y traum?tico. Raramente sal?an de su vida con elegancia. Le robaban cosas, sufr?an ataques y se pon?an a gritar hasta el extremo de que los vecinos llamaban a la polic?a, le rajaban los neum?ticos si ten?a coche en aquel momento, le tiraban sus cosas por la ventana o montaban alg?n foll?n que le produc?a verg?enza o dolor. Raramente le daban las gracias por el tiempo, el dinero y el cari?o que tan generosamente les hab?a prodigado. Y al final, cuando se marchaban, sent?a un enorme alivio. A diferencia de Adam y Charlie, a Gray no lo atra?an las mujeres j?venes. Las mujeres que le gustaban sol?an tener cuarenta y tantos a?os y un grave trastorno ps?quico. Gray dec?a que le gustaba su vulnerabilidad y que le daban l?stima. Adam le hab?a propuesto que trabajara para la Cruz Roja, o para un centro ben?fico, donde podr?a cuidar a la gente cuanto quisiera en lugar de convertir su vida amorosa en el tel?fono de la esperanza de las cuarentonas con enfermedades mentales. – No lo puedo evitar -replicaba Gray t?midamente. -Siempre pienso que si no las ayudo yo, nadie lo har?. – Ya, claro. Pues tienes suerte de que una de esas chifladas no haya intentado matarte mientras dorm?as. Un par de ellas lo hab?an intentado pero, por suerte, no lo hab?an conseguido. Gray ten?a una necesidad irrefrenable de salvar el mundo y de rescatar mujeres con necesidades acuciantes. Esas necesidades siempre acababan cubri?ndolas otros, no Gray. Casi todas las mujeres con las que hab?a salido lo hab?an abandonado por otro hombre. Y cuando se marchaban aparec?a otra mujer en situaci?n catastr?fica que le pon?a la vida patas arriba. Era un viaje en la monta?a rusa al que se hab?a acostumbrado en el transcurso de los a?os. Jam?s hab?a vivido de otra forma. A diferencia de Charlie y Adam, de familias tradicionales, respetables y conservadoras (la de Adam viv?a en Long Island y la de Charlie en la Quinta Avenida, de Nueva York), Gray hab?a vivido en todo el mundo. La pareja que lo hab?a adoptado al nacer formaba parte de uno de los grupos m?s conocidos de la historia del rock. Se hab?a criado, si se pod?a llamar as?, entre las grandes estrellas de rock de la ?poca, que le pasaban porros y botellas de cerveza cuando solo contaba ocho a?os. Sus padres tambi?n hab?an adoptado a una ni?a. A ?l le hab?an puesto Gray, a ella Sparrow, y cuando Gray ten?a diez a?os, los padres hab?an «renacido» y se hab?an retirado de la m?sica. Primero fueron a la India, despu?s a Nepal, se establecieron en el Caribe y pasaron cuatro a?os en la Amazonia, viviendo en un barco. Lo ?nico que Gray recordaba era la pobreza que hab?an visto y a los nativos que hab?an conocido, m?s que los a?os de infancia con las drogas, pero tambi?n recordaba algo de eso. Su hermana se hizo monja budista y volvi? a India, para socorrer a las masas hambrientas de Calcuta. Cuando contaba dieciocho a?os Gray abandon? el barco, en todos los sentidos, y se fue a pintar. Su familia a?n ten?a dinero, pero ?l prefiri? intentar arregl?rselas solo y pas? varios a?os estudiando en Par?s hasta que regres? a Nueva York. Por entonces sus padres se hab?an trasladado a Santa Fe, y cuando Gray ten?a veinticinco a?os hab?an adoptado un beb? navajo a quien impusieron el nombre de Boy. Fue un proceso complicado, pero la tribu accedi? a dejarlo marchar. A Gray le parec?a buen chaval, pero la diferencia de edad era tan grande que apenas lo vio mientras crec?a. Los padres adoptivos murieron cuando Boy ten?a

dieciocho años y el muchacho volvió con su tribu. Eso había ocurrido hacía siete años, y aunque Gray sabía dónde estaba su hermano, nunca se habían puesto en contacto. Recibió una carta de Sparrow desde la India cada dos años. Nunca se habían llevado demasiado bien, al haber pasado sus años de infancia sobreviviendo a los caprichos y las extravagancias de sus padres. Gray sabía que Sparrow había dedicado mucho tiempo a buscar a sus padres biológicos, quizá para intentar poner algo de normalidad en su vida. Los había encontrado en algún lugar de Kentucky, vio que no tenían nada en común con ella y no volvió a verlos. Gray nunca había sentido el menor deseo de conocer a los suyos, quizá sí cierta curiosidad, pero bastante tenía con sus padres adoptivos, y no necesitaba añadir más personas desequilibradas a la mezcla. Los chiflados con los que se relacionaba eran más que suficiente, y las mujeres con las que salía, otro tanto de lo mismo. Los conflictos que compartía con ellas, y que trataba de solucionar, eran más numerosos que los que había visto mientras se hacía mayor, le resultaban conocidos y se sentía cómodo con ellos. Y de una cosa estaba convencido: que no quería tener hijos y hacerles lo mismo que le habían hecho a él. Tener hijos era algo para los demás, como Adam, que podía criarlos como es debido. Gray sabía que no podía, porque no tenía un modelo parental que seguir, ni una auténtica vida familiar que imitar, nada que ofrecerles, o eso le parecía a él. Lo único que quería era pintar, y lo hacía muy bien. Fuera cual fuese su mezcla genética, quienesquiera que fueran sus padres biológicos, Gray tenía un enorme talento, y aunque nunca le habían reportado grandes beneficios, siempre lo habían respetado como pintor. Incluso los críticos reconocían que era pero que muy bueno. Sencillamente no era capaz de llevar una vida ordenada durante el tiempo suficiente como para ganar dinero con su trabajo. Cuanto habían ganado sus padres durante los primeros años se lo habían gastado en drogas y en viajar por todo el mundo. Estaba acostumbrado a no tener nada y no le importaba. Y cuando tenía algo, se lo regalaba a otros a los que consideraba más necesitados. Y lo mismo le daba estar en el lujoso yate de Charlie que muerto de frío en su estudio del barrio del antiguo matadero neoyorquino. Poco le importaba que hubiera alguna mujer en su vida. Lo que le importaba era su trabajo, y sus amigos. Había comprobado hacía bastante tiempo que, aunque a veces lo atraían las mujeres y aunque le gustaba tener un cuerpo cálido en su cama para reconfortarlo en las noches frías, eran todas unas dementes, o al menos las que pasaban por su vida. A nadie le cabía duda de que si una mujer estaba con Gray, lo más probable era que estuviera loca. Era una maldición que él aceptaba, una fuerza irresistible tras la infancia que había pasado. Creía que la única forma de romper el hechizo, o la maldición que le había sobrevenido por su familia adoptiva, era negarse a transmitir ese modo de vida angustioso a un hijo suyo. Muchas veces decía que lo que podía aportar al mundo era la promesa de no tener hijos. No había roto esa promesa, y sabía que jamás la rompería. Decía que era alérgico a los niños, y que a los niños les pasaba lo mismo con él. Al contrario que Charlie, Gray no andaba en busca de la mujer perfecta; solo le habría gustado encontrar a una, algún día, que estuviera cuerda. Mientras tanto, las que encontraba le procuraban emociones y un toque humorístico, a él y a sus amigos. – Bueno, ¿qué vamos a hacer hoy? – preguntó Charlie, mientras los tres se recostaban en sus respectivas tumbonas tras el desayuno. El sol ya estaba alto, era casi mediodía y el tiempo inmejorable. Hacía un día realmente precioso. Adam dijo que quería ir a Saint Tropez a comprar regalos para sus hijos. A Amanda siempre le encantaba lo que le llevaba, y Jacob se conformaba con cualquier cosa. Los dos querían a su padre con locura, pero también querían a su madre y a su padrastro. Rachel y el pediatra habían tenido dos hijos más, de cuya existencia Adam fingía no saber nada, aunque sí sabía que Amanda y Jacob les tenían cariño y los querían como hermanos. Adam no quería saber nada de ellos. No había llegado a perdonar a Rachel por su traición, y jamás la perdonaría. Hacía años que había llegado a la conclusión de que, a la menor oportunidad, todas las mujeres eran auténticas arpías. Su madre no paraba de incordiar a su padre y le faltaba al respeto. Su padre respondía a la continua andanada de insultos con el silencio. Su hermana era más sutil que su madre y conseguía cuanto quería a base de lloriqueos. En las raras ocasiones en las que no lo conseguía se ponía hecha una fiera y enseñaba los dientes. En opinión de Adam, la única forma de tratar a una mujer consistía en que fuera tonta, mantenerla a distancia y pasar página rápidamente. Había que seguir moviéndose, y así todo iría bien. Solo se quedaba tranquilo o bajaba la guardia en el barco, con Charlie y Gray, o con sus hijos. – Las tiendas cierran a la una

para el almuerzo -le record? Charlie. -Podemos ir esta tarde. Adam se acord? de que no volv?an a abrir hasta las tres y media o las cuatro, y todav?a era demasiado pronto para comer. Acababan de desayunar y, tras los excesos de la noche anterior, solo hab?a tomado un panecillo y un caf?. Ten?a el est?mago delicado, hab?a padecido de ?lceras hac?a unos a?os y raramente com?a mucho. Era el precio que pagaba, de buena gana, por un trabajo tan estresante. Tras tantos a?os de negociar contratos para deportistas y estrellas de primera categor?a, le encantaba su profesi?n y disfrutaba con ella. Se encargaba de sacarlos de la c?rcel bajo fianza, de meterlos en los equipos que quer?an, de firmar las giras de conciertos, de negociar sus divorcios, pagar la pensi?n alimenticia a sus antiguas amantes y firmar acuerdos para el mantenimiento de los hijos nacidos fuera del matrimonio. Con todo eso siempre estaba ocupado, estresado y contento. Y por fin ten?a vacaciones. Se tomaba dos al a?o: el mes de Agosto en el barco de Charlie, un compromiso sagrado para ?l, y una semana en invierno tambi?n con ?l, en el Caribe. Gray nunca iba en esas ocasiones, porque guardaba malos recuerdos del Caribe de cuando hab?a vivido all? con sus padres, y dec?a que por nada del mundo volver?a. Y a finales de agosto pasaba una semana viajando por Europa con sus hijos. Como siempre, se reunir?a con ellos al final de la traves?a en el barco. Su avi?n los recoger?a en Nueva York, har?a escala en Niza para recogerlo a ?l, y despu?s se ir?an los tres a pasar una semana en Londres. - ?Qu? os parece si zarpamos y anclamos cerca de la playa? Despu?s podemos ir a almorzar al Club 55 en la lancha -propuso Charlie, y los otros dos asintieron. Era lo que sol?an hacer en Saint Tropez. Charlie ten?a todos los juguetes imaginables para sus invitados: esqu?s acu?ticos, motos acu?ticas, un velero peque?o, tablas de windsurf y equipo de submarinismo. Pero lo que m?s les gustaba era hacer el vago. Dedicaban la mayor parte del tiempo a comer, cenar, beber, las mujeres y nadar un poco. Y a dormir mucho, sobre todo Adam, que siempre llegaba agotado y dec?a que ?nicamente dorm?a como Dios manda en el barco de Charlie, en agosto. Era la ?nica ?poca del a?o en la que no ten?a preocupaciones. Le enviaban faxes desde el despacho todos los d?as, y correos electr?nicos, y los revisaba, pero sus secretarias, ayudantes y socios sab?an que en agosto no hab?a que molestarlo m?s de lo absolutamente imprescindible. Y ?ay de ellos si lo hac?an! Era la ?nica temporada en la que Adam abandonaba el control del bufete e intentaba no pensar en sus clientes. Cualquiera que lo conocierabien y que supiera cu?nto trabajaba sab?a que necesitaba aquel descanso. Su trato resultaba mucho m?s agradable cuando volv?a en septiembre, Superaba sin esfuerzo las siguientes semanas, incluso los siguientes meses, gracias a los buenos momentos pasados con Gray y Charlie. Los tres se hab?an conocido por sus actividades filantr?picas. La fundaci?n de Charlie estaba organizando una funci?n ben?fica con el fin de recaudar fondos para una casa de acogida para mujeres y ni?os maltratados en el Upper West Side. El presidente intentaba localizar a una estrella del rock dispuesta a actuar desinteresadamente y se puso en contacto con Adam, representante del artista en cuesti?n. Adam y Charlie almorzaron juntos para tratar el asunto y descubrieron su admiraci?n mutua. Cuando tuvo lugar la funci?n, ya se hab?an hecho amigos. Adam consigui? que su representado donara el mill?n de d?lares de la actuaci?n, algo ins?lito. En la misma ocasi?n se subast? un cuadro donado por Gray, obra suya, lo que le supuso un gran sacrificio, puesto que equival?a a los ingresos de seis meses. A continuaci?n se ofreci? a pintar un mural en la casa de acogida financiada por la fundaci?n de Charlie. Fue entonces cuando conoci? a Charlie, que los invit? a Adam y a ?l a cenar en su apartamento para darles las gracias. Los tres hombres no pod?an ser m?s diferentes, pero aun as? descubrieron v?nculos entre ellos: las causas que defend?an y el hecho de no estar casados ni manteniendo una relaci?n seria en aquellos momentos. Adam acababa de divorciarse. Charlie hab?a roto recientemente su segundo compromiso de boda e invit? a los dos al barco que pose?a entonces, en el que ten?a pensado pasar su luna de miel, para que le hicieran compa??a durante el mes de agosto. Pens? que un viaje con sus dos nuevos amigos le servir?a de distracci?n, y result? incluso m?s agradable de lo que se esperaba. Lo pasaron estupendamente. La chica con la que Gray hab?a estado saliendo hab?a intentado suicidarse en junio y se hab?a marchado con uno de los alumnos de Gray en julio. En agosto, Gray se sinti? muy aliviado al poder salir de la ciudad, y muy agradecido por la oportunidad que le brindaba Charlie. En aquellos momentos andaba a?n peor de dinero que de costumbre. Y Adam hab?a pasado una primavera tremenda, con las lesiones de dos deportistas de ?lite y la cancelaci?n de una gira de una banda de lama internacional que

acabó en una docena de pleitos. El viaje en el barco de Charlie fue perfecto, y desde entonces lo repetían anualmente. El de este año prometía ser igual: Saint Tropez, Montecarlo para jugar un poco, Portofino, Cerdeña, Capri y dondequiera que les apeteciera detenerse por el camino. Sólo llevaban dos días en el barco, y los tres estaban ilusionados. Charlie disfrutaba plenamente de la compañía de sus amigos, y ellos de la suya. Y el Blue Moon era el emplazamiento ideal para compartir diversión y travesuras. – Entonces, ¿qu?, chicos? ¿Comemos en el Club 55 y nadarnos un poco antes? -insistió Charlie, para poder contarle los planes al capitán. – Pues claro. Venga -replicó Adam poniendo los ojos en blanco al oír su mivil francés, al que no hizo el menor caso. Ya atendería el mensaje más tarde. Mientras estaba en Europa, solo se llevaba un teléfono, lo cual suponía una mejora enorme en comparación con la serie de artilugios y papeles con los que cargaba en Nueva York. -Es mucho trabajo, pero alguien tiene que hacerlo -añadió sonriente. – ¿A alguien le apetece un Bloody Mary? -preguntó Charlie con fingida inocencia mientras hacía un gesto al camarero indicándole que se marchaban. El sobrecargo, un apuesto joven neozelandés que había estado pendiente todo el rato, asintió con la cabeza y desapareció para comunicárselo al capitán y hacer la reserva para el almuerzo. No le hacía falta preguntar nada. Sabía que Charlie querría desembarcar a las dos y media para comer. La mayoría de las veces prefería almorzar a bordo, pero el ambiente de Saint Tropez resultaba demasiado tentador, y todo personaje medianamente importante iba a comer al Club 55 y a cenar a Spoon. – El mío que sea un Bloody Mary virgen -dijo Gray sonriendo al camarero. -He pensado que puedo retrasar unos días mi ingreso en rehabilitación. – Pues el mío que sea picante y fuertecito, y pensándolo bien, de tequila -dijo Adam con una amplia sonrisa, ante lo que Charlie se echó a reír. – Yo voy a tomar un Bellini -dijo Charlie. Era un combinado de champán y zumo de melocotón, una forma sosegada de empezar un día de libertinaje. A Charlie le encantaban los habanos y el buen champán, y había una buena provisión de ambos en el barco. Los tres hombres se relajaron bebiendo en la cubierta mientras se alejaban del puerto, a motor, evitando cuidadosamente las embarcaciones más pequeñas y los barquitos llenos de turistas que contemplaban boquiabiertos el barco y le sacaban fotos. En el extremo del puerto se había congregado la habitual multitud de paparazzi a la espera de la llegada de yates para ver quién iba a bordo. Seguían a los famosos en motos, acosándolos sin cesar, y tomaron una última foto del Blue Moon mientras se alejaba, suponiendo, sin equivocarse, que aquel super-yate volvería por la noche. En la mayoría de las ocasiones fotografiaban a Charlie mientras paseaba por la ciudad, pero él raramente daba pábulo a los chismorreos de los tabloides. Aparte de la opulencia y el tamaño de su yate, Charlie llevaba una vida relativamente tranquila y evitaba a toda costa los escándalos. Simplemente era un hombre muy rico de viaje con dos amigos, de los que ningún lector de los tabloides había oído hablar. A pesar de las grandes estrellas que conocía y a las que representaba, Adam siempre se mantenía en segundo plano. Y Gray Hawk no era más que un pintor medio muerto de hambre. Eran tres hombres solteros, amigos íntimos, dispuestos a divertirse durante el mes de agosto. Estuvieron nadando media hora antes del almuerzo. Después, Adam se montó en una de las motos acuáticas para dar una vuelta y gastar un poco de energía, mientras Gray dormía en cubierta y Charlie se fumaba un habano. Era una vida perfecta. A las dos y media se subieron a la lancha para comer en el Club 55. Como ocurría con frecuencia, allí estaba Alain Delon, y también Gerard D'pardieu y Catherine Deneuve, sobre la que los tres amigos hablaron largo y tendido. Todos coincidieron en que seguía siendo guapísima, a pesar de su edad. Respondía al tipo que le gustaba a Charlie, solo que era considerablemente mayor que las mujeres con las que salía, que por lo general no sobrepasaban los treinta, cuando no eran incluso más jóvenes. Raramente salía con mujeres de su edad. Pensaba que las mujeres de cuarenta y tantos eran para los hombres de sesenta, o de más edad. Y a Adam le gustaban muchísimo más jóvenes. Gray dijo que él habría sido feliz con Catherine Deneuve, a cualquier edad. Le gustaban las mujeres de su edad, o incluso algo mayores, si bien Catherine Deneuve no podía ser candidata, porque parecía completamente normal y relajada hablando y riendo con sus amigos. La mujer que andaba buscando Gray, o en la que se habría fijado, estaría llorando calladamente en un rincón, o hablando entre sollozos por el mivil, con expresión angustiada. La chica que Adam tenía en mente sería unos diez años mayor que su hija adolescente, y a él le tocaría pagarle unos implantes de pechos y una operación de nariz. Para Charlie, la chica de sus

sueños iba adornada por una aureola y llevaba zapatitos de cristal, pero en la ocasión definitiva, cuando sonaran las campanadas de medianoche, ella no saldría corriendo, ni desaparecería; se quedaría en el baile, prometería no abandonarlo jamás y bailaría entre sus brazos eternamente. ¿Albergaba la esperanza de encontrarla, algún día. CAPÍTULO 02

El capitán fondeó el Blue Moon en el extremo del muelle de Saint Tropez aquella tarde. Supuso toda una hazaña, porque no era fácil encontrar sitio en temporada alta. Debido a su tamaño, tenía que estar en primera fila, y en cuanto lo amarraron Charlie se arrepintió de haber entrado en el puerto con el barco en lugar de haber ido en la lancha, como prefería hacer. Los paparazzi se abalanzaron en tropel, atraídos por las dimensiones del yate. Hicieron un montón de fotografías a los tres hombres cuando entraban en un coche que los estaba esperando. Charlie no les hizo caso, y Adam tampoco, pero Gray saludó con la mano. – Pobres diablos. Qué forma tan asquerosa de ganarse la vida -se compadeció, mientras Adam, que detestaba a la prensa, gruñía. – Parásitos. Buitres. Eso es lo que son-dijo. La prensa creaba continuamente problemas a sus clientes. Había recibido una llamada de su despacho aquella misma tarde. Habían sorprendido a uno de sus clientes saliendo de un hotel con una mujer que no era su esposa, y se había armado la de Dios es Cristo. La airada esposa había llamado diez veces al bufete y amenazaba con el divorcio. No era la primera vez que su marido lo hacía, y ella quería un acuerdo de divorcio carísimo o cinco millones de dólares para seguir casada con él. Todo muy bonito. A Adam ya no le sorprendía nada. Lo único que quería en aquel momento era encontrar a las chicas brasileñas y bailar samba hasta la madrugada. Ya se ocuparía de todas las demás estupideces cuando volviera a Nueva York. De momento no tenía el menor interés en los tabloides ni en las infidelidades de sus clientes. Ya lo habían hecho antes y volverían a hacerlo muchas veces. Era su tiempo, no el de ellos. Tiempo de descansar. Había desconectado su contador. Fueron a comprar a la ciudad, durmieron la siesta y cenaron en el Spoon del hotel Byblos, donde apareció una espectacular supermodelo rusa con pantalones de seda blanca y un minúsculo bolero de cuero, desabrochado y sin nada debajo. Todo el restaurante le vio los pechos, y parecían encantados. A Charlie le divirtió, y Adam se rió. – Tiene unos pechos increíbles -comentó Gray mientras pedían la cena y un vino excelente. – Sí, pero no son auténticos -dijo Adam con ojo clínico, impertinente pero también divertido. Había que tener valor para sentarse a cenar en un restaurante con las tetas fuera, aunque no era la primera vez que veían una cosa así. El año anterior había entrado en un restaurante una chica alemana con una blusa de malla tan transparente que apenas se notaba, y todo el mundo se quedó sin respiración. Ella estaba allí tan tranquila cenando, hablando, riendo y fumando, prácticamente desnuda de cintura para arriba, y a todas luces disfrutando del revuelo que causaba. – ¿Cómo sabes que no son auténticos? -preguntó Gray con interés. La chica tenía unos pechos grandes y firmes, con los pezones respingones. A Gray le habría encantado dibujarlos, y ya estaba un poco achispado. Habían estado bebiendo Margaritas en el barco antes de salir, como comienzo de otra noche de disipación y libertinaje. – Tórrido -contestó Adam con seguridad. -Yo ya llevo pagados unos cien pares. No, cien y medio. Hace un par de años salí con una chica que solo quería uno. Decía que el otro estaba bien, y que solo quería que el más pequeño fuera a juego. – Es curioso -dijo Charlie, divertido; cató el vino e hizo un gesto de asentimiento al sumiller. Era bueno, más que bueno. Era un Lynch-Bages de una cosecha excelente. -En lugar de llevar telas a cenar y a ver una película, ¿las invitas a pechos nuevos? – No, cada vez que salgo con una aspirante a actriz se descuelga con que le pague un par nuevo. Es más fácil que discutir sobre el asunto. Después se van tranquilamente, si les gusta lo que les han puesto. – Antes los hombres les regalaban a las mujeres collares de perlas o pulseras de diamantes a modo de premio de consolación, y ahora les regalan implantes, o eso parece -replicó Charlie secamente. A las mujeres con las que salía Charlie jamás se les habría ocurrido pedirle que les regalara pechos nuevos ni ninguna de las cosas que costaba Adam. Si los ligues de Charlie se hacían algún arreglillo, ellas sufragaban los gastos, y ni siquiera se hablaba del tema. No tenía noticia de que ninguna de las mujeres con las que había salido se hubiera sometido a cirugía estética. A las chicas de Adam, como las llamaban Gray y él, las habían remodelado de pies a cabeza. Y las mujeres de Gray requerían una lobotomía o sedación más que otra cosa. Gray les había costado terapeutas, programas de rehabilitación, loqueros y minutos de

abogados por órdenes de alejamiento a los anteriores hombres de sus vidas, que las acosaban o amenazaban con matarlas, a ellas o a él. Al final iba a resultar que lo de los implantes resultaba más sencillo. Después de la operación de estética, las mujeres de Adam le daban las gracias y desaparecían. Las de Gray siempre se quedaban una temporada, o lo llamaban cuando el nuevo hombre en su vida empezaba a maltratarlas. Raramente estaban con Gray más de un año. Las trataba demasiado bien. Las mujeres de Charlie siempre acababan como amigas y lo invitaban a sus bodas después de que él las dejaba al haber sacado a la luz su imperdonable defecto. – A lo mejor yo debería probar con eso -dijo Charlie, riendo con la copa de vino en la mano. – ¿Qué vas a probar? -preguntó Gray con expresión de perplejidad. La rusa y sus pechos lo tenían mareado. – Pagar los implantes. Podría ser un bonito regalo de Navidad, o de boda. – Sería de mal gusto -replicó Adam, moviendo la cabeza. -Ya es bastante con que lo haga yo. Las chicas con las que tú sales tienen demasiada clase para pedirte que les regales unas tetas. Las mujeres con las que sale Adam lo necesitaban para abrirse camino como actrices o modelos. A Adam le daba igual lo de la clase, e incluso le habría supuesto un impedimento. Para él, las mujeres con las que sale Charlie solo le habrían dado quebraderos de cabeza. Al contrario que Charlie, él no quería quedarse colgado de nadie, mientras que Gray dejaba que las cosas pasaran, porque no tenía planes en firme sobre nada, y vivía la vida tal y como llegaba. Adam lo tenía todo programado y planeado. – Sería un regalo más original, desde luego. Yo estoy harto de regalarles objetos de porcelana -dijo Charlie, sonriendo entre el humo del puro. – Confírmame con no tener que pagarles la pensión alimenticia y la pensión de los niños. La porcelana es mucho más barata, puedes creerme -replicó Adam en tono cortante. Había dejado de pasarle la pensión alimenticia a Rachel cuando ella volvió a casarse, pero su ex mujer se había llevado la mitad de lo que él tenía, y seguía aportando una cuantiosa suma para el mantenimiento de sus hijos, algo que no le importaba en absoluto. Pero se arrepentía de haberle concedido tanto a Rachel en el divorcio. Lo había puesto en un buen aprieto hacía diez años, cuando se divorciaron, y eso que él ya era socio del bufete. Se llevó mucho más de lo que a su juicio se merecía. Sus padres habían contratado a un abogado estupendo. Y Adam seguía guardándole rencor al cabo de diez años. No había llegado a reponerse del daño que le había hecho, y probablemente nunca lo superaría. En su opinión, estaba muy bien pagar implantes pero no una pensión alimenticia. Nunca jamás. – Pues, si a eso vamos, a mí me parece terrible que haya que regalarles nada -intervino Gray. -Yo preferiría regalarle algo a una mujer porque quiero, en lugar de pagarle el abogado, el terapeuta o un arreglo de nariz -añadió con aire inocente. Teniendo en cuenta lo poco que Gray tenía, siempre que se enrollaba con alguien acababa soltando una fortuna en comparación con lo que ganaba, a pesar de lo cual siempre quería ayudarlas. Era como la Cruz Roja a la hora de salir con alguien. Adam era el trapichero, que establecía límites claros e imponía compensaciones. Charlie era el príncipe azul, atento y romántico. Claro que Gray decía que él también era romántico, pero las mujeres con las que se relacionaba no lo eran; estaban demasiado desesperadas y necesitadas para que les importara el romanticismo. Pero le habría gustado un poco de romanticismo en su vida, si lograba liarse con una mujer cuerda, algo que parecía cada día más improbable. Adam aseguraba que no le quedaba ni una sola célula romántica en el cuerpo y se enorgullecía de ello. Decía que prefería el buen sexo al mal romance. – ¿Y por qué no se puede tener todo? -preguntó Gray, empezando con la tercera copa del excelente vino. – ¿Por qué no sexo y romance al mismo tiempo, e incluso alguien que te quiera y a quien tú quieras? – A mí me suena estupendo -dijo Charlie. Pero, en su caso, quería que la mezcla incluyera sangre azul. Reconocía sin ambages que en cuestión de mujeres era un esnob. Adam le tomaba el pelo diciéndole que no quería mancillar su sangre con la de una campesina. A Charlie no le gustaba cómo lo expresaba Adam, pero ambos sabían que era verdad. – Pues yo creo que los dos estás en la nube -declaró Adam con cinismo. -El romanticismo es lo que lo jode todo. Solo sirve para que uno se lleve una decepción, que todos acaben cabreándose y se monte la de Dios es Cristo. Si sabes que solo va de sexo y de pasarlo bien, no le haces daño a nadie. – Ya. Entonces, ¿cómo es que todas tus chicas se cabrean cuando se largan? -preguntó Gray con sencillez. Y tenía su punto de razón. – Porque las mujeres nunca creen lo que uno les dice. En cuanto les digo que no pienso casarme jamás, se lo toman como un reto y se ponen a buscar el vestido de boda. Por lo menos, yo soy sincero. Si no me creen, es su problema. Yo lo digo muy

claro, y si no me quieren hacer caso, all? ellas. Pero Dios sabe que lo digo, bien alto y bien claro. Esa era otra de las ventajas de salir con mujeres muy j?venes. A las chicas de veintid?s a?os normalmente no les interesaba casarse, sino pasarlo bien, hasta que empezaban a rondar los treinta, y entonces empezaban a preocuparse por c?mo iban las cosas a su alrededor. Las m?s j?venes quer?an ir a bares y clubes, comprarse ropa y cargarlo a la cuenta de Adam, ir a conciertos y restaurantes caros. Si se las llevaba a Las Vegas un fin de semana, cuando ten?a que ver a alg?n cliente, a las chicas les parec?a que estaban en el mism?simo para?so. Sin embargo, la familia de Adam ten?a una actitud distinta. Su madre no paraba de acusarlo de que sal?a con putas, sobre todo cuando ve?a a su hijo en los tabloides. Adam la correg?a y le explicaba que eran actrices y modelos, lo cual, seg?n su madre, eran una y la misma cosa. A su hermana le daba un poco de verg?enza cuando sal?a el tema de conversaci?n en las reuniones familiares, pero nada m?s. A su hermano le parec?a gracioso, pero llevaba a?os dici?ndole que ya iba siendo hora de que sentara la cabeza. A Adam le importaba un comino lo que pensara su familia. El pensaba que sus vidas eran terriblemente aburridas. La suya no lo era. Y en cada ocasi?n se reafirmaba en su convicci?n de que le ten?an envidia porque ?l lo pasaba bien y ellos no. Sus padres no lo envidiaban, pero no aprobaban su conducta por una cuesti?n de principios. Y como era de esperar, bien porque rechazaba a Adam o simplemente para fastidiarlo, su madre se hab?a puesto de parte de Rachel, o eso pensaba a veces Adam. A su madre Rachel le ca?a bien, y tambi?n su nuevo marido, y siempre le recordaba a Adam que ve?a a su ex mujer y que manten?a contacto con ella porque era la abuela de los ni?os. En cualquier discusi?n o pelea, la madre siempre se pon?a en contra de Adam. No lo pod?a evitar. Era el esp?ritu de la contradicci?n y ten?a que oponerse a todo como fuera. Adam sospechaba que, a pesar de todo, lo quer?a, pero que parec?a sentir la necesidad de criticarlo y de hacerle la vida imposible. Hiciera lo que hiciera, a su madre no le gustaba. Su madre segu?a ech?ndole a ?l la culpa del divorcio e insist?a en que ten?a que haberle hecho algo espantoso a Rachel para que lo hubiera abandonado por otro. Nunca le hab?a demostrado cari?o a su hijo por el hecho de que su esposa lo hubiera enga?ado con otro y lo hubiera dejado. Era culpa de Adam. Bajo tantas cr?ticas y descalificaciones, Adam sospechaba que se sent?a orgullosa de lo mucho que su hijo hab?a logrado, pero ella nunca lo reconoc?a. Eran m?s de las once cuando salieron del restaurante y se fueron a dar una vuelta por Saint Tropez. Las calles estaban abarrotadas, y hab?a gente en los caf?s, restaurantes y bares al aire libre. De varios clubes nocturnos sal?a una m?sica atronadora. Pasaron a tomar una copa en Chez Nano y despu?s entraron en Les Caves du Roy, a la una, cuando empezaba a animarse la cosa. Por todas partes hab?a mujeres con blusas de espalda al aire, vaqueros ce?idos, vestiditos y camisas transparentes, pelo h?bilmente alborotado y sandalias de tac?n muy sexy. Adam se sent?a como un ni?o delante de una pasteler?a, e incluso Charlie y Gray estaban disfrutando. Gray era mucho m?s t?mido a la hora de ligar. Normalmente eran las mujeres quienes iban en su busca. Y Charlie era infinitamente m?s selectivo, pero le encantaba observar el ambiente. Hacia la una y media ya estaban bailando los tres, a?n relativamente sobrios. Las chicas brasile?as no aparecieron, pero a Adam no le import?. Bail? al menos con una docena de mujeres y al final se qued? con una jovencita alemana que le dijo que sus padres ten?an una casa en Ramatuelle, una localidad cercana a Saint Tropez. Parec?a como de catorce a?os, hasta que se puso a bailar con Adam, porque entonces empez? a saltar a la vista que sab?a lo que se hac?a y lo que quer?a y que era bastante mayor. Lo que quer?a era a Adam. Poco menos que le hizo el amor en la pista. Ya eran m?s de las tres de la ma?ana, y Charlie empez? a bostezar. Gray y ?l volvieron al barco minutos despu?s. Adam dijo que ?l se ir?a por su cuenta, puesto que aquella noche hab?an atracado en el muelle, y Charlie le dio una radio por si acaso ten?a que llamar. Adam asinti? y sigui? bailando con la chica alemana, que era pelirroja y dijo llamarse Ushi. Adam le gui?? un ojo a Charlie cuando Gray y ?l salieron, y Charlie sonri?. Adam se estaba divirtiendo, y mucho. – ?Qu? vamos a hacer ma?ana? – pregunt? Gray mientras se dirig?an al barco. Segu?a oy?ndose la m?sica, pero en el barco hab?a tranquilidad, una vez que cerraron las puertas. Charlie le ofreci? un brandy a Gray antes de acostarse, pero Gray dijo que no pod?a con m?s. Fueron a cubierta y estuvieron un rato fumando puros, observando a la gente que pasaba por el muelle o que charlaba en los yates cercanos. Saint Tropez era la ciudad de la fiesta continua; parec?a que la gente estaba despierta toda la noche.

– Yo hab?a pensado que fu?ramos a Portofino, o a lo mejor pararnos en Montecarlo. Al cabo de pocos d?as el jolgorio de Saint Tropez resultaba aburrido, a menos que uno tuviera amigos, y ellos no los ten?an. Era divertido ir a los restaurantes y los clubes nocturnos, pero hab?a muchos otros sitios a los que quer?an ir, algunos tan alegres como Saint Tropez, y otros un poco m?s tranquilos. Montecarlo era m?s elegante y sobrio, y a los tres les gustaba ir al casino, – A lo mejor Adam quiere quedarse un par de noches m?s para ver a esa chica alemana -dijo Gray, preocupado por su amigo. No quer?a echarle a perder la diversi?n ni el posible idilio. Charlie lo conoc?a mejor y ten?a una actitud m?s c?nica. Si realmente conoc?a a Adam, y si los anteriores viajes serv?an de algo, con que pasara una noche con ella ser?a m?s que suficiente. Eran casi las cuatro cuando Charlie y Gray se fueron a sus respectivos camarotes. Hab?a sido una noche larga, pero tambi?n divertida. Charlie se qued? dormido inmediatamente, y ninguno de los dos oy? a Adam cuando volvi? a las cinco de la ma?ana. Charlie y Gray estaban desayunando en la cubierta de popa cuando aparecieron Adam y Ushi, sonrientes. La chica pareci? avergonzarse, pero solo un poco, al ver a los otros dos hombres. – Buenos d?as -dijo cort?smente, y Charlie pens? que aparentaba diecis?is a?os a plena luz del d?a. No iba maquillada, pero ten?a una figura espectacular en vaqueros y una camiseta ce?ida, con las sandalias doradas de tac?n en la mano y la cabellera pelirroja larga y tupida. Adam la rodeaba con un brazo. La camarera les pregunt? qu? quer?an desayunar, y Ushi se empe?? en que solo muesli y caf?. Adam pidi? beicon, huevos y tortitas. Parec?a de muy buen humor, y sus dos compa?eros intentaban no dirigirse sonrientes miradas de complicidad. Los cuatro charlaron amigablemente, y en cuanto Ushi hubo terminado de desayunar, el sobrecargo llam? un taxi. Adam la llev? a dar una vuelta por el barco, y mientras la acompa?aba al taxi, a la chica le hac?an los ojos chiribitas. – Te llamar? -prometi? Adam con vaguedad, y le dio un beso. Hab?a sido una noche inolvidable, pero sus dos amigos sab?an que Adam se olvidar?a muy pronto de la chica y que al cabo de un a?o, si se les antojaba, tendr?an que record?rsela, – ?Cu?ndo? ?Vas a ir a la discoteca esta noche? -pregunt? Ushi mientras Adam se quedaba unos momentos junto al taxi. – A lo mejor nos marchamos -dijo en respuesta a la segunda pregunta, pero no a la primera. Ushi le hab?a dado su n?mero de tel?fono en Ramatuelle y le hab?a dicho que pasar?a all? todo el mes de agosto. Despu?s volver?a a Munich con sus padres. Tambi?n le hab?a dado su direcci?n en Alemania, porque Adam le hab?a dicho que iba all? con frecuencia por cuesti?n de negocios. Ushi le hab?a dicho que ten?a veintid?s a?os y que estudiaba medicina en Frankfurt. – Si nos quedamos, pasar? por la discoteca, pero lo dudo. Intentaba ser m?nimamente honrado con las mujeres con las que se acostaba y no darles falsas esperanzas, pero ?l tambi?n sab?a que no pod?a hacerse demasiadas ilusiones. Aquella chica alemana, una perfecta desconocida, hab?a ligado con ?l en una discoteca, hab?an pasado la noche juntos, a sabiendas de que lo m?s probable era que no volviera a verlo. Iba en busca de lo mismo que ?l, y al menos por una noche hab?a conseguido lo que quer?a. Y tambi?n Adam. Hab?a pasado una noche estupenda, pero a plena luz del d?a no cab?a duda de que eran dos perfectos desconocidos, y que dif?cilmente volver?an a verse. Ambos ten?an las reglas bastante claras. Adam le dio otro beso cuando la chica estaba a punto de subir al taxi, y ella se qued? unos momentos con expresi?n so?adora, y dijo: – Adi?s... Gracias...

Y Adam volvi? a besarla.

– Gracias a ti, Ushi -le susurr? Adam, d?ndole unas palmaditas en el trasero. La chica se subi? al taxi, salud? con la mano y desapareci?. Otra diversi?n de una noche. Era una forma de pasar el tiempo, e indudablemente daba realce a sus vacaciones. El cuerpo de la chica era mucho mejor sin ropa, tal y como hab?a sospechado Adam. – Bueno, ha sido una bonita sorpresa -coment? Charlie con sonrisa ir?nica, al tiempo que Adam volv?a a sentarse a la mesa del desayuno. -Me encanta que los invitados desayunen con nosotros, sobre todo s? son tan guapas. ?Crees que deber?amos marcharnos antes de que sus padres vengan con una escopeta? – No creo -replic? Adam sonriendo satisfecho. De vez en cuando le gustaba hacer del yate de Charlie una especie de fiesta. -Tiene veintid?s a?os y estudia medicina. Y no es virgen. Aunque a Adam le costara reconocerlo, Ushi parec?a m?s joven de lo que era. – Que desilusi?n -dijo Charlie en tono de broma, al tiempo que encend?a un puro. En verano, mientras estaba en el barco, a veces fumaba habanos incluso

despu?s del desayuno. Lo que m?s disfrutaban de la vida, aquellos tres amigos, era poder hacer lo que quisieran, por muy solos que se sintieran a veces. Era una de las grandes ventajas de estar solteros. Com?an cuando les ven?a en gana, vest?an como quer?an, beb?an cuanto les apetec?a y pasaban el tiempo con quienes quer?an. No hab?a nadie a quien tuvieran que rendir cuentas, incordiar, molestar, pedir disculpas, a quien acoplarse ni con quien adquirir un compromiso. Lo ?nico que ten?an era los unos a los otros, y de momento era todo cuanto quer?an. Para los tres, en aquella ?poca la vida era perfecta. – A lo mejor te encontramos una virgen en el pr?ximo puerto en que nos paremos -a?adi?. -Por aqu? me parece que no se encuentran f?cilmente. – Muy gracioso -replic? Adam, sonriendo y satisfecho por su conquista de la noche anterior. -Lo que te pasa es que tienes envidia. Por cierto, ?d?nde nos vamos a parar? A Adam le encantaba la libertad con la que iban de un sitio a otro; era como llevar la casa o el hotel a cuestas. Pod?an vivir rodeados de lujos, decidir su itinerario y cambiarlo en cualquier momento, mientras les serv?a la tripulaci?n, de trato impecable. Para los tres amigos, aquello era el para?so. Era precisamente lo que le gustaba a Charlie de tener un yate y la raz?n por la que pasaba el verano y varias semanas del invierno en ?l. – ?D?nde os apetece ir? -pregunt? Charlie. -Yo hab?a pensado en M?naco o Portofino. Tras una larga discusi?n se decidieron por M?naco, y Portofino al d?a siguiente. Montecarlo estaba pr?cticamente a tiro de piedra, a dos horas de Saint Tropez. Portofino estaba a unas ocho horas de viaje. Tal y como esperaba Charlie, Gray asegur? que a ?l le daba igual y Adam dijo que le apetec?a ir al casino de Montecarlo. Abandonaron el muelle justo despu?s del almuerzo, que consisti? en un excelente bufet de mariscos. Cuando se marcharon eran casi las tres, despu?s de haberse detenido un rato para nadar, y despu?s se dedicaron a dormir en las tumbonas mientras se dirig?an a M?naco. Cuando llegaron estaban dormidos como troncos, y el capit?n y la tripulaci?n anclaron h?bilmente el Blue Moon en el muelle, con defensas para protegerse de posibles golpes de las dem?s embarcaciones. Como siempre, el puerto de Montecarlo estaba lleno de yates tan grandes como el Blue Moon o m?s. Charlie se despert? a las seis, vio d?nde estaban y que sus amigos segu?an durmiendo. Fue a su camarote a ducharse y cambiarse de ropa, y Gray y Adam se despertaron a las siete. Tras los placeres de la noche anterior, era comprensible que Adam estuviera agotado, y Gray no ten?a costumbre de traspasar tanto. Cuando viajaban juntos tardaba unos cuantos d?as en adaptarse a aquella vida nocturna. Pero, cuando salieron a cenar, los tres se sent?an descansados. El sobrecargo les hab?a pedido un coche y les hab?a hecho reserva en el Louis XV, donde cenaron espl?ndidamente, en un entorno mucho m?s serio que el del restaurante de la noche anterior en Saint Tropez. Los tres iban de chaqueta y corbata. Charlie llevaba un traje de lino de color crema, con camisa a juego, Adam vaqueros, blazer y mocasines c?e piel de cocodrilo sin calcetines. Gray se hab?a puesto una camisa azul, pantalones de color caqui y una blazer vieja. Con el pelo blanco, parec?a el mayor del tr?o, pero ten?a una elegancia incontestable; a pesar de la corbata roja, y llevara lo que llevase, se notaba que era artista. Se pas? la cena gesticulando, habi?ndoles animadamente sobre su juventud. Les describi? la tribu de nativos con los que hab?a vivido durante una breve temporada en la Amazonia. Era un buen contador de cuentos, pero para ?l a?n constitu?a una pesadilla de la infancia, mientras otros chicos iban al colegio, montaban en bicicleta, repart?an peri?dicos por las casas y asist?an a bailes organizados por la escuela. En lugar de eso, ?l hab?a vivido entre los pobres de la India, en un monasterio budista de Nepal y hab?a le?do las ense?anzas del Dalai Lama. No le hab?an dejado disfrutar de su ni?ez. – Pero qu? quer?is que os diga... Mis padres estaban mal de la cabeza, pero supongo que por lo menos no eran aburridos. Adam pensaba que su juventud hab?a sido m?s que normal y corriente y que no hab?a comparaci?n entre lo que Gray contaba y lo que ?l hab?a vivido en Long Island. Charlieraras veces hablaba de su infancia. Hab?a sido previsible, respetable y tradicional hasta la muerte de sus padres, y despu?s desgarradora, a?n m?s cuando muri? su hermana, al cabo de cinco a?os. No le importaba hablar sobre ello con su terapeuta, pero s? con los amigos. Sab?a que ten?an que haber ocurrido cosas divertidas antes de la gran tragedia, pero ya no las recordaba: solo se hab?a quedado con la tristeza. Le resultaba m?s f?cil atenerse al presente, salvo cuando su terapeuta se empe?aba en que recordase. E incluso en esas ocasiones supon?a una aut?ntica lucha evocar tantas cosas sin sentirse destrozado. Todo lo que pose?a en el mundo, todas las comodidades que ten?a no compensaban las personas que hab?a perdido, ni la vida familiar que hab?a desaparecido al mismo tiempo que ellas. Y, por mucho que lo intentaba, no lograba recrear aquella vida. Siempre acababan por escap?rsele la estabilidad y la seguridad de la familia y alguien que crease ese v?nculo con ?l. Los dos hombres con los que viajaba eran lo m?s parecido a una familia en su vida actual y

durante los veinticinco años desde la muerte de su hermana. Nunca había sentido tanta soledad como entonces, con el dolor de saberse solo en el mundo, sin nadie que lo quisiera ni se preocupara por él. Ahora al menos tenía a Adam y a Gray. Y sabía que, pasara lo que pasase, siempre tendría a uno de ellos a su lado, o a los dos, como ellos lo tendrían a él. A los tres les proporcionaba gran consuelo. Los unía un vínculo inquebrantable de confianza, cariño y amistad, y eso era inestimable. Pasaron largo rato tomando café, fumando puros y hablando de sus vidas y, en el caso de Adam y Grey, de su infancia. A Charlie le llamaba la atención observar de qué forma tan diferente procesaban las cosas. Gray había aceptado hacía tiempo que sus padres adoptivos eran caprichosos y egoístas y, en consecuencia, ineptos como padres. Nunca había tenido sensación de seguridad en su juventud, ni un verdadero hogar. Habían ido de un continente a otro, siempre en busca de algo, sin encontrarlo jamás. Él los comparaba con los israelitas perdidos en el desierto durante cuarenta años, pero sin columna de fuego que los guiara. Y cuando se asentaron en Nuevo México y adoptaron a Boy, Gray hacía tiempo que se había marchado. Había visto a su hermano en sus escasas visitas a casa, pero se había negado a establecer fuertes vínculos con él. No quería nada en su vida que lo atara a sus padres. La última vez que había visto a Boy fue en el funeral de estos, y después le perdió la pista a propósito. En ocasiones se sentía culpable, pero se negaba a pensar demasiado en ello. Acabó desprendiéndose de los últimos vestigios de una familia que únicamente le había causado dolor. Para él, la palabra «familia» solo evocaba dolor. De vez en cuando se preguntaba qué habría sido de Boy tras la muerte de sus padres. En cualquier caso, seguro que estaría mejor que con la vida que había llevado con aquellos progenitores tan irresponsables. Hasta entonces se había resistido a la necesidad de sentirse responsable de él. Pensaba que a lo mejor se ponía en contacto con él algún día, pero aún no había llegado el momento, y dudaba de que llegara. Era mejor que Boy quedara como un recuerdo del pasado remoto, una parte de su vida de la que Gray no quería saber nada, si bien recordaba a su hermano como un buen chiquillo. Por otra parte, Adam sentía gran amargura hacia sus padres. Su versión de los hechos, en pocas palabras, era que su madre era una arpía y su padre un simple pelele en sus manos. Estaba enfadado con los dos por lo que habían aportado a su vida, o más bien lo que no habían aportado, y por la deprimente vida familiar. Decía que lo único que recordaba de su infancia era la continua mala leche de su madre, que no paraba de incordiar a todo el mundo y se cebaba en él, porque era el pequeño, y que lo trataban como a un intruso por haber llegado demasiado tarde a la vida de sus padres. Su recuerdo más vivido era el de su padre, cuando no volvía a casa del trabajo. ¿Quién podría criticarlo? En cuanto se marchó a Harvard, a los dieciocho años, Adam no volvió a vivir en su casa. Ya era bastante con pasar las vacaciones con ellos. Aseguraba que la desagradable atmósfera que se respiraba en la casa había provocado un distanciamiento irreparable entre los tres hijos. Lo único que habían aprendido de sus padres era a criticar, a menospreciarse, a encontrarse defectos los unos a los otros, a sentir lástima los unos de los otros por sus respectivas vidas. – En nuestra familia no había respeto. Mi madre no respetaba a mi padre, y creo que él la odia, aunque jamás lo reconocerá, y entre los hermanos tampoco hay ningún respeto. Mi hermana me parece una aburrida y me da lástima, mi hermano es un gilipollas y un pedante y su mujer es como mi madre, y todos piensan que estoy rodeado de canallas y de putas. No respetan lo que hago, y ni siquiera quieren saber a qué me dedico. Solo les interesa saber con qué mujeres salgo, y no quién soy. Solo los veo en bodas, funerales y fiestas de guardar, y ojalá no tuviera que hacerlo, pero no se me ocurre ninguna excusa. Rachel lleva a los niños a verlos, así que yo no tengo que hacerlo. A ellos les cae mejor ella que yo, y siempre ha sido así. Incluso les parece bien que se casara con un cristiano, siempre y cuando eduque a los niños en el judaísmo. Seguramente ellos, Rachel no puede hacerle daño a nadie, pero yo todo lo contrario. Y ahora, supongo que ya solo les doy por saco. Me da igual. Su tono denotaba una gran amargura.

– Pero sigues viéndolos – comentó Gray con interés. – A lo mejor es que te importan. A lo mejor necesitas que te acepten, o quieres que te acepten. En ese caso, bien. Lo que pasa es que a veces tenemos que reconocer que nuestros padres no son capaces, que sencillamente no tienen ese amor que tanto necesitamos cuando somos niños, porque no les sale de dentro. Al menos los más. Bastante tuvieron con las drogas cuando eran jóvenes, y después con ir en busca del Santo Grial o lo que fuera. Estaban locos. Creo que nos querían a mi hermana y a mí, a su manera, pero no sabían ser padres. Cuando adoptaron a Boy, mi hermano, sentí lástima de él. Tendrán que haberse comprado un perro cuando nosotros nos marchamos de casa, pero se sentían solos y por eso se llevaron al niño. »Mi pobre hermana

est? en la India, Dios sabe d?nde, viviendo en la calle con los pobres, porque es monja. Siempre quiso hacerse pasar por asi?tica, y ahora cree que lo es. No tiene ni idea de qui?n es, y nuestros padres tampoco. Ni yo, hasta que me alej? de ellos, y todav?a me sigo cuestionando qui?n demonios soy. Creo que al final esa es la clave para todos nosotros: ?qui?nes somos, en qu? creemos, c?mo vivimos, es esta la vida que queremos llevar? Yo me lo pregunto todos los d?as, y no siempre tengo respuestas, pero al menos intento encontrarlas sin hacerle da?o a nadie. »Estoy convencido de que el problema de que las personas como mis padres tengan hijos o que los adopten es que no tienen por qu? hacerlo. Es una farsa. A m? me pasa lo mismo, y por eso no quiero hijos ni nunca los he querido. Pero intento convencerme de que mis padres hicieron lo que pudieron, por mucho que para m? fuera horrible. Es que no quiero provocar el mismo sufrimiento, ni herir a nadie por la necesidad de reproducirme. En mi caso, creo que es mejor que no lo lleve m?s adelante, por la sangre y la locura. Siempre se hab?a sentido muy responsable con lo de no tener hijos, y no se arrepent?a de su decisi?n. Se sent?a completamente incapaz de cuidar de unos hijos y de cubrir sus necesidades. La sola idea de establecer un v?nculo con ellos o que fueran a depender de ?l lo aterrorizaba. No quer?a decepcionarlos, ni que esperaran de ?l m?s de lo que pod?a ofrecerles. No quer?a hacer da?o ni defraudar a nadie, como le hab?a ocurrido a ?l en su juventud. No se le hab?a pasado por la cabeza que en realidad las mujeres que rescataba y de las que se ocupaba continuamente eran como criaturas, como p?jaros con las alas rotas. Sent?a una imperiosa necesidad de cuidar de alguien, y ellas satisfac?an esa necesidad. Adam pensaba que ser?a buen padre, porque era un hombre amable, inteligente y con s?lidos valores morales, pero Gray no estaba de acuerdo con ?l. – ?Y t?, Charlie? -pregunt? Adam, que era m?s osado a la hora de irrumpir por puertas sagradas y traspasar l?mites, all? donde ni siquiera los ?ngeles se atrev?an a pisar. Adam siempre hac?a preguntas dolorosas, que daban que pensar. -Cuando eras peque?o, ?tu familia era normal? Gray y yo competimos por los padres m?s asquerosos del a?o, y no s? qui?nes ganar?an el primer premio, si los suyos o los m?os. Desde luego, los m?os eran mucho m?s tradicionales, pero no ten?an mucho m?s que ofrecerme que los suyos. Hab?an bebido bastante, y Adam le pregunt? abiertamente a Charlie, sin cortarse, por la etapa de su juventud. No hab?a secretos entre ellos, y Adam siempre hab?a sido muy abierto y lo contaba todo, al igual que Gray. Charlie ten?a un car?cter m?s reservado y no demasiado comunicativo en cuanto a su pasado. – La verdad, mi familia era perfecta -respondi? Charlie con un suspiro. -Eran cari?osos, generosos, comprensivos... Mi madre era la mujer m?s cari?osa y sensible del mundo, adem?s de inteligente, divertida y guap?sima. Y mi padre era una bell?sima persona. Yo lo consideraba un h?roe, mi modelo en todos los sentidos. Eran maravillosos, como maravillosa fue mi infancia, pero se me murieron. Y todo acab?. Diecis?is a?os de felicidad, y de repente mi hermana y yo nos quedamos solos en una casa enorme, con un mont?n de dinero, criados que se ocupaban de nosotros y una fundaci?n que ella tuvo que aprender a dirigir. Dej? Vassar para ocuparse de m?, y lo hizo maravillosamente durante dos a?os, hasta que me fui a la universidad. No ten?a otra vida m?s que yo, y creo que ni siquiera sali? con nadie durante esa ?poca. Despu?s me fui a Princeton, y ella ya estaba enferma, aunque yo no me enter? hasta m?s tarde, y despu?s muri?. Las tres mejores personas del mundo, muertas. Al o?ros a vosotros me doy cuenta de la suerte que tuve, no por el dinero, sino por la clase de personas que eran. Fueron unos padres maravillosos, y Ellen estupenda. Pero las personas mueren, se marchan. Ocurren cosas, y de repente un mundo desaparece y todo cambia. Preferir?a haber perdido el dinero que a ellos, pero no se puede elegir. Hay que jugar con las cartas que se reparten. Hablando de lo cual, ?alguien se apunta a la ruleta? -pregunt? en tono jovial, cambiando de tema, y los otros dos asintieron en silencio. Era una historia muy triste, y Gray y Adam sab?an que probablemente por eso Charlie nunca hab?a mantenido una relaci?n permanente. Deb?a de darle miedo que esa persona muriese, se marchase o lo abandonase. ?l tambi?n lo sab?a. Lo hab?a hablado miles de veces con su terapeuta, pero no serv?a de nada. Por muchos a?os que acudiera a la terapia, sus padres hab?an muerto cuando ?l ten?a diecis?is, y el ?ltimo miembro de su familia que le quedaba, su hermana, hab?a sufrido una muerte horrible cuando ?l contaba veintiuno. Despu?s de aquello, le costaba trabajo confiar en nada ni en nadie. ?Y si quer?a a alguien y ese alguien mor?a o lo abandonaba? Era m?s f?cil descubrir sus defectos imperdonables y largarse antes de que lo dejaran a ?l. Aun con una familia perfecta cuando era peque?o, la muerte de sus padres y su hermana cuando era tan joven lo hab?a condenado a una vida de terror para siempre jam?s. Si se atrev?a a volver a querer a alguien, seguro que morir?a o lo abandonar?a, e incluso si no lo hac?a, o parec?a una persona en la que se pod?a confiar, siempre se corr?a ese riesgo. La mera posibilidad a?n lo aterrorizaba, y no estaba dispuesto a ofrecer su coraz?n a

nadie sin estar seguro al ciento por ciento. Quer?a todas las garant?as posibles. Y hasta la fecha, no hab?a conocido a ninguna mujer con garant?as, solo con la bandera roja, que le met?a el miedo en el cuerpo. Por eso, si bien con suma educaci?n, siempre acababa abandon?ndolas. A?n no hab?a encontrado a ninguna por la que mereciera la pena arriesgarse, pero estaba seguro de que alg?n d?a la encontrar?a. Adam y Gray no estaban tan seguros. A los dos les parec?a que Charlie seguir?a siempre solo. Los tres encajaban a la perfecci?n, porque todos estaban convencidos de lo mismo. Emparejarse durante algo m?s que una temporada supon?a para los tres un riesgo excesivo. Era una maldici?n que les hab?an impuesto sus respectivas familias, y que ninguno de ellos pod?a borrar ni exorcizar. La desconfianza y el temor con los que viv?an eran los regalos que les hab?an dejado sus familias. Charlie jug? al bacar? mientras Gray observaba a Adam jugando a la veintiuna, y despu?s los tres jugaron a la ruleta. Charlie le dej? algo de dinero a Gray, que gan? trescientos d?lares apostando al negro. Le devolvi? los cien d?lares que le hab?a dado Charlie, que insisti? en que se lo quedara todo. Cuando volvieron al barco eran las dos de la ma?ana, una hora temprana para ellos, y se fueron inmediatamente a sus respectivos camarotes. Hab?a sido un d?a agradable y relajado entre amigos. Partir?an para Portofino al d?a siguiente. Charlie le hab?a dicho al capit?n que salieran del muelle antes de que ellos se levantaran, alrededor de las siete. As? llegaron a Portofino a ?ltima hora de la tarde, y les dar?a tiempo de dar una vuelta. Era una de sus paradas preferidas en el viaje veraniego. A Gray le encantaban el arte y la arquitectura del lugar, y sobre todo le gustaba la iglesia de la colina. A Charlie le gustaban el relajado ambiente italiano, los restaurantes y la gente. Era un sitio excepcionalmente bonito. A Adam le fascinaban las tiendas, y el hotel Splendido en lo alto de la colina, que se asomaba al diminuto puerto. Tambi?n le gustaban las preciosas chicas italianas que conoc?a todos los a?os all?, as? como las de otros pa?ses que iban de turismo. Para todos ellos ten?a un toque m?gico, y al acostarse en sus camarotes aquella noche sonrieron antes de quedarse dormidos, pensando en la llegada a Portofino al d?a siguiente. Como cada a?o, el mes que pasaban juntos en el Blue Moon era como un trocito del para?so. CAP?TULO 03

Llegaron a Portofino a las cuatro de la tarde, justo cuando estaban abriendo las tiendas despu?s del almuerzo. Tuvieron que fondear fuera del puerto, porque la quilla del Blue Moon era demasiado profunda y las aguas del puerto demasiado superficiales. Hab?a gente nadando alrededor de sus barcos, y lo mismo hicieron Adam, Gray y Charlie cuando se despertaron de la siesta. A las seis llegaron varios yates, tambi?n de gran tama?o, y se respiraba una atm?sfera festiva. La tarde estaba preciosa, dorada. Cuando se aproxim? la hora de la cena, ninguno quer?a bajar del barco, pero decidieron que deb?an hacerlo. Se sent?an contentos y relajados, disfrutando del ambiente, y adem?s la comida a bordo siempre era deliciosa. Pero los restaurantes de la ciudad tambi?n eran buenos. Hab?a varios sitios magn?ficos para comer, muchos de ellos en el puerto, entre las tiendas. Las tiendas de Portofino eran incluso m?s sofisticadas que las de Saint Tropez: Cartier, Herm?s, Vuitton, Dolce & Gabbana, Celine y diversos joyeros italianos. El lujo se ve?a por todas partes, a pesar de que la ciudad era diminuta. Todo se centraba en el puerto, y la campi?a y los acantilados que se alzaban por encima de los barcos eran una maravilla. La iglesia de San Giorgio y el hotel Splendido parec?an colgados de las dos colinas a ambos lados del puerto. – C?mo me gusta todo esto -dijo Adam con una amplia sonrisa, contemplando el movimiento a su alrededor. Un grupo de mujeres acababa de saltar al agua sin la parte c?e arriba del ba?ador desde un barco cercano. Gray ya hab?a sacado un cuaderno y se hab?a puesto a dibujar y Charlie estaba sentado en cubierta, con expresi?n de felicidad, fumando un puro. Era el puerto que prefer?a de toda Italia. No ten?a prisa por continuar el viaje. Lo prefer?a incluso los puertos de Francia. Resultaba mucho m?s f?cil estar all?, sin tener que esquivar a los paparazzi de Saint Tropez ni abrirse paso entre las multitudes que atestaban las calles al salir y entrar de bares y discotecas. En Portofino hab?a una atm?sfera mucho m?s rural, con el encanto, la despreocupaci?n y la pintoresca belleza de Italia. A Charlie le encantaba, y tambi?n a sus dos amigos. Los tres llevaban vaqueros y camiseta cuando fueron a la ciudad a cenar. Ten?an reserva en un restaurante encantador cerca de la plaza, al que hab?an ido varias veces los a?os anteriores. Los camareros los reconocieron en cuanto entraron; estaban bien informados sobre el Blue Moon. Les dieron una magn?fica mesa fuera, desde la que pod?an observar a la gente que pasaba. Pidieron pasta, mariscos y un vino italiano sencillo pero bueno. Gray estaba hablando sobre la arquitectura local cuando lo interrumpi? una voz femenina desde la otra mesa. – Siglo doce -se limit? a decir para corregir lo que acababa de explicar Gray. Hab?a dicho que el castillo de San Giorgio hab?a sido

construido en el siglo XIV, y volví la cabeza para ver quién había hablado. Una mujer alta, de aspecto exótico, estaba sentada a una mesa cercana a la suya, con una camiseta roja, amplia falda de algodón blanco y sandalias. Llevaba el pelo oscuro recogido en una larga coleta que le caía por la espalda, y tenía los ojos verdes y piel morena. Y, cuando Gray se volvió a mirarla, estaba riéndose. – Perdón – dijo. – Ha sido una grosería. Es que da la casualidad de que soy del siglo doce, no del catorce, y creo que debería decirlo. Pero estoy de acuerdo con usted, y es uno de mis edificios preferidos en Italia, aunque solo sea por el panorama, que considero el mejor de Europa. El castillo fue reconstruido en el siglo dieciséis y construido en el doce, no en el catorce – repitió, y sonrió. – Y también la iglesia de San Giorgio. Reparé en las manchas de pintura de la camiseta de Gray e inmediatamente comprendí que era pintor. Había conseguido dar la información sobre el castillo sin parecer pedante, sino entendida y graciosa, y además pidió disculpas por haber interrumpido la conversación de la mesa vecina. – ¿Es historiadora del arte? – preguntó Gray con interés. Era una mujer muy atractiva, pero no joven ni con los requisitos necesarios según el criterio de Gray o Charlie. Aparentaba unos cuarenta y cinco años, quizá menos, y estaba con un nutrido grupo de europeos que hablaban en italiano y francés. Ella había estado hablando con fluidez en ambos idiomas. – No – contestó a la pregunta de Gray. – Solamente un momento que viene aquí todos los años. Dirijo una galería de arte en Nueva York. Gray la miró con los ojos entrecerrados y cayó en la cuenta de quién era. Se llamaba Sylvia Reynolds, y era muy conocida en el mundillo artístico de Nueva York. Había lanzado a varios pintores contemporáneos a los que se consideraba importantes. La mayor parte de lo que vendía eran obras de vanguardia, muy diferentes de lo que hacía Gray. No había visto nunca a Sylvia, pero había leído mucho sobre ella y le impresionaba como personaje. Ella lo miró con interés y una cálida sonrisa, y también a los otros dos hombres que estaban sentados a la mesa. Parecía llena de vida, entusiasmo y energía. En un brazo llevaba un montón de pulseras de plata y turquesa, y todo en ella parecía denotar estilo. – ¿Es usted pintor? ¿O se ha manchado al pintar su casa? Era cualquier cosa menos tímida.

– Seguramente las dos cosas – contestó Gray, devolviéndole la sonrisa y tendiéndole una mano. – Soy Gray Hawk. Le presento a sus amigos; ella les sonrió y después volvió a sonreír a Gray. Respondió inmediatamente a aquel nombre. – Me gusta su obra – dijo con un cálido tono de alabanza. – Perdón por haberlo interrumpido. ¿Está en el Splendido? – preguntó con interés, desentendiéndose momentáneamente de sus amigos europeos. En el grupo había muchas mujeres atractivas, varios hombres muy apuestos, y una joven muy guapa que estaba hablando en francés con el hombre sentado a su lado. Adam se había fijado en ella cuando se sentaron, y no sabía qué pensar del hombre, si sería su padre o su marido. Parecían mantener una relación muy íntima, y esa parte del grupo era evidentemente francés. Sylvia debía de ser la única estadounidense, pero no parecía importarle. Se manejaba igualmente bien en francés, italiano e inglés. – No, estamos en un barco – le explicó Gray en respuesta a la pregunta de dónde se alojaban. – Qué suerte. Uno de esos enormes, supongo – dijo en tono burlón. No lo dijo en serio, y al principio Gray se limitó a asentir, sin contestar. Sabía que estaba bromeando, y Gray no quería presumir. Parecía una mujer agradable, y tenía fama de serlo, a pesar de su éxito. – En realidad hemos venido desde Francia en un bote de remos, y esta noche vamos a poner una tienda de campaña en la playa – intervino Charlie jovialmente, y ella se rió. – A mi amigo le da vergüenza contárselo. Hemos reunido dinero, lo justo para la cena, pero no nos llega para el hotel. Lo del barco era para impresionarla. Miente más que habla, sobre todo cuando una mujer le parece atractiva. La mujer se rió, y los demás sonrieron. – Pues en ese caso me siento halagada. Se me ocurren peores sitios que Portofino para poner una tienda de campaña. ¿Viajan los tres juntos? – le preguntó a Charlie, curiosa ante aquellos tres hombres tan atractivos. Era un trío interesante. Gray tenía aspecto de pintor, Adam parecía actor, y Charlie podía ser director o propietario de un banco. Le gustaba adivinar a lo que se dedicaba la gente, y en este caso no andaba muy descaminada. Adam tenía algo teatral y duro, y resultaba fácil imaginarlo en un escenario. Charlie parecía muy correcto, incluso con vaqueros, camiseta y mocasines de Hermès sin calcetines. No se los imaginaba como playboys. Los rodeaba un halo que parecía indicar que eran hombres acaudalados. Le resultaba más fácil hablar con Gray, porque él había iniciado la conversación, que ella había escuchado, y le había gustado lo que decía sobre la arquitectura y el arte locales. Aparte del error sobre la fecha de construcción del castillo, todo lo que Gray había dicho era inteligente y correcto, y saltaba a la vista que sabía mucho de arte. Los amigos de Sylvia habían pagado la cuenta y estaban a punto de marcharse.

Todos se levantaron; Sylvia hizo otro tanto y, al rodear la mesa, sus tres nuevos amigos se fijaron en sus espléndidas piernas. Los del otro grupo miraron y Sylvia los presentó como si conociera a Gray y a sus compañeros más de lo que realmente los conocía. – ¿Van a volver al hotel? -le preguntó Adam a Sylvia. La chica francesa había estado mirándolo, y Adam había llegado a la conclusión de que el hombre que la acompañaba era su padre, porque estaba coqueteando abiertamente con Adam y no mostraba gran interés por nadie más. – Dentro de un rato. Primero vamos a dar una vuelta. Por desgracia, las tiendas están abiertas hasta las once, y hago auténticos estragos todos los años. No puedo resistirme -contestó Sylvia. – ¿Le gustaría tomar una copa más tarde? -preguntó Gray, armándose de valor. No iba detrás de ella, pero le caía bien. Era tranquila, abierta y cálida, y quería hablar más con ella sobre el arte local. – ¿Por qué no se vienen todos al Splendido? -Propuso Sylvia. -Nos pasamos la mitad de la noche en el bar, y seguro que nos quedamos allí hasta las tantas. – Iremos -confirmó Charlie, y Sylvia fue a reunirse con sus amigos. – ¡Gol! -exclamó Adam en cuanto Sylvia no pudo oírlo, y Gray negó con la cabeza, – ¿Tú no, imbecil. Yo. ¿No te has fijado en la chica francesa al otro extremo de la mesa? Estaba con un plasta que yo pensaba que es su marido, pero no lo creo. Me estaba haciendo ojitos. – ¿Por lo que más quieras! -Exclamó Gray, poniendo los ojos en blanco. -Todavía te dura lo de anoche. ¿Eres obsesionado! – Pues sí. Es muy guapa.

– ¿Quién? ¿Sylvia Reynolds?

Gray parecía sorprendido; no era el tipo de Adam. Tenía el doble de edad de las mujeres que solían gustarle. Estaba más en la línea de Gray, pero no tenía ningún interés romántico por ella, solo artístico, y como posible contacto. Era una mujer sumamente importante en el mundo artístico de Nueva York. Charlie dijo que al principio no la había reconocido, pero que ya sabía perfectamente quién era. – No, la joven -lo corrigió Adam. -Es una monada. Parece bailarina, pero en Europa nunca se sabe. Siempre que conozco una monada, resulta que estudia medicina, derecho, ingeniería o física nuclear. – Más te vale portarte como es debido. A lo mejor es hija de Sylvia. Eso no habría detenido a Adam. Cuando se trataba de mujeres, era muy audaz y no tenía conciencia ni remordimientos... hasta cierto punto, claro. Pero pensaba que todas las mujeres eran blanco de acoso y derribo, a menos que estuvieran casadas. Ahí se cortaba, pero en nada más. Como el resto de personas que estaban en el puerto, después de cenar dieron una vuelta por la plaza y las tiendas, y cerca de la medianoche subieron al hotel. Y, como había previsto Sylvia, todo su grupo se encontraba en el bar, riendo, hablando y fumando, y cuando vio entrar a los tres hombres, los saludó con la mano y una amplia sonrisa. Volvió a presentarlos a sus amigos, y a Adam le vino muy bien que el asiento junto a la chica que le gustaba estuviera libre. Adam le preguntó si podía sentarse. Ella le sonrió y asintió. Hablaba inglés estupendamente, pero por el acento Adam se dio cuenta de que era francesa. Sylvia le explicó a Gray que la joven con la que estaba hablando Adam era su sobrina. Charlie se sentó entre dos hombres, uno italiano y otro francés, y al cabo de unos minutos hablaban animadamente sobre la política estadounidense y la situación de Oriente Medio. Era una de esas conversaciones típicamente europeas que van al meollo del asunto, sin tonterías, en las que cada cual expresa abiertamente su opinión. A Charlie le encantaba ese tipo de charlas, y al poco tiempo, Sylvia y Gray también hablaban animadamente, pero sobre arte. Sylvia había estudiado arquitectura y había vivido en París veinte años. Se había casado con un francés y llevaba diez años divorciada. – Cuando nos divorciamos, yo no tenía ni idea de qué hacer ni de dónde vivir. ¿I era pintor, y yo no tenía ni un centimo. Quería volver a casa, pero ya no tenía casa a la que volver. Me crié en Cleveland, hacía tiempo que mis padres habían muerto, y no vivía allí desde la época del instituto, así que me fui a Nueva York con mis dos hijos. Conseguí trabajo en una galería del SoHo y en cuanto pude abrí una por mi cuenta, con poquísimo dinero, y aunque no podía creerlo, empezó a ir bien. Y así van las cosas, diez años después de haber vuelto allí, todavía al frente de la galería. Mi hija está estudiando en Florencia, y mi hijo está haciendo un máster en Oxford. Y yo me digo que qué demonios hago en Nueva York. -Hizo una breve pausa y le sonrió. -Háblame de tu obra. Gray le explicó el camino que había seguido durante los últimos diez años y sus motivaciones. Sylvia entendió perfectamente a qué se refería cuando Gray le habló de las influencias en sus cuadros, a pesar de que no era la clase de arte que ella mostraba en su galería, Sylvia respetaba enormemente la postura y las obras de Gray que había visto unos años antes. Gray dijo que su estilo había cambiado considerablemente, pero a Sylvia le gustaba su obra anterior. Descubrieron que habían

vivido a escasas manzanas de distancia en París prácticamente al mismo tiempo, y Sylvia dijo sin avergonzarse que tenía cuarenta y nueve años, se veía bien aparentaba unos cuarenta y dos. La rodeaba un halo cálido y sensual. No parecía estadounidense, ni francesa; con el pelo recogido hacia atrás y aquellos ojos verdes resultaba muy exótica, quizá sudamericana. Parecía sentirse a gusto consigo misma, con quien era. Era solo un año más joven que Gray, y sus vidas habían ido en paralelo en muchas ocasiones. También le gustaba pintar, pero dijo que no se le daba muy bien, que lo hacía por entretenerse. Sentía un profundo respeto por el arte. Todos se quedaron allí casi hasta las tres, y entonces los del Blue Moon se levantaron. – Bueno, nos marchamos -dijo Charlie. Lo habían pasado muy bien aquella noche. ¿Iba a mantener una conversación con los otros hombres durante horas. Gray y Sylvia no habían parado de hablar todo el rato, y aunque la sobrina de Sylvia era innegablemente una chica muy guapa, Adam se enfrascó en una conversación con un abogado de Roma y disfrutó del acalorado debate incluso más que de coquetear con la chica. Fue una noche estupenda para todos y los invitados se despidieron con pesar. – ¿Os gustaría pasar el día en el barco mañana? -preguntó Charlie, dirigiéndose a todo el grupo, y ellos asintieron sonrientes. – ¿Todos en un bote de remos? -replicó Sylvia en tono burlón. -Bueno, supongo que podemos hacer turnos. – Intentar encontrar algo más adecuado para mañana -prometió Charlie. -Os recogemos en el puerto a las once. Les anota el teléfono del barco, por si hubiera cambio de planes. Se despidieron como si ya fueran grandes amigos, y el trío parecía encantado mientras bajaba la cuesta hacia la lancha que los esperaba en el puerto. Era eso precisamente lo que les gustaba de viajar juntos. Se divertían y conocían a personas interesantes. Los tres coincidieron en que aquella noche había sido una de las mejores que habían pasado. – Sylvia es una mujer increíble -comentó Gray en tono de admiración, y Adam se echó a reír. – Bueno, por lo menos sabes que no te atrae -dijo Adam cuando llegaron al puerto. La lancha los esperaba con dos miembros de la tripulación. Estaban de servicio a todas horas cuando Charlie y sus amigos se encontraban en el barco. – ¿Cómo sabes que no me atrae? -preguntó Gray, divertido. -Bueno, la verdad es que no, pero me gusta su cabeza. Lo he pasado muy bien hablando con ella. Es increíblemente honrada e inteligente con el mundillo del arte de Nueva York. No es ninguna imbecil. – Ya lo sé. Me di cuenta cuando hablaba contigo, y si sé que no te atrae es porque no estoy loca. Parece de lo más normal. No la amenaza nadie, no me da la impresión de que soporte que nadie la maltrate ni de que se le hayan acabado las recetas de la medicación para la psicosis. No creo que vaya a enamorarse de ella, Gray. Ni de coña -dijo Adam. Sylvia no tenía nada que ver con las mujeres con las que solía enrollarse Gray. Parecía muy cabal, totalmente cuerda, más cuerda que la mayoría de las mujeres, la verdad. – Nunca se sabe -dijo Charlie en tono filosófico. -En un sitio tan romántico como Portofino pueden ocurrir cosas de lo más románticas. – No tan romántico, a no ser que esa mujer tenga un ataque de nervios mañana a las once -replicó Adam. – Sí, a lo mejor tiene razón -dijo Gray con toda sinceridad. -Siento una terrible debilidad por las mujeres que necesitan ayuda. Cuando el marido de Sylvia la abandonó y se fue con otra, ella se trasladó con sus hijos a Nueva York, sin un centavo. Dos años más tarde dirigió una galería de arte, que ahora es de las más conocidas de la ciudad. Esa clase de mujeres no necesitan que las rescate nadie, Gray se conocía muy bien, como lo conocían sus amigos, pero Charlie mantenía la esperanza, como siempre, incluso sobre sí mismo, – Pues no te vendría mal un cambio -dijo Charlie, sonriendo. – Preferiría ser su amigo -repuso Gray con sensatez. -La amistad dura más. Mientras volvían al barco, Charlie y Adam le dieron la razón; después se despidieron y cada cual se fue a su camarote. Había sido una noche estupenda. Mientras los tres amigos estaban terminando de desayunar, el grupo subió a bordo. Charlie los llevó por todo el barco y poco después se hicieron a la mar. Estaban todos impresionados por el lujo de la embarcación. – Charlie me ha contado que viajáis los tres juntos durante un mes todos los años. Qué maravilla -dijo Sylvia, sonriendo a Gray mientras los dos tomaban Bloody Mary sin alcohol. Gray había llegado a la conclusión de que sería más divertido hablar con Sylvia estando sobrio. Ninguno de los tres amigos tenía problemas con el alcohol, pero pensaban que cuando estaban en el barco bebían demasiado, como adolescentes traviesos que se hubieran librado de sus padres. Con Sylvia, ser adulto parecía un reto. Era tan inteligente y ejercía tal control sobre todo que no quería sentirse embotado cuando hablaba con ella. Estaban enfrascados en una conversación sobre los frescos italianos del Renacimiento cuando el barco se detuvo y fondeó. Al cabo de unos minutos todo el mundo se había puesto el bañador y se lanzaba al agua, retozando como cerdos. Dos amigos de Sylvia se fueron a hacer esquí acuático, y Gray vio a Adam en una de las motos acuáticas con la sobrina de Sylvia. Estuvieron nadando y jugando casi hasta las dos, y a esa hora la tripulación había preparado un buffet

estupendo, a base de pasta y mariscos. Comieron divinamente, con vino italiano, y a las cuatro seguían sentados a la mesa, charlando animados. Incluso Adam se vio obligado a pensar un poco con la sobrina de Sylvia, que estaba estudiando ciencias políticas en París y tenía intención de hacer el doctorado. Al igual que su tía, no se la podía tomar a broma. Su padre era ministro de Cultura, y su madre cirujana del tórax. Sus dos hermanos eran médicos, ella hablaba cinco idiomas y estaba pensando en especializarse en derecho tras el doctorado en ciencias políticas. Incluso pensaba dedicarse a la política. No era la clase de chica que le fuera a pedir implantes. Lo que quería era una conversación inteligente, y eso a Adam le chocaba. No tenía costumbre de tratar con mujeres de esa edad tan directas como ella, ni tan serias con sus estudios. Charlie se rió de él al pasar a su lado; la chica le hablaba sobre mercados monetarios y Adam parecía nervioso. Lo tenía pendiente de un hilo, o contra las cuerdas, como reconoció Adam más tarde, compungido. A pesar de la edad de la chica, él no estaba a su altura. Sylvia y Gray se pasaron toda la tarde hablando de arte, interminablemente, y parecían encantados. Pasaron de una época de la historia a otra, trazando paralelismos entre la política y el arte. Charlie los contemplaba con aire paternal, asegurándose de que la tripulación los hacía sentirse a gusto en el barco y de que sus invitados tenían cuanto deseaban. Hacía un día tan bonito que decidieron quedarse en el barco y cenar allí, a invitación de Charlie. Ya casi era medianoche cuando se aproximaron lentamente al puerto, tras nadar a la luz de la luna. Gray y Sylvia dejaron de hablar de arte y se dedicaron a disfrutar del agua. Ella nadaba muy bien y parecía muy diestra en todas las cosas que hacía, tanto si se trataba de deportes como de arte. Gray jamás había conocido a una mujer como Sylvia. Volvieron nadando al barco, y Gray pensó que ojalá estuviera en mejor forma física. Era algo que normalmente no le preocupaba. Pero el estado de Sylvia era estupendo, y cuando volvieron a bordo ni siquiera jadeaba. Para una mujer de su edad, o incluso más joven, estaba preciosa en bikini, pero no parecía darle importancia, a diferencia de su sobrina, que no había parado de coquetear con Adam. Su tía no había hecho ningún comentario; comprendía que la chica ya era mayor y libre de hacer lo que quisiera. No tenía por costumbre gobernar las vidas ajenas. Su sobrina debía gobernar su propia vida. Antes de marcharse, Sylvia le había preguntado a Gray si le gustaría ir con ella a San Giorgio a la mañana siguiente. Había estado allí en varias ocasiones, pero no se cansaba de ver el edificio, porque apreciaba algo nuevo cada vez que iba. Gray aceptó con mucho gusto, y quedaron en verse en el puerto a las diez. Sylvia se lo propuso sin doble sentido, simplemente por el vínculo de la afinidad al arte que los unía. Dijo que iban a marcharse al día siguiente, y Gray se alegró de poder verla una vez más. – ¿Qué gente tan simpática – comentó Charlie cuando se hubieron marchado, y Adam y Gray le dieron la razón. Habían pasado un día y una noche fantásticos, con conversaciones fascinantes, nadando, un montón de comida y unos nuevos amigos extraordinariamente inteligentes y atractivos en todos los sentidos. – La sobrina de Sylvia no va a pasar la noche aquí, ¿no? ¿Qué pasa? ¿La has eliminado de la lista? – le preguntó a Adam en tono burlón. Adam respondió, apesadumbrado:

– Me parece que no soy lo suficientemente listo para llevarmela al huerto. Con esa chica, mis estudios en Harvard quedan a la altura del instituto. En cuanto nos metimos en el tema del derecho, de los daños legales según el sistema jurídico de Estados Unidos y la ley constitucional en comparación con el sistema legal de Francia, me sentí como un perfecto cretino. Por poco se me olvida que quería tirarle los tejos, y cuando caí en la cuenta, estaba agotado. Le da cien mil vueltas a todos los tipos que conozco. Tendría que enrollarse con un catedrático de derecho de Harvard, no conmigo. Le había recordado un poco a Rachel cuando eran jóvenes, cuando ella era tan inteligente y se había licenciado en derechos *summa cum laude* por Harvard, y la semejanza lo había dejado cortado. Decidí entonces no seguir intentando nada con ella; le suponía demasiado esfuerzo, y además ya se había olvidado de más de la mitad de las cosas que ella le había preguntado. Había mantenido un combate intelectual durante todo el día y toda la noche; a Adam le gustó y le dio que pensar, pero se sentía cansado y viejo. Ya no le funcionaba la cabeza así. Resultaba más fácil regalar a las chicas implantes y narices nuevas que intentar luchar contra sus cerebros. Lo hacía sentirse un poco inferior, su ego se desinflaba y no era precisamente un afrodisíaco para él. Le pasaba justo lo contrario que a Gray, que había disfrutado con las conversaciones con la tía de la chica y se sentía lleno de energías por la información que habían compartido y lo que había aprendido de ella. Sylvia sabía mucho sobre muchos temas, sobre todo arte, que era su pasión, como la de Gray. Pero Gray no quería sexo con ella, aunque la encontraba guapísima y atractiva. Lo único que quería era conocerla mejor y charlar cuantas horas pudiera. Le encantaba haberla conocido. Los tres hombres

tomaron una última copa de vino y fumaron puros en cubierta antes de irse a sus camarotes, contentos y relajados tras un día divertido en el barco. No habían hecho planes para el día siguiente, y Adam y Charlie dijeron que dormirían hasta tarde. Gray ya estaba entusiasmado ante la idea de ver la iglesia con Sylvia. Se lo contó a Charlie mientras bajaban la escalera, y a su anfitrión pareció agradaarle. Sabía que Gray llevaba una vida solitaria y pensaba que Sylvia sería una buena amiga para él y que le resultaría útil conocerla. Llevaba tanto tiempo luchando con su pintura y tenía tanto talento que Charlie esperaba que empezara a abrirse camino y que Sylvia pudiera presentarle a las personas adecuadas del mundillo artístico de Nueva York. Quizá no tuviera una historia romántica con ella ni fuera la clase de mujer que lo atraía, pero pensaba que sería una buena amiga. A él también le había gustado hablar con Sylvia. Era culta y estaba bien informada, sin resultar pretenciosa ni pedante. Charlie la consideraba una mujer muy interesante, y le sorprendía que no estuviera vinculada a ninguno de los hombres del grupo. Era la clase de mujer hacia la que muchos hombres, sobre todo europeos, se sentían atraídos, si bien tenía como quince años más que las mujeres con las que salía él y apenas le sacaba tres años. La vida no era justa en ese sentido, sobre todo en Estados Unidos, y Charlie lo sabía. Las mujeres de veintitantos y treinta y tantos años estaban muy cotizadas, y lo que contaba era la juventud. Una mujer de la edad de Sylvia era algo especial que atraía a muy pocos, a hombres que no percibieran como una amenaza su inteligencia y sus aptitudes. En la mayoría de los casos, la clase de chicas con las que salía Adam solían considerarse mucho más deseables que una mujer con la entidad y el intelecto de Sylvia. Charlie sabía que en Nueva York había muchas mujeres como ella, demasiado inteligentes y con demasiado dinero para su propio bien, que acababan solas. Dudaba que hubiera un hombre esperanzado en Nueva York o París ni ningún otro sitio. Sylvia transmitía la sensación de ser independiente y sin compromiso y de que le gustaba. No parecía importarles lo más mínimo, y saltaba a la vista que no iba con deseos de ligue, ni con ellos ni con nadie, Charlie le expresó esta opinión a Gray mientras se fumaban un puro en el barco. A la mañana siguiente, subiendo la colina hacia la iglesia de San Giorgio, Gray comprobó que Charlie tenía razón con respecto a Sylvia. – ¿No estás casada? – le preguntó Gray con cierta cautela, y también con curiosidad, sobre todo por lo que ella sabía de la iglesia. Sylvia era una mujer interesante, y él quería ser amigo suyo. – No, pero lo estuve – respondió ella sosegadamente. – Al principio me encantó, pero no tengo muy claro si volvería a hacerlo. A veces pienso que lo que quiero es más el modo de vida y el compromiso que al hombre en sí mismo. Mi marido era pintor y un narcisista de pies a cabeza. Él lo era todo. Yo lo adoraba, casi tanto como él se adoraba a sí mismo. Para él no existían nadie ni nada más – dijo con toda naturalidad. No tenía un tono amargo; simplemente había terminado con aquel asunto, y Gray lo notó en su voz, – Ni los niños, ni yo, ni nadie. Era él y solamente él. Y al cabo del tiempo, eso aburre. De todos modos, ¿qué seguiría casada con él si no me hubiera dejado para irse con otra. Tenía cincuenta y cinco años cuando me dejó, yo treinta y nueve, y según él, estaba hecha un asco. La chica con la que se fue tenía diecinueve. La verdad, para mí fue un golpe. Se casaron y tuvieron tres hijos más en tres años, y después también la dejó a ella. Al menos yo le duré más. Lo tuve veinte años, y ella cuatro. – Supongo que la dejó por una cría de doce, ¿no? – le espetó Gray, enfadado no por él, sino por ella. Le parecía algo espantoso, sabiendo lo que ya sabía de Sylvia, que había vuelto a Nueva York sin un centimo, con dos hijos y sin ninguna ayuda del marido. – No. La última tenía veintidós, demasiado mayor para él. Yo también tenía diecinueve cuando nos casamos y estudiaba en París. Las dos últimas eran modelos. – ¿Ve a tus hijos?

Sylvia titubeó antes de contestar y negó con la cabeza. La respuesta debió de resultarle dolorosa. – No. Los vio dos veces en nueve años, y a ellos les resultó difícil. Murió el año pasado. Eso deja sin resolver un montón de cosas para mis hijos, como por ejemplo si significaban algo para él. Para mí fue muy triste. Yo lo quería, pero eso es lo que pasa con los narcisistas. Al fin y al cabo, solo se quieren a sí mismos, no les sale de dentro querer a nadie más. Lo dijo con sencillez, con lástima pero sin rencor. – Creo que yo he conocido mujeres así – replicó Gray, Ni siquiera intentó explicarle a Sylvia qué extremos de locura había soportado en su vida amorosa. Le habría resultado imposible, y probablemente se habría reído de él, como todos los demás. Para él, la locura era algo cotidiano en su vida doméstica. – ¿Y nunca quisiste volver a intentarlo con otra persona? Sabía que se estaba metiendo donde no lo llamaban, pero le daba la impresión de que a ella no le importaba. Sylvia era extraordinariamente honrada y abierta, y Gray admiraba esas cualidades. Tenía la sensación de que no había oscuros secretos, planes ocultos ni confusión en su cabeza sobre sus sentimientos, sus deseos o sus creencias. Pero inevitablemente habría

quedado cicatrices. A su edad, todo el mundo las tenía; nadie estaba exento. – No, no he querido volver a casarme. No le veo mucho sentido, a mi edad. No quiero más hijos, al menos no más, aunque no me importaría si fueran hijos de otra persona. El matrimonio es una institución respetable, y yo creo en él, al menos para esos objetivos, pero ya no sé si creo en él para mí. Probablemente no. No creo que tuviera valor para repetir. Después de divorciarme viví con un hombre durante seis años. Era una persona extraordinaria, y un gran artista, escultor. Sufría terribles depresiones y se negaba a recibir tratamiento. Era alcohólico, y su vida un desastre. De todos modos yo lo quería, pero era algo imposible, sencillamente imposible. Sylvia guardó silencio y Gray observó su cara. Su expresión denotaba una angustia latente, y él quería saber por qué. Tenía la sensación de que, para conocerla, también tenía que saber aquello. – ¿Lo dejaste? – preguntó, de nuevo con cierta cautela, como cuando iban camino de la iglesia. – No, no lo dejé, y quizá debería haberlo hecho. Quizá hubiera dejado de beber, o hubiera tomado la medicación, o quizá no. Es difícil saberlo. Sylvia parecía triste, pero también tranquila, como si hubiera aceptado una tragedia terrible y una pérdida inevitable, – ¿Te dejé yo?

Gray no podía imaginarse a nadie haciendo semejante cosa, y desde luego, no dos veces. Pero había personas muy extrañas en el mundo, que perdían oportunidades, se hacían daño a sí mismas y destruían vidas. No se podía hacer nada por ellas. Lo había aprendido en el transcurso de los años. – No. Se suicidó, hace tres años – respondió Sylvia en voz baja. – Tardé mucho tiempo en superarlo, en aceptar lo que había ocurrido, y también lo pasé mal cuando el año pasado murió Jean-Marie, el padre de mis hijos. Fue como volver a vivirlo todo; eso es lo que pasa con el dolor. Pero ocurrió, y yo no pude cambiar nada, a pesar de lo mucho que lo quería. Ya no podía más, y yo no pude hacerlo por él. Es muy duro vivir en paz con una cosa así. Pero, por su tono de voz, Gray comprendió que lo había conseguido. Había pasado por muchas cosas y había llegado hasta el otro extremo. Solo con mirarla, Gray sabía que era una mujer con voluntad de sobrevivir. Sintió deseos de rodearla con los brazos, de abrazarla, pero no la conocía lo suficiente y no quería compartir su pena. No tenía derecho a hacerlo. – Lo siento – dijo con dulzura y toda la emoción que sentía. Tras las mujeres dementes con las que había estado, que transformaban cualquier momento en un drama, al fin conocía a una cuerda que había vivido auténticas tragedias y se había negado a dejarse destruir. Si acaso, había aprendido de ellas y había madurado. – Gracias.

Sylvia le sonrió mientras entraban en la iglesia. Se quedaron sentados en silencio largo rato y después recorrieron la iglesia, por dentro y por fuera. Era un hermoso edificio del siglo XII, y ella le señalaba cosas en las que Gray no se había fijado nunca, a pesar de haber estado allí muchas veces. Pasaron otras dos horas hasta que empezaron a bajar tranquilamente hacia el puerto. – ¿Cómo son tus hijos? – preguntó Gray con interés. Le despertaba curiosidad la Sylvia madre, tan independiente e íntegra como parecía. Suponía que sería buena madre, aunque no le gustaba pensar en ella en esos términos. Prefería pensar en ella tal y como la conocía, como su amiga. – Inteligentes, encantadores – contestó Sylvia con honradez, orgullosa y sonriente. – Mi hija es pintora y estudia en Florencia. Mi hijo es especialista en historia de la antigua Grecia. En algunos sentidos es como su padre, pero gracias a Dios tiene un corazón más noble. Mi hija ha heredado su talento, pero nada más de esa parte del banco genético. Se parece mucho a mí. Es capaz de muchas cosas. Espero que algún día se haga cargo de la galería, pero no estoy segura. Tiene su propia vida, pero la genética es algo alucinante. En mis hijos veo a nosotros dos y una mezcla de lo que ellos son en sí mismos. Pero la historia y la ascendencia son omnipresentes, incluso en los sabores de los helados que les gustan o los colores que prefieren. Después de haber criado dos hijos, siento un profundo respeto por la genética. No estoy segura de que lo que hagamos como padres tenga ninguna influencia. Entraron en un pequeño establecimiento y Gray invitó a Sylvia a tomar un café. Se sentaron, y entonces Sylvia le dio la vuelta a la tortilla. – Bueno, ahora cuántame tú. ¿Por qué no tienes mujer ni hijos? – Tú acabas de decirlo. Cuestión de genética. Me adoptaron, no tengo ni idea de quiénes eran mis padres ni lo que yo voy a transmitir. Me horroriza. ¿Y si entre mis antepasados hubiera un asesino en serie? ¿Acaso quiero cargarle a alguien una cosa así? Además, de niño llevé una vida delocada. Crecí pensando que la infancia era una especie de maldición, y no podría hacerle el mismo daño a nadie. Le conté un poco sobre su infancia. La India, Nepal, el Caribe, Brasil, la Amazonia. Parecía un atlas mundial, una vida dirigida por unos padres que no tenían ni idea de lo que hacían, que se habían perdido en las drogas y por último habían encontrado a Dios. Era demasiado para explicarlo con un par de cafés, pero Gray hizo lo posible, y

Sylvia empezó a sentir una gran curiosidad. – Pues en tu historia familiar tiene que haber habido un gran artista, y no estar?a mal que lo transmitieras. – Pero puede haber otras cosas, sabe Dios qu?. Durante toda mi vida he conocido a personas muy locas, mis padres y la mayor?a de las mujeres con las que he estado. No me habr?a gustado tener un hijo con ninguna de ellas. Hablaba con total honradez, como lo hab?a hecho Sylvia con ?l. – Eso est? mal, ?eh?

Le sonri?. Gray no le hab?a dicho nada que la asustara. Lo ?nico que sent?a por ?l era una profunda compasi?n. Hab?a llevado una vida dif?cil de ni?o, y despu?s se hab?a complicado las cosas, por decisi?n propia. Pero los comienzos no los hab?a elegido ?l. Hab?a sido el regalo del destino. – Mal, no. Peor. –Le devolvi? la sonrisa. –Me he dedicado a tareas de salvamento toda la vida, sabe Dios por qu?. Pensaba que era mi misi?n en la vida, para expiar mis m?ltiples pecados, – Yo pensaba lo mismo. Mi amigo escultor era un poco as?. Yo quer?a solucion?rse lo todo, arregl?rse lo todo, y al final no pude. Nunca se puede hacer por otra persona. –Como ?l, lo hab?a aprendido a golpes. –Es curioso que cuando alguien nos trata mal, nos sentimos responsables y cargamos con su culpa. Nunca he llegado a comprenderlo, pero al parecer funciona as?–dijo en tono juicioso. Saltaba a la vista que hab?a pensado mucho en el asunto. – Eso es lo que he empezado a sentir yo –replic? Gray, como arrepentido. Le daba verg?enza admitir lo desequilibradas que hab?an sido las mujeres de su vida, y que despu?s de lo que hab?a hecho por ellas, todas, casi sin excepci?n, lo hab?an dejado por otro. De una forma ligeramente menosextrrema, la experiencia de Sylvia no era tan diferente de la suya, pero ella parec?a m?s sana que ?l. – ?Sigues alguna terapia? –pregunt? Sylvia con toda normalidad, como le habr?a preguntado si ya hab?a estado en Italia. Gray neg? con la cabeza.

– No. Leo muchos libros de autoayuda, y soy muy espiritual. He pagado como un mill?n de horas de terapia a las mujeres con las que he estado, pero a m? nunca se me ha ocurrido ir. Pensaba que yo estaba bien y que ellas estaban locas. A lo mejor es al rev?s. En un momento dado hay que plantearse por qu? uno se relaciona con personas as?. No se puede sacar nada en limpio. Est?n demasiado jodidas. Sonri? y Sylvia se ech? a re?r. Hab?a llegado a la misma conclusi?n que ?l, raz?n por la que no hab?a mantenido ninguna relaci?n ser?a desde el suicidio del escultor. Hab?a tardado unos dos a?os en resolverlo, con una terapia intensiva. Incluso hab?a salido unas cuantas veces con alguien en los ?ltimos seis meses, una vez con un pintor m?s joven que ella que era simplemente un ni?o mimado, y dos veces con hombres que le sacaban veinte a?os. Pero despu?s se dio cuenta de que ya no estaba para esos trotes, y que una diferencia de veinte a?os era excesiva. Los hombres de sociedad quer?an mujeres m?s j?venes. Despu?s tuvo una serie de desafortunadas citas a ciegas. Hab?a llegado a la conclusi?n de que, al menos de momento, estaba mejor sola. No le gustaba, y echaba en falta dormir con alguien, acurrucarse junto a alguien por la noche. Con sus hijos fuera, los fines de semana eran terriblemente solitarios, y se sent?a demasiado joven para tirar la toalla, pero estaba indagando con su terapeuta la posibilidad de que no apareciera nadie m?s, y ella quer?a sentirse a gusto en tal situaci?n. No quer?a que nadie volviera a ponerle la vida patas arriba. Las relaciones eran demasiado complicadas, y la soledad demasiado dura. Se encontraba en una encrucijada de su vida, no era ni joven ni vieja, pero s? demasiado mayor para conformarse con el hombre que no le conven?a y demasiado joven para resignarse a estar sola el resto de su vida, pero hab?a comprendido que esto ?ltimo pod?a ocurrir. La asustaba un poco, pero tambi?n la asustaba otro desastre u otra tragedia. Trataba de vivir el d?a a d?a, raz?n por la que no hab?a ning?n hombre en su vida y viajaba con amigos. Se lo cont? a Gray de la forma m?s sencilla posible, sin parecer desesperada, penosa, desamparada ni confusa. Simplemente era una mujer que intentaba resolver su vida, perfectamente capaz de valerse por s? misma. Gray se qued? largo rato mir?ndola mientras la escuchaba y movi? la cabeza. – ?Parece demasiado terrible, o una locura? –pregunt? Sylvia. – A veces me lo planteo.

Era tan exasperantemente honrada con?l, tan fuerte y vulnerable a la vez, que lo dej? sin defensas. Jam?s hab?a conocido a nadie como ella, ni hombre ni mujer, y lo ?nico que deseaba era conocerla mejor. – No, no parece demasiado terrible. Duro s?, pero real. La vida es dura y real. A m? me parece que est?s muy en tus cabales. M?s cuerda que yo, sin duda. Y no preguntes por las mujeres con las que he salido; est?n todas internadas en uno u otro sitio, donde deber?an haber estado cuando las conoc?. No s? por qu? se me

ocurri? creer que pod?a jugar a ser Dios y cambiar todo lo que les hab?a ocurrido, que en la mayor?a de los casos era obra suya. No s? por qu? pensaba que merec?a esa tortura, pero dej? de ser divertido hace tiempo. No puedo hacerlo m?s veces. Prefiero estar solo. Lo dec?a en serio, sobre todo despu?s de lo que le hab?a contado Sylvia. La soledad era infinitamente mejor que estar con las chifladas con las que se hab?a relacionado. Era una vida solitaria, pero al menos con sentido. Admiraba a Sylvia por lo que estaba haciendo y aprendiendo, y quer?aseguir su ejemplo. Mientras la escuchaba, no sab?a si quer?a que fuera la mujer para ?l o simplemente una amiga. Cualquiera de las dos cosas le parec?a bien. Al mirarla se dio cuenta de lo guapa que era, pero por encima de todo valoraba su amistad. – A lo mejor podr?amos ir al cine cuando volvamos a Nueva York -propuso Gray con cierta reserva. – Pues s?, me gustar?a -repuso Sylvia sin problemas. -Pero te advierto que tengo un gusto espantoso para el cine. Mis hijos no quieren ir conmigo. Detesto las pel?culas extranjeras, las de arte y ensayo, el sexo, la violencia, los finales tristes o las gilipolleces gratuitas. Me gustan las pel?culas que entiendo, con final feliz, que me hagan re?r, llorar y mantenerme despierta. Si quieres hablar sobre el significado a la salida, ser? mejor que vayas con otra persona. – Estupendo. Podemos ver reposiciones de Yo quiero a Lucy en la tele y alquilar pel?culas de Disney. T? traes las palomitas y yo alquilo las pel?culas. – Trato hecho.

Sylvia le sonri?. Gray la acompa?? hasta el hotel y al despedirse le dio un abrazo y las gracias por la maravillosa ma?ana que hab?a pasado en su compa??a. – ?De verdad te marchas ma?ana? -pregunt?, con expresi?n preocupada. Quer?a volver a verla antes de que los dos abandonaran Portofino. Y si no, en Nueva York. Estaba impaciente por llamarla cuando volviera. Jam?s hab?a conocido a una mujer como ella, a ninguna con la que hubiera sentido deseos de hablar. Hab?a dedicado demasiado tiempo a rescatar mujeres para buscara alguna que pudiera ser su amiga. Y Sylvia Reynolds era esa persona. Le parec?a una locura, a los cincuenta a?os, en Portofino, pero le daba la impresi?n de que hab?a encontrado a la mujer de sus sue?os. No ten?a ni idea de qu? dir?a Sylvia si le contaba ese detalle. Probablemente saldr?acorriendo y llamar?a a la polic?a. Se pregunt? si alguna de las mujeres con las que hab?a salido le habr?a contagiado la locura o si siempre hab?a estado tan chiflado como ellas. Sylvia no estaba chiflada. Era guapa e inteligente, vulnerable, honrada, aut?ntica. – S?, nos marchamos ma?ana -contest? Sylvia tranquilamente, tambi?n triste por dejar a Gray, lo que la pon?a un poco nerviosa. Aunque a su terapeuta le hab?a dicho que estaba preparada para conocer a alguien, ahora que lo hab?a conocido solo quer?a echar a correr antes de que volvieran ahacerle da?o. Pero ella tambi?n quer?a volver a verlo antes de que eso sucediera. Le sonri?, con un extra?o tira y afloja en su cabeza. -Vamos a pasar el fin de semana en Cerde?a, despu?s tengo que ir a Par?s a ver a unos pintores y la semana siguiente la pasar? con mis hijos, en Sicilia. Volver? a Nueva York dentro de dos semanas. – Yo, dentro de tres -replic? Gray, mir?ndola radiante. -Creo que nosotros tambi?n iremos a Cerde?a este fin de semana. Si Charles y Adam estaban de acuerdo, ?l tambi?n quer?a marcharse de Portofino en cuanto se fuera Sylvia. – Pues es una suerte -dijo Sylvia sonriente, sinti?ndose joven de nuevo. -?Por qu? no ven?s los tres a cenar con nosotros en el puerto esta noche? Buena pasta y vino malo, no de la clase a la que vosotros est?is acostumbrados. – No creas. Si vienes a cenar a mi casa, te servir? el matarratas que suelo beber yo. – Yo llevar? el vino. -Volvi? a sonre?rle. -T? puedes cocinar. Yo soy un desastre en la cocina. – Bien. Me alegra que haya algo que no sepas hacer. Seg?n dicen, cocino medianamente bien: pasta, tacos, burritos, estofado, carne rellena, ensaladas, crema de cacahuete y gelatina, tortitas, huevos revueltos, macarrones con queso... Eso es todo. – Tortitas. Me encantan. A m? siempre se me queman y no hay quien se las coma. Se ech? a re?r y Gray sonri? al pensar en cocinar para ella. – Estupendo. Yo quiero a Lucy y tortitas. ?Qu? clase de helado para el postre? ?De chocolate o de vainilla? – De menta con trocitos de chocolate, de moras o de nueces con pl?tano -contest? Sylvia con firmeza. Empezaba a gustarle c?mo se sent?a con Gray. Le daba miedo pero al mismo tiempo se sent?a a gusto. La monta?a rusa de la vida. No montaba en ella desde hac?a tiempo, y de pronto se dio cuenta de lo mucho que la hab?a echado en falta. Hac?a a?os que no conoc?a a un hombre que la atrajera, y aquel s? la atra?a. – Vaya por Dios. Helado de dise?o, ?Qu? tiene de malo el helado de vainilla? – Si te vas a poner as?, yo llevar? el helado y el vino. – Y no te olvides de las palomitas -le record? Gray. No ser?a nada de lujo, pero sab?a que lo pasar?a bien. Como con todo lo que hiciera con ella, como haber ido a San Giorgio aquel d?a. Hab?a estado muy bien. -?A qu? hora es la cena de esta noche? -pregunt? mientras volv?a a abrazarla. Fue un gesto amistoso, nada que pudiera asustarla ni comprometerlos a algo m?s que una cena relajada en casa de Gray. Lo dem?s ya se descubrir?a y se

decidir? a m?s adelante, si a los dos les parec?a bien. Gray as? lo esperaba. – A las nueve y media, en Da Puny. Hasta entonces. – Sylvia sonri?, se despidi? con la mano y entr? en el hotel. Gray baj? con br?o hasta el puerto, donde lo esperaba la lancha con un miembro de la tripulaci?n. Fue sonriendo todo el camino hasta el barco, y segu?a sonriendo cuando Charlie lo vio subir a bordo. Era la una, y lo estaban esperando para comer. – Mucho tiempo has pasado en una iglesia con una mujer que apenas conoces – coment? Charlie con gesto p?caro al ver a su viejo amigo. – ?Te has declarado? – A lo mejor deber?a haberlo hecho, pero resulta que no. Adem?s, tiene dos ni?os, y sabes que detesto a los ni?os. Charlie se ech? a re?r ante semejante respuesta, y no pudo tom?rsela en serio. – No son ni?os, son adultos. Adem?s, Sylvia vive en Nueva York, y los chicos en Italia e Inglaterra. Creo que est?s a salvo. – S?, puede, pero los hijos siempre siguen siendo hijos, tengan la edad que tengan. Los asuntos familiares no era precisamente lo que m?s le gustaba a Gray, y Charlie lo sab?a. Gray les dijo lo de la invitaci?n a cenar aquella noche, y a todos les pareci? bien, pero Adam se puso m?s serio que Charlie con Gray. – ?Hab?is empezado a enrollaros o algo? – le pregunt? con aire suspicaz. Gray hizo como si se lo tomara a broma. No estaba dispuesto a compartir sus sentimientos con ellos. Todav?a no hab?a pasado nada. Le gustaba Sylvia, y esperaba que tambi?n ?l a ella. No hab?a nada que decir. – Ojal?. Tiene unas piernas preciosas, pero un defecto imperdonable, desde mi punto de vista. – ?Y en qu? consiste? – pregunt? Charlie con mucho inter?s. Los defectos de las mujeres lo fascinaban, lo obsesionaban. – Est? cuerda. Me temo que no es mi tipo. – Ya lo sab?a yo – apostill? Adam. Gray les dijo que el grupo de amigos de Sylvia sal?a hacia Cerde?a al d?a siguiente, algo que tambi?n les gust?. Portofino era muy agradable, pero todos coincidieron en que resultar?a menos divertido cuando los dem?s se marcharan. Charlie propuso que zarparan aquella noche despu?s de cenar. Si part?an a medianoche, pod?an llegar a Cerde?a la noche siguiente, a la hora de cenar. Ser?a divertido volver a ver a aquel grupo en Porto Cervo y pasar?an un fin de semana estupendo. Y, en caso de que cambiara de opini?n, Adam tendr?a una oportunidad m?s de hacer otra intentona con la sobrina de Sylvia. Pero, aun sin eso, disfrutar?an de la compa??a del grupo. Encajaban estupendamente. Charlie explic? los planes al capit?n, quien accedi? a organizar a la tripulaci?n. Las traves?as nocturnas eran m?s c?modas para los pasajeros, pero m?s duras para la tripulaci?n, a pesar de lo cual las hac?an con frecuencia. El capit?n dijo que dormir?a mientras Charlie y sus invitados cenaban y que zarpar?an en cuanto volvieran a bordo. Llegar?an a Cerde?a al d?a siguiente, con tiempo de sobra para la cena. Gray se lo cont? a Sylvia aquella noche, y ella le sonri?, pregunt?ndose qu? les habr?a dicho a los dem?s y un poco avergonzada por la atracci?n que sent?a hac?a ?l. Hac?a a?os que no sent?a nada parecido, y no estaba dispuesta a que Gray se enterase, pero se daba cuenta de que sus sentimientos eran correspondidos, que a ?l tambi?n le gustaba. Volv?a a sentirse como una ni?a. Despu?s de cenar pasaron un buen rato. Sylvia estaba sentada enfrente de Gray, pero nada de lo que dijo ni de lo que hizo desvel? lo que sent?a por ?l. Cuando se despidieron le dio un beso en ambas mejillas, como a los otros dos, y quedaron en verse para cenar en el Club N?utico de Porto Cervo la noche siguiente. Gray se volvi? a mirarla mientras se alejaban, pero ella no. Iba hablando animadamente con su sobrina; se pararon a comprar un helado en la plaza, y Gray volvi? a observar que Sylvia ten?a un cuerpo precioso. Y adem?s, un cerebro extraordinario. No sab?a qu? le gustaba m?s. – Le gustas – coment? Adam mientras sub?an a la lancha. Le recordaba la?poca del instituto, y Charlie se ri? de los dos. – A m? tambi?n me gusta – replic? Gray como sin darle importancia al sentarse y mirar hacia el Blue Moon, que los estaba esperando. – Quiero decir que le gustas de verdad. Creo que quiere irse a la cama contigo. – No es esa clase de mujer – replic? Gray impert?rrito, queriendo proteger a Sylvia de los comentarios de Adam. De repente le parecieron irrespetuosos. – A m? no me vengas con esas. Es una mujer muy guapa, y con alguien tendr? que acostarse. Podr?as ser t? perfectamente. ?O te parece demasiado mayor? – pregunt? Adam, y Gray neg? con la cabeza. – No es que sea demasiado mayor, sino que est? demasiado cuerda. Ya te lo he dicho. – S?, supongo que s?. Pero incluso a las mujeres cuerdas les gusta que se las tire alguien. – Lo tendr? en cuenta, por si acaso conozco a otra – repuso Gray, sonriendo a Charlie, que lo observaba con inter?s. Tambi?n ?l empezaba a preguntarse si habr?a algo entre ellos. – No te preocupes. No la vas a conocer. Adam se ech? a re?r mientras los tres sub?an a bordo del Blue Moon. Despu?s, Charlie les sirvi? una copa de co?ac antes de acostarse. Mientras estaban sentados en la popa, la tripulaci?n lev? anclas y zarparon. Gray se qued? un rato contemplando el rielar de la luna sobre el agua, pensando en Sylvia en su habitaci?n del hotel y deseando estar all?. No cre?a que pudiera tener tanta suerte como para que le ocurriese una cosa as?, pero a lo mejor alg?n d?a s?. En primer lugar hab?an quedado para tomar tortitas y helado en Nueva York. Y despu?s... qui?n sabe. Antes, el fin de semana en

Cerde? a. Por primera vez desde hac?a mucho tiempo volv?a a sentirse como un chaval. Un chaval de cincuenta y un a?os, con una chica de cuarenta y nueve absolutamente incre?ble. CAP?TULO 04

En Cerde?a lo pasaron tan bien como esperaban, con Sylvia y sus amigos. Se les unieron otras dos parejas italianas en Porto Cervo, y Charlie los invit? a todos al barco, a almorzar y cenar, a hacer esqui? acu?tico y nadar. Gray y Sylvia tuvieron la oportunidad de conocerse mejor, aun con todos los dem?s a su alrededor. Y, tras observarlos durante todo el fin de semana, Adam lleg? a la conclusi?n de que solo eran amigos. Charlie no estaba tan convencido, pero se guard? de expresar sus opiniones. Sab?a que si Gray quer?a contarle algo, lo har?a. Tambi?n ?l habl? bastante con Sylvia. Hablaron sobre la fundaci?n de Charlie, sobre la galer?a de Sylvia y los pintores a los que representaba. Saltaba a la vista que le encantaba su trabajo, y tambi?n que le gustaba su amigo Gray, Y que a Gray le gustaba ella. Charlaron tranquilamente en varias ocasiones, nadaron juntos, bailaron en discotecas y se rieron mucho. Al acabar el fin de semana, todos se consideraban grandes amigos. Y cuando Sylvia y su grupo se marcharon, Charlie y sus dos amigos se fueron a C?rcega un par de d?as. Estaban un poco hartos de Cerde?a, y adem?s, no habr?a sido tan divertido sin los dem?s. Gray habl? con Sylvia antes de que ella tomara el barco, y le dijo que la llamar?a en cuanto volviera a Nueva York. Ella le sonri?, le dio un abrazo y les dese? buen viaje a todos. De C?rcega fueron a Isquia, y a continuaci?n a Capri. Despu?s subieron por la costa occidental de Italia, volvieron a la Riviera francesa a pasar la ?ltima semana y fondearon en Antibes. Fue incre?ble, como siempre que estaban juntos. Fueron a restaurantes y discotecas, pasearon, nadaron, fueron de tiendas, conocieron gente, bailaron con muchas mujeres y se hicieron amigos de desconocidos. Y una de las ?ltimas noches cenaron en el Ed?n Roe. Todos coincidieron en que hab?a sido un viaje perfecto. – Deber?as venir a San Bartolom? este invierno -le dijo Adam a Gray. ?l siempre iba a pasar una semana o dos con Charlie por A?o Nuevo. Gray dec?a que a ?l le bastaba con un mes en el barco durante el verano, y todos sab?an por qu? detestaba el Caribe. Le tra?a malos recuerdos. – A lo mejor alg?n d?a -respondi? Gray, y Charlie dijo que ojal? lo hiciera. La?ltima noche siempre resultaba un poco nost?lgica; no les gustaba nada tener que despedirse y volver a la vida real. Adam iba a pasar una semana en Londres con Amanda y Jacob, y los iba a llevar un fin de semana a Par?s, donde se alojar?an en el Ritz. Supondr?a una suave transici?n tras la vida de lujo en el Blue Moon. Gray ir?a en avi?n de Niza a Nueva York, sin escalas, lo que iba a suponerle un cambio tremendo: volver a su estudio en un edificio sin ascensor en el antiguo distrito del Matadero, que se hab?a puesto de moda, a pesar de lo cual su casa segu?a siendo tan inc?moda como siempre. Pero al menos era barata. Estaba deseando volver para llamar a Sylvia. Pens? en llamarla desde el barco, pero no quer?a hacer llamadas caras a costa de Charlie, porque le parec?a una groser?a. Sab?a que hab?a vuelto la semana anterior, tras el viaje a Sicilia con sus hijos. Charlie se iba a quedar en Francia otras tres semanas, en el barco, para disfrutar de la soledad, pero siempre se sent?a solo cuando sus dos amigos se marchaban. No le gustaba verlos partir. Por la ma?ana Gray y Adam fueron al aeropuerto en la limusina que hab?a alquilado el sobrecargo. Charlie los salud? con la mano desde la popa, triste por su marcha. Eran sus mejores amigos, buenas personas. A pesar de sus rarezas y sus cuelgues, de los comentarios de Adam sobre las mujeres y su debilidad por las jovencitas, Charlie sab?a que los dos eran buena gente y a ?l le importaban mucho, corno ?l a ellos. Habr?a hecho cualquier cosa por ellos, y sab?a que sus amigos tambi?n por ?l. Eran como los tres mosqueteros, uno para todos y todos para uno. Adam llam? a Charlie desde Londres paradarle las gracias por el fant?stico viaje, y al d?a siguiente Gray le envi? un correo electr?nico para decirle otro tanto. Hab?a sido el mejor viaje, sin duda alguna. Por incre?ble que parezca, sus viajes mejoraban todos los a?os. Conoc?an gente fant?stica, iban a sitios fabulosos y cada a?o disfrutaban m?s de su mutua compa??a. Gracias a eso, Charlie pensaba a veces que no le ir?a tan mal en la vida si no llegaba a conocer a la mujer adecuada. Si tal era el caso, al menos tendr?a como amigos a dos hombres extraordinarios. La vida pod?a ser peor. Pas? las dos ?ltimas semanas en el barco atendiendo asuntos con el ordenador, preparando reuniones que se celebrar?an tras su regreso y elaborando una lista de cosas de las que deb?a encargarse el capit?n para el mantenimiento del barco. En noviembre har?an el crucero por el Caribe, y a Charlie le habr?a encantado ir. Lo relajaba mucho, pero aquel a?o ten?a demasiadas cosas entre manos. La fundaci?n hab?a donado casi un mill?n de d?lares a una nueva casa de acogida para ni?os, y quer?a ver c?mo se gastaba. Cuando al fin dej? el barco, la tercera semana de septiembre, ya estaba preparado para todo. Quer?a ver a sus amigos y volver a su despacho. Hab?a estado fuera casi tres meses. Era hora de volver a casa, aunque no supiera muy bien qu?

significaba eso. En realidad, significaba un apartamento vac?o, un despacho en el que conservar las tradiciones de su familia, asistir juntas y reuniones, pasar tiempo con sus amigos y asistir a cenas y actos culturales. Nunca significaba una persona que lo estuviera esperando, ni nadie con quien compartir su vida. Cada vez parec?a menos probable que fuera a encontrar a esa persona, pero incluso si no la encontraba, ten?a que volver a casa. No ten?a otro sitio adonde ir. No pod?a esconderse de la realidad continuamente, refugiado en su barco. Y, adem?s, Gray y Adam estaban en Nueva York. Los llamar?a en cuanto volviera all?, a ver si quer?an ir a cenar a alg?n sitio. Al fin y al cabo, ellos eran como volver a casa, los hermanos que quer?a, y se sent?a agradecido de tenerlos. El vuelo hasta Nueva York transcurri? sin incidentes y, a diferencia de Adam, Charlie viaj? en avi?n comercial. Le parec?a que no val?a la pena comprarse un avi?n. Adam viajaba m?s que ?l, y en su caso ten?a sentido. Por el itinerario que le hab?a enviado la secretaria de Adam, sab?a que su amigo volv?a aquella noche a Nueva York. Hab?a pasado una semana en Las Vegas, tras el viaje por Europa con sus hijos. Charlie hab?a recibido un correo electr?nico de Adam en el que le preguntaba si quer?a asistir a un concierto con ?l la semana siguiente. Iba a ser uno de esos macro-conciertos que a Charlie le encantaban y que Adam detestaba, o eso dec?a, y le respondi? con un correo electr?nico, dici?ndole que quer?a ir. Adam le contest? que se alegraba. Gray no hab?a dado se?ales de vida durante las ?ltimas semanas. Charlie supon?a que estar?a trabajando, perdido en su mundo del estudio tras no haber trabajado durante un mes mientras estaba en el barco. Gray pod?a desaparecer durante semanas y reaparecer triunfal tras haber vencido una etapa especialmente dif?cil con un cuadro. Charlie sospechaba que atravesaba una de esas etapas. Ten?a pensado llamarlo aquella semana. Y Gray se llevar?a una sorpresa al saber de ?l, como siempre. Perd?a por completo la noci?n del tiempo cuando trabajaba. A veces ni siquiera sab?a en qu? mes del a?o estaban, y no abandonaba el estudio durante d?as o semanas enteras. As? era como trabajaba. En Nueva York hac?a un calor bochornoso, y Charlie lleg? a ?ltima hora de la tarde. Pas? r?pidamente por la aduana, al no tener nada que declarar. De su despacho hab?an enviado un coche que lo estaba esperando, y mientras se aproximaban al centro lo deprimi? la lobbreguez de Queens. Todo parec?a sucio, la gente parec?a acalorada y cansada, y cuando abri? la ventanilla, fue como si el aire contaminado por los humos y los gases de los coches le diera una bofetada apestosa en plena cara. Bienvenido a casa. Las cosas estaban a?n peor cuando lleg? a su apartamento. El servicio de limpieza lo hab?a aireado, pero ol?a a humedad y parec?a triste. No hab?a flores, ni se?al de vida por ninguna parte. Tres meses era mucho tiempo. El correo lo esperaba en el despacho, lo que no le hab?an enviado a Francia. Hab?a comido en la nevera, pero nadie para prepararla, y adem?s, no ten?a hambre. No hab?a recados en el contestador. Nadie sab?a que iba a volver y, lo que era peor, a nadie le importaba. Por primera vez, en aquel apartamento vac?o, Charlie se plante? qu? iba mal consigo mismo y con sus amigos. ?Era aquello lo que quer?an? ?Era aquello a lo que aspiraba Adam, con sus constantes esfuerzos por no atarse a nadie y salir con jovencitas tontas? ?En qu? demonios estaban pensando? Dif?cil respuesta a esa pregunta. No se hab?a sentido tan solo como aquella noche en toda su vida. Durante los ?ltimos veinticinco a?os hab?a pasado a las mujeres por el tamiz como si fueran harina, en busca de una imperfecci?n min?scula, como una mona que despioja a su hijo. ? indefectiblemente la encontraba y ten?a una excusa para desecharlas. Y all? estaba, un lunes por la noche, en un apartamento vac?o, contemplando Central Park y a las parejas que paseaban por all? cogidas de la mano o mirando los ?rboles tumbados en la hierba. Sin duda, ninguno de ellos era perfecto. ?Por qu? se conformaban y ?l no? ?Por qu? todo ten?a que ser perfecto en su vida, y por qu? no encontraba a una mujer lo suficientemente buena para ?l? Hab?an pasado veinticinco a?os desde la muerte de su hermana, y treinta desde la de sus padres, en Italia. Y durante todos esos a?os hab?a montado guardia sobre su vida vac?a, observando con ojo avizor la llegada de los b?rbaros a sus puertas. Muy a su pesar, empezaba a preguntarse si no ser?a hora de dejar entrar a uno de los b?rbaros. Por mucho miedo que le hubiera inspirado hasta aquel momento, quiz? al final supondr?a un alivio. CAP?TULO 05

A pesar del deseo de parecer m?s indiferente, Gray llam? a Sylvia la misma noche que volvi? a Nueva York, el primero de septiembre. Era el puente del d?a del Trabajo, y pens? que a lo mejor estar?a fuera. Comprob? aliviado que no era as?. Sylvia pareci? sorprenderse al o?r su voz, y Gray se pregunt? si la habr?a o?do mal, o interpretado mal, si estar?a haciendo lo que no deb?a. – ?Est?s ocupada? -pregunt? nervioso. Sylvia parec?a distra?da y no muy contenta. – Nos perdona. Es que se me sale el agua en la

cocina y no tengo ni idea de qu? hacer con el maldito chisme. En su edificio todo el mundo se hab?a marchado durante el puente. – ?Has llamado al vigilante?

– S?, pero su mujer va a dar a luz esta noche. Y el fontanero al que he llamado dice que no puede venir hasta ma?ana por la tarde, a doble precio porque estamos en vacaciones. Y el vecino de abajo me ha llamado para decirme que est? goteando por el techo de su casa. Parec?a desesperada, algo que al menos le resultaba conocido a Gray. Su especialidad eran las damas en apuros. – ?Qu? ha pasado? ?Ha empezado as? por las buenas o has hecho algo? La fontaner?a no era su especialidad, pero ten?a idea del funcionamiento mec?nico de las cosas, y Sylvia no. Los arreglos de fontaner?a eran una de las pocas cosas que no sab?a hacer. – Pues... -se ri?, avergonzada, -la verdad es que se me cay? un anillo por el fregadero e intent? desmontar el dichoso trasto antes de que acabara en las alcantarillas de Manhattan. Rescat? el anillo, pero no s? qu? pas? despu?s que no fui capaz de volver a montarlo r?pidamente y tengo una buena inundaci?n. No tengo ni idea de qu? hacer. – Dejar el apartamento. Buscar otro inmediatamente -le propuso Gray, y Sylvia se ri?. – Gracias por tu ayuda. Cre?a que eras experto en rescates. Ya veo que no. – Yo soy especialista en mujeres neur?ticas, no en fontaner?a. T? est?s demasiado sana. Avisa a otro fontanero. -De repente se le ocurri? una idea mejor. -?Quieres que vaya? Acababa de llegar del aeropuerto, hac?a diez minutos. Sin molestarse siquiera en mirar el correo, hab?a ido directamente al tel?fono para llamarla. – No s? por qu?, pero me da la impresi?n de que t? tampoco sabes qu? hacer. Adem?s, estoy hecha un asco. Ni siquiera me he peinado. Hab?a pasado todo el d?a en casa, atendiendo el papeleo y haciendo el crucigrama del Times del domingo. Era uno de esos d?as de vagancia, sin nada importante que hacer. A veces era agradable quedarse en la ciudad mientras todos los dem?s estaban fuera, aunque al final del d?a la soledad normalmente pod?a con ella, sin nadie con quien hablar, por lo que le gust? o?r la voz de Gray. – Yo tambi?n estoy hecho un asco. Acabo de bajarme del avi?n. Adem?s, seguro que t? tienes mejor aspecto de lo que crees. -?C?mo iba a estar ella hecha un asco? Solo se la pod?a imaginar preciosa, incluso sin peinar. -Mira, t? te peinas y yo me ocupo del fregadero. O yo te puedo peinar yt? ocuparte del fregadero. Podemos hacer turnos. – Est?s loco -replic? Sylvia, divertida. Hab?a sido un domingo de aburrimiento y soledad en un fui de semana festivo, y le encantaba hablar con ?l. -Vale. Si arreglas el fregadero, yo te invito a pizza. O a comida china, lo que prefieras. – Decide t?. Yo he comido en el avi?n. Voy a ponerme la ropa de fontanero y estar? all? dentro de diez minutos. Aguanta hasta entonces. – ?Est?s seguro?

Sylvia parec?a un poco avergonzada, pero contenta. – Estoy seguro.

Era una forma sencilla de volver a verse. Sin angustia, sin preocuparse por ponerse la ropa adecuada, sin las incomodidades de la primera cita, A Sylvia se le inundaba el fregadero y estaba sin peinar. Gray se lav? la cara, se cepill? los dientes, se afeit?, se puso una camisa limpia y sal?a por la puerta al cabo de diez minutos. Diez minutos despu?s estaba ante la puerta de Sylvia, que viv?a en un loft al sur de su casa, en el SoHo. Hab?an renovado el edificio y ten?a un aire muy elegante. Sylvia viv?a en la ?ltima planta, y las obras de arte que Gray empez? a ver nada m?s salir del ascensor parec?an serias e impresionantes. No eran del mismo estilo que el suyo, pero sab?a que eso era lo que Sylvia vend?a. Su colecci?n privada contaba con grandes pintores, que a Gray le llamaron la atenci?n inmediatamente. Por el aspecto del apartamento, saltaba a la vista que ten?a muy buen gusto. Sylvia se hab?a tomado las mismas molestias que ?l: se hab?a lavado la cara, peinado, cepillado los dientes y se hab?a puesto una camiseta limpia. Por lo dem?s, iba descalza, en vaqueros, y al ver a Gray pareci? alegrarse. Le dio un r?pido abrazo y lo mir? de pies a cabeza. – No tienes pinta de fontanero.

– Lo siento, es que no he encontrado el mono. Tendr?s que conformarte con esto. -Llevaba zapatos buenos y vaqueros limpios. -?Has cerrado la llave de paso del agua? -pregunt? mientras Sylvia lo llevaba hacia la cocina. Era todo de granito negro y cromo, un sitio precioso, y Sylvia le dijo que ella hab?a dise?ado la mayor parte. – No -contest? Sylvia, perpleja. -No s? c?mo se hace. – Vale -dijo Gray en un murmullo, y se meti? debajo del fregadero. Ca?a un chorro de agua hasta el armario, y Sylvia hab?a puesto toallas en el suelo. Gray se arrodill? para buscar la llave de paso y le pidi? a Sylvia una llave inglesa. Ella se la dio, y un minuto m?s tarde dej? de salir el agua. Problema resuelto, o al menos bajo

control, de momento. Gray se levantó con una amplia sonrisa y los pantalones mojados de rodillas para abajo. – Eres un genio. Gracias. -Sylvia le devolvió la sonrisa y después miró los pantalones. -Vaya, te has puesto perdido. Me ofrecerá a secarte los, pero a lo mejor resultaba un poco descarado pedirte que te los quitaras en nuestra primera cita. Ya he perdido un poco la práctica, pero probablemente no es lo más correcto. -Por otra parte, sabía que si no lo hacía lo pasaría mal durante toda la cena con los pantalones empapados. Y además, pensó, y no se equivocaba, que estaría cansado del viaje y que no le apetecería sentirse incómodo. -Bueno, a lo mejor deberíamos dejar a un lado el protocolo de la primera cita por una vez. Quitó los pantalones y los metió en la secadora. Voy a buscar una toalla. Podemos pedir una pizza. Volvió a los cinco minutos con una toalla de baño blanca, suave, esponjosa, lujosa. Le indicó el baño de invitados para que se cambiara. Gray salió enseguida con los vaqueros en la mano y la toalla alrededor de la cintura. Tenía un aspecto curioso con la toalla, la camisa y calcetines y zapatos. – Me siento un poco ridículo -reconoció con una sonrisa avergonzada, -pero supongo que me sentiré más ridículo cenando en calzoncillos. Sylvia se echó a reír, y Gray la siguió al salón, una habitación enorme llena de cuadros y esculturas. Era una colección increíble. Observó que había varias obras de artistas importantes. – ¡Vaya! Tienes unas cosas fantásticas. – Llevo años coleccionando. Algún día se las dejaré a mis hijos. Las palabras de Sylvia le recordaron que no era tan sencillo como parecía, al menos para él. La sola mención de los hijos le resonó como si resonara un trueno. Nunca había querido relacionarse con una mujer que tuviera hijos, pero Sylvia era distinta. Todo en ella era diferente de las mujeres que había conocido, y quizás también lo fueran sus hijos. Al menos, no eran él. Sentía un terror psicológico hacia los niños, o una especie de fobia. No sabía a ciencia cierta qué significaba, pero sabía que no era nada bueno. – ¿Dónde estás? -preguntó, mirando a su alrededor con nerviosismo, como si esperase que saltaran de un armario y se abalanzasen sobre él, como serpientes o pit bulls. Sylvia vio su expresión y le hizo gracia. – En Europa, ¿recuerdas? Donde viven. En Oxford y en Florencia, No vendrán hasta Navidades. Estás a salvo. Aunque a mí me gustaría que estuvieran aquí. – ¿Lo pasaste bien en el viaje con ellos? -preguntó Gray con cortesía mientras Sylvia iba a la cocina para poner la secadora y regresaba al salón. – Muy bien. ¿Y tú? ¿Qué tal el resto del viaje? Se sentó en el sofá y Gray en un enorme sillón de cuero negro, frente a ella. Estaba preciosa, descalza y en vaqueros, y Gray feliz de verla, más feliz de lo que se sentía desde hacía años. La había echado en falta, algo que le parecía una locura. Apenas la conocía, pero durante las últimas semanas del viaje no había dejado de pensar en ella. – Estupendo -contestó Gray, sentado en el sillón de cuero con la toalla enrollada, mientras Sylvia intentaba no reírse al mirarlo. Parecía absurdo, vulnerable y encantador. -Bueno, en realidad no -se corrigió. -Estuvo bien, pero no tanto como en Portofino y Cerdeña contigo. Pensó mucho en ti cuando te fuiste. -Yo también he pensado en ti -reconoció Sylvia, y le sonrió. -Me alegro de que hayas vuelto. No esperaba que me llamaras tan pronto. – Yo tampoco. O bueno, sí. Quería llamarte en cuanto volviera. – Me alegro de que hayas llamado. Por cierto, ¿qué clase de pizza quieres? – ¿Cuál te gusta a ti?

– Todas. De salchichón, pesto, albóndigas, sencilla... – Pues con todo eso -repuso Gray, mirándola. Sylvia parecía sentirse a gusto en sus dominios. – Voy a pedirla con todo, menos anchoas. Detesto las anchoas -dijo Sylvia al salir de la habitación. – Yo también.

Sylvia fue a ver cómo iba la secadora, volvió con los vaqueros de Gray y se los dio. – Póntelos. Voy a encargarme de la pizza. Gracias por arreglarme el fregadero. – No te lo he arreglado -le recordó. -Solo he cortado la llave de paso para que no salga agua. Tendrá que venir un fontanero el martes. – Ya lo sé.

Le sonrió y Gray fue al cuarto de baño, con los pantalones en la mano. Volvió y le dio la toalla a Sylvia, doblada, y ella pareció sorprenderse. – ¿Pasa algo?

– Que no has dejado la toalla tirada en el suelo. ¿Qué te pasa a ti? Pensaba que era lo que hacían todos los hombres. Volvió a sonreírle, y él le devolvió la sonrisa. A Gray le había preocupado un poco ver el sobresalto de Sylvia al devolverle la toalla. El apartamento estaba tan impecable que no se le ocurrió otra cosa sino dársela bien doblada. – ¿Quieres que vuelva al baño y la deje en el suelo? Sylvia negó con la cabeza y llamó para encargarse de la pizza. Después le ofreció a Gray un vaso de vino. Tenía varias botellas de un excelente vino de California en la nevera y abrió una de ellas. Era Chardonnay, y a Gray le pareció

delicioso cuando lo cat?. Volvieron al sal?n. En esta ocasi?n Sylvia se sent? junto a Gray en el sof?, no enfrente, al otro lado de la mesita de cristal como antes. Gray sinti? la imperiosa necesidad de acercarla m?s a ?l, pero a?n no estaba preparado para eso, y Sylvia tampoco. Notaba que ambos se sent?an inc?modos. Apenas se conoc?an y llevaban varias semanas sin verse. – A m? tampoco me pareces precisamente normal y corriente -dijo Gray en respuesta al asombro de Sylvia por no haber dejado tirada en el suelo una toalla blanca y limpia. -Si lo fueras, te habr?a dado una especie de ataque de nervios por lo del agua que se te sal?a del fregadero, o incluso me habr?as dicho que yo ten?a la culpa o que tu ?ltimo novio o tu ex marido est? haciendo algo que te aterroriza porque nos quiere ver muertos a los dos. Y en cualquier momento podr?a subir por la escalera de incendios pistola en mano. – No hay escalera de incendios -replic? Sylvia como pidiendo perd?n y ri?ndose de lo que acababa de decir Gray. No pod?a ni imaginarse con qu? clase de mujeres se hab?a relacionado, y Gray tampoco lo entend?a. – Eso simplifica las cosas -dijo Gray en voz baja, fascinado. -Me encanta tu casa, Sylvia. Es preciosa, elegante y sencilla, como t?. No era pretenciosa, ni vistosa, pero todo en ella ten?a estilo y una gran calidad. – A m? tambi?n me gusta. Aqu? hay un mont?n de tesoros que significan mucho para m?. – Lo comprendo -dijo Gray, pensando que Sylvia estaba convirti?ndose para ?l en un tesoro muy importante. Al verla de nuevo, se hab?a dado cuenta de que le gustaba a?n m?s que antes. Verla donde viv?a ten?a un significado muy real. Era distinto de verla en los restaurantes o en el barco de Charlie. Entonces le hab?a parecido guap?sima y atractiva, pero en aquellos momentos era m?s real. Hablaron de la galer?a de Sylvia y de los pintores a los que representaba mientras esperaban la pizza. – Me encantar?a ver tu obra -dijo Sylvia pensativamente, y Gray asinti? con la cabeza. – A m? tambi?n me gustar?a que la vieras, pero no son la clase de cuadros que t? sueles exponer. -?Qu? galer?a tienes? Sylvia sent?a curiosidad, porque Gray nunca se lo hab?a mencionado, y ?l contest? encogi?ndose de hombros. – De momento ninguna. Estaba muy descontento con la ?ltima. Tengo que hacer algo para encontrar otra, pero no hay prisas, porque a?n no tengo suficientes obras para una exposici?n. En ese momento lleg? la pizza, y pag? Sylvia, aunque Gray se ofreci? a hacerlo. Ella le dijo que eran sus honorarios por haberle solucionado la aver?a. Se sentaron a la mesa de la cocina, Sylvia apag? las luces, encendi? unas velas y sirvi? la pizza en unos bonitos platos italianos. Todo lo que hac?a y tocaba Sylvia, todo cuanto era suyo desprend?a elegancia, estilo, como ella misma, con una sencillacola de caballo, vaqueros y descalza. Llevaba las mismas pulseras de turquesa que Gray le hab?a visto en Italia. Estuvieron all? un buen rato, tomando la pizza y el vino y charlando sobre esto y aquello. Sencillamente les gustaba estar juntos, y Sylvia se alegr? de que Gray hubiera ido a ayudarla. Eran las diez cuando Gray tuvo que reconocer que empezaba a afectarlo el desfase horario. Entre eso y el vino se estaba quedando dormido. Se levant? de la mesa con pesar y ayud? a Sylvia a meter los platos en el lavavajillas, aunque Sylvia le dijo que ya lo har?a ella cuando se marchara. A Gray le gustaba ayudarla, y se dio cuenta de que para ella no era algo habitual. Estaba acostumbrada a hacerlo todo sola, durante toda su vida. Pero resultaba m?s agradable hacer las cosas juntos, y Gray lament? tener que marcharse. Le gustaba estar con Sylvia, y cuando se volvi? hacia ella, se dio cuenta de que lo estaba mirando. – Gracias por venir a ayudarme, Gray. Te lo agradezco. La cocina ser?a una piscina si no hubieras cortado el agua. – Ya lo habr?as averiguado t?. Ha sido una excusa estupenda para verte -dijo Gray con toda sinceridad. -Gracias por la pizza y la buena compa??a. Se acerc?, la abraz? y le dio un beso en cada mejilla; despu?s la mir?, todav?a abraz?ndola, pregunt?ndose si ser?a a?n demasiado pronto. En sus ojos hab?a un interrogante, al que Sylvia contest?. La acerc? hac?a s? y sus labios se encontraron, y no se pod?a saber si ella lo besaba a ?l o ?l a ella, pero ya no importaba. Estaban estrechamente abrazados, tras lo mucho que se hab?an a?orado el uno al otro durante las ?ltimas semanas y el vac?o en el que hab?an vivido durante meses y a?os. Fue un beso inacabable, vivificante, que los dej? sin aliento. Y cuando despu?s Gray la retuvo entre sus brazos, Sylvia apoy? su cara contra la de ?l. – Vaya -Susurr? Sylvia. -No me esperaba que fuera a pasar... Cre?a que solo habr?as venido a arreglarme el fregadero. – Yo s? me lo esperaba -replic? Gray, tambi?n en un susurro. -Quise hacerlo en Italia, pero pens? que era demasiado pronto. Sylvia asinti?, sabiendo que probablemente lo hubiera sido. Quer?a acostarse con ?l, pero tambi?n sab?a que era demasiado pronto, seg?n todas las normas. Se conoc?an desde hac?a apenas un mes, y no se ve?an desde hac?a semanas. Cada cosa a su tiempo, se dijo. A?n saboreaba aquel primer beso, y justo cuando estaba pensando en ?l, Gray volvi? a besarla. En esta ocasi?n fue m?s apasionado, y, sin poder evitarlo, Sylvia se pregunt? cu?ntas veces habr?a hecho lo mismo con otras mujeres, cu?ntos l?os habr?a tenido, cu?ntas mujeres locas habr?an entrado en su vida para que las rescatara, cu?ntas veces habr?a

acabado con una para volver a empezar con otra. Llevaba toda una vida de relaciones absurdas, como un carrusel de mujeres, mientras que ella solo había amado a dos hombres. Y, además, a él aún no lo amaba, aunque pensaba que podría hacerlo algún día. Había algo en Gray que le hacía desear que se quedara, que no se marchara. Como el hombre que fue a cenar a una casa y ya no se marchó, sino que se quedó allí. – Debería marcharme -dijo Gray en un tono tan delicado y sensual que solo de escucharlo ella se excitó. Sylvia asintió con la cabeza, pensando que debía decir que sí, pero no lo dijo. Le abrió la puerta, y Gray vaciló. – Si mañana abro la llave de paso del agua, ¿vendrás a cerrarla? -susurró Sylvia. Lo miró con expresión inocente, el pelo un poco alborotado, los ojos soñadores, y él se echó a reír. – Podría abrirla ahora mismo, y así tendríamos una excusa para que me quedara -repuso Gray esperanzado. – No me hace falta ninguna excusa, pero creo que no deberíamos -dijo Sylvia con recato. – ¿Y por qué?

Gray estaba jugueteando con el cuello de Sylvia y rozándole tentadoramente la cara con los labios. Ella le pasó las manos por el pelo y lo estrechó contra sí. – Creo que existen ciertas reglas, no sé dónde, para situaciones como esta. Creo que dicen que no se debe uno acostar con el otro en la primera cita, después de haber comido pizza y arreglado un fregadero. – Vaya, de haberlo sabido, no habría arreglado el fregadero ni habría comido pizza. Gray le sonrió y volvió a besarla. No recordaba haber deseado tanto a una mujer, y comprendió que ella lo deseaba igualmente pero pensaba que no debía. Estaba saboreando el momento y disfrutando de él. – ¿Nos vemos mañana? -preguntó Sylvia en voz baja, casi con coquetería, y a Gray le sorprendió darse cuenta de que le gustaba, le gustaba esperarla, aguardar el momento adecuado, fuera cuando fuese. Para él ya había llegado, pero estaba dispuesto a esperar, si así lo prefería Sylvia. Merecía la pena esperarla. Llevaba cincuenta años esperándola. – ¿En tu casa o en la mía? -susurró. – Me gustaría que vinieras a la mía, pero estás hecha un asco. Llevo un mes fuera, y no la ha limpiado nadie. A lo mejor este fin de semana. ¿Y si vuelvo aquí mañana a ver qué tal va el fregadero? La galería está cerrada durante el puente del día del Trabajo, y Sylvia tenía pensado trabajar en casa. No tenía nada más que hacer al día siguiente. – Voy a estar aquí todo el día. Ven cuando quieras. Haré la cena. – Cocinaré yo. Te llamo por la mañana. Volvió a besarla y se marchó. Sylvia cerró la puerta y se quedó mirándola en silencio. Gray era un hombre extraordinario, y había sido un momento mágico. Entró en su dormitorio, como si lo viera por primera vez, y se preguntó qué aspecto tendría con Gray en él. Y cuando Gray salió a la calle y llamó un taxi, tuvo la sensación de que su vida había cambiado por completo en una sola tarde. CAPÍTULO 06

Gray llamó a Sylvia a las diez de la mañana siguiente. Su apartamento estaba patas arriba, y ni siquiera se había molestado en deshacer la maleta. La noche anterior se había quedado dormido pensando en Sylvia y la llamó nada más despertarse. Ella estaba trabajando con unos papeles y sonrió al oírlo. Los dos preguntaron lo mismo, qué tal habían dormido. Sylvia había pasado la mitad de la noche en vela, pensando en Gray, y él había dormido como un angelito. ^ – ¿Cómo va el fregadero?

– Bien. -Sylvia sonrió.

– Sería mejor que vaya a ver qué pasa. Ella se echó a reír, y estuvieron charlando unos minutos. Gray dijo que tenía que hacer unas cosas en casa después del viaje, pero se ofreció a llevarle el almuerzo alrededor de las doce y media. – Pensaba que íbamos a cenar -replicó Sylvia, sorprendida, aunque le había dicho que estaría en casa todo el día, lo cual suponía una invitación tibia pero sincera. – No creo que pueda esperar tanto -dijo Gray con sinceridad. – He esperado cincuenta años a que tú aparecieras, y a lo mejor me muero si espero nueve horas más. ¿Estás libre a la hora de comer? -preguntó con nerviosismo, y Sylvia sonrió. Estaba libre para cuanto Gray quisiera. La noche anterior, mientras se besaban, había llegado a la conclusión de que estaba dispuesta a dejar que Gray entrara en su mundo y a compartir su vida con él. No sabía por qué, pero todo en Gray le parecía bien, y quería estar con él. – Estoy libre. Ven a la hora que quieras. – ¿Llevo algo? ¿Quiche? ¿Queso? ¿Vino? – Tengo de todo. No hace falta que traigas nada. Hay tantas cosas que quiero hacer con él... Pasear por Central Park, dar una vuelta por el Village, ir al cine, ver la televisión en la cama, salir a cenar, quedarse en casa y cocinar para él, ver sus cuadros, enseñarle la galería o simplemente quedarse en la cama abrazándole. Apenas lo conocía, pero al mismo tiempo tenía la sensación de conocerlo desde siempre. En su estudio, Gray abrió el correo, miró los recibos, sacó la ropa

de la maleta al buen tuntún, dejé la mayor parte en el suelo y cogí la que necesitaba. Se duchó, se afeitó, se vistió, firmó rápidamente unos cheques, los echó al correo y entró en la única floristería que encontré abierta. Compré dos docenas de rosas, tomé un taxi y le dió al taxista la dirección de Sylvia. A mediodía llamé al timbre y se quedó esperando a su puerta. Acababa de marcharse el fontanero, y Sylvia abrió los ojos de par en par al ver las rosas. – ¿Dios mío, son preciosas! Gray, no deberías... Lo decía en serio, porque sabía que era un pintor sin un céntimo, y la derrité aquel gesto de ternura y generosidad. Era un verdadero romántico. Tras toda una vida de narcisistas, al fin había encontrado a un hombre a quien ella le importaba, tanto como él a ella. – Si pudiera, te enviaría rosas todos los días, pero a lo mejor esta es la última vez durante una temporada – dijo Gray con pesar. Añ tenía que pagar el alquiler y el recibo del teléfono, y el billete a Francia le había salido carísimo. No podía consentir que lo pagara Charlie. Pensaba que lo mínimo que podía hacer era pagárselo él mismo. Esperaba haber ido en el avión de Adam, pero este había volado directamente desde Las Vegas en el viaje de ida y desde Londres, con sus hijos, en el viaje de vuelta. – ¿Quieres traerte rosas porque hoy es un día especial. – Y eso ¿por qué? – preguntó Sylvia, con las rosas en los brazos, mirándolo con unos ojos que parecían enormes. Estaba entusiasmada, y al mismo tiempo asustada. – Porque hoy es el principio... es cuando empezamos... donde empieza todo. A partir de hoy, ninguno de los dos volverá a ser igual que antes. – La miró, le quitó las rosas y las dejó en la mesa de al lado. Después la tomó entre sus brazos, la besó y la abrazó. Notó que estaba temblando y la miró. – Quiero que seas feliz – dijo con dulzura. – Quiero que esto sea bueno para los dos. Con el tiempo, quiero compensarla por todo el dolor y las decepciones que había sufrido, compensar las afrentas y el absurdo de su propia vida. Era la oportunidad para hacerlo bien y para cambiar las cosas para los dos. Sylvia colocó las rosas en un jarrón y lo puso en una mesa del salón. – ¿Tienes hambre? – le preguntó mientras volvía a la cocina. Gray la siguió y se quedó en la puerta, sonriendo. Sylvia estaba preciosa. Llevaba camisa blanca y vaqueros, y sin decir palabra Gray se acercó a ella y empezó a desabotonarle la camisa. Ella se quedó inmóvil, mirándolo. Gray le quitó la camisa delicadamente de los hombros, la dejó caer sobre una silla y se quedó admirando a Sylvia como si fuera una obra de arte o un cuadro que acabara de pintar. Era perfecta. Su piel no mostraba ninguno de los signos de la edad, y su cuerpo era joven, duro y atlético. Hacía tiempo que nadie lo veía. No había habido ningún hombre que reflejase lo que ella era o sentía, ni que se preocupara por lo que necesitaba o deseaba. Sylvia tenía la sensación de llevar miles de años sola, y de repente se le unió Gray. Era como compartir con él un viaje de destino desconocido, pero lo habían iniciado juntos, como compañeros. Gray la tomó de la mano y la llevó lentamente a su dormitorio. Se tendieron en la cama juntos y se quitaron mutuamente la ropa, con delicadeza. Desnudos, Gray empezó a besarla, mientras la exploraba lentamente y ella lo descubría con las manos y después con los labios. Lo que Gray hizo era fascinante, y el largo y lento despliegue de su deseo por ella le habría resultado insoportable de no ser porque era exactamente lo que Sylvia deseaba. Gray sabía perfectamente qué hacer, dónde ir y cómo llegar hasta allí, como si la conociera desde siempre. Era como una danza que siempre habían sabido bailar juntos, con sus ritmos perfectamente armonizados, sus cuerpos acoplados como dos mitades de un todo. El tiempo pareció detenerse; de repente todo empezó a moverse rápidamente hasta que los dos saltaron juntos hasta la estratosfera, y Sylvia se quedó entre los brazos de Gray, en silencio, sonriendo y besándole. – Gracias – susurró, y Gray la estrechó entre sus brazos. Sus cuerpos seguían entrelazados, y le sonrió. – Llevaba toda una vida esperándote – dijo Gray en un susurro. – No sabía dónde estabas... pero siempre he sabido que estabas en alguna parte. Ella no había sido tan lista; hacía años que había perdido la esperanza de encontrarlo. Había llegado a convencerse de que estaba condenada a pasar sola el resto de su vida. Gray era un regalo que había dejado de esperar hacía tiempo, y que ni siquiera sabía que aún quería. Y de repente estaba allí, en su vida, en su cabeza, en su corazón, en su cama y en cada pliegue de su cuerpo. Gray había pasado a formar parte de su ser para siempre. Siguió en la cama hasta que se quedaron dormidos y se despertaron horas más tarde, relajados, saciados, felices. Fueron a la cocina y prepararon juntos la comida, desnudos. Sylvia no sentía ninguna vergüenza con él, ni tampoco Gray con ella, y aunque sus cuerpos ya no eran tan perfectos como antes, se sentían totalmente cómodos el uno con el otro. Llevaron la comida a la cama y no pararon de charlar y reír. Todo entre ellos resultaba sencillo y divertido. Después se ducharon juntos, se vistieron y dieron un largo paseo por el SoHo. Entraron en varias tiendas, en varias galerías de arte, compraron helado en la calle y lo compartieron. Cuando

volvieron a casa de Sylvia eran las seis, tras haber alquilado dos películas antiguas. Se metieron en la cama, las vieron, hicieron el amor, y a las diez Sylvia se levantó y preparó la cena. – Me gustaría que vinieras mañana a mi casa -dijo Gray cuando Sylvia volvió a la cama con la cena y le dio su plato. Había preparado huevos revueltos con queso y pan tostado. Era el final perfecto para aquel día especial, un día que ninguno de los dos olvidaría jamás. Y aún les quedaba mucho por descubrir. – Quiero ver tu obra reciente -dijo Sylvia, volviendo a pensar en todo lo anterior. – Por eso quiero que vengas.

– Si quieres, voy contigo por la mañana. Tengo que estar en la galería a mediodía, pero antes podemos pasar por tu casa. – Muy bien -dijo Gray, sonriendo. Acabaron de cenar, apagaron el televisor y se acurrucaron en la cama, abrazados. – Gracias, Gray -susurró Sylvia.

Gray ya estaba medio dormido, y se limitó a asentir con la cabeza y a sonreír. Sylvia lo besó con dulzura en la mejilla, se apretó más contra él, y al cabo de pocos minutos ambos dormían profundamente, como niños felices y tranquilos. CAPÍTULO 07

Sylvia se levantó temprano a la mañana siguiente. Al despertarse y ver a Gray dormido a su lado, se sobresaltó, pero enseguida se acurrucó más contra él, sonriendo al recordar lo sucedido. Si ocurría algo serio entre ellos, supondría un enorme cambio para ella, y aún más para él. En la vida de Gray nunca había habido una mujer normal, y ella llevaba años sin pareja y sin compañero. Salió de la cama silenciosamente y fue a ducharse. Lo dejó dormir lo más posible y después preparó el desayuno, lo despertó para servirlo en la cama, en una bandeja. Menuda diferencia con las mujeres a las que Gray había servido, dado de comer, cuidado o administrado medicación porque eran demasiado irresponsables o estaban demasiado destrozadas para ocuparse de sí mismas. La miró sin dar crédito mientras Sylvia colocaba la bandeja en la cama y lo besaba en un hombro. Gray estaba guapo y sexy, allí tumbado en su cama, incluso todo despeinado. A Sylvia le encantaba su aspecto, tan fuerte, interesante y varonil. – ¿Me he muerto y estoy en el cielo o es un sueño? -dijo Gray, poniéndose las manos detrás de la cabeza y sonriéndole. -Creo que nunca he desayunado en la cama, a no ser pizza fría con una servilleta de papel. Sylvia incluso había colocado en la bandeja un jarroncito con una rosa. Le gustaba mirarlo. Llevaba tiempo deseando cuidar a alguien, ocuparse de alguien... Durante la mayor parte de su vida adulta había tenido un marido y unos hijos a los que dedicarse, y ahora todos habían desaparecido. La entusiasmaba la idea de malcriar a Gray. – Perdona que te despierte -dijo. Eran las diez, y quería pasar por el estudio de Gray, como había dicho, antes de ir a trabajar. Gray miró el reloj y se quedó pasmado. – ¿Dios mío! ¿A qué hora te has levantado? – Pues como a las siete. No suelo levantarme tarde. – Ni yo, pero esta noche he dormido como un angelito. -Le sonrió y se levantó para peinarse y cepillarse los dientes. Volvió al cabo de un minuto y se acomodó en la cama con la bandeja. -Me vas a acostumbrar mal, Sylvia. Me voy a poner gordo de tanto hacer el vago. Sylvia sospechaba que no corría ese peligro. Le gustaba estar con él y hacer cosas para él. Le dio el periódico, que ya había leído, y se fue a la cocina a tomar café con tostadas. Gray echó un vistazo al periódico y lo dejó. Prefería hablar con Sylvia. Estuvieron charlando mientras desayunaban, y después Gray se preparó para salir. Se dirigieron a su estudio a las once, cogidos de la mano. Sylvia se sentía como una quinceañera con un nuevo romance, pero hacía tanto tiempo que no se sentía así que disfrutaba de cada minuto. Iba sonriendo mientras caminaban bajo el sol de septiembre, y Gray pagó un taxi. Había un trayecto muy corto hasta su estudio, y mientras subían los cuatro tramos de escalera del destartado edificio de piedra rojiza se disculpó por el desorden antes de entrar en el estudio. – He estado fuera un mes, y la verdad es que ya estaba hecho un asco antes. Francamente, lleva años hecho un asco -dijo con una amplia sonrisa y un poco sofocado al llegar a su rellano. Lo mismo que su vida, pero eso no se lo dijo a Sylvia. Para las mujeres con las que salía, él había sido un pilar de estabilidad; pero, en comparación con Sylvia, era un completo desastre. Ella dirigía una galería de gran éxito, había mantenido dos largas relaciones, había criado a dos hijos normales y sanos hasta la edad adulta, y todo en su vida y su apartamento era impecable, y estaba limpio como los chorros del oro. Cuando Gray abrió la puerta de su apartamento, apenas pudieron entrar.

Les impedía el paso una maleta, había paquetes que el conserje había dejado por todos lados y un montón de sobres que se habían caído y desparramado por el suelo. Los recibos que había pagado el día anterior estaban abiertos y desordenados sobre una mesa. Había ropa en el sofá, las plantas se habían secado y todo parecía viejo. Sin embargo, tenía un agradable aire masculino. Los muebles no estaban mal, aunque la tapicería estaba raída. Lo había comprado todo de segunda mano. Había una mesa de comedor redonda en un rincón de la habitación, donde a veces cenaba con sus amigos, y detrás de ella lo que en su día había sido el comedor, transformado en estudio. Para eso había ido Sylvia. Se dirigió directamente allí mientras Gray intentaba en vano poner un poco de orden, pero comprendió que era inútil. La siguió y se quedó observando su reacción ante la obra que tenía allí. Había tres cuadros apoyados en sendos caballetes. Uno estaba casi acabado, otro acababa de empezarlo cuando se había ido de viaje, y estaba reflexionando sobre los cambios del tercero, porque le parecía que no funcionaba. Y tenía al menos otra docena apoyados contra las paredes. Sylvia se quedó pasmada ante la fuerza y la belleza de aquellas obras. Eran figurativas, de gran meticulosidad, oscuras en la mayoría de los casos, con luces extraordinarias. Había uno de una mujer con un vestido de campesina medieval que parecía de un gran maestro. Eran realmente hermosos, y Sylvia se volvió hacia él con expresión de admiración y respeto. Eran completamente distintos del material que ella exponía en la galería, muy de moda, joven y nuevo. Sentía verdadera pasión por los artistas emergentes, y lo que ella ofrecía resultaba fácil de ver y divertido para vivir. También vendía las obras de jóvenes pintores de mucho éxito, pero ninguno tenía la técnica, la maestría ni la pericia que mostraba Gray en sus cuadros. Sabía que Gray era un pintor de primera categoría, pero lo que veía en su obra era madurez, conocimiento y una infinita capacidad. Se puso a su lado, deseosa de absorberlo todo, de beberlo todo. – ¿Es absolutamente increíble! -Comprendí por qué solo pintaba dos o tres cuadros al año. Incluso si trabajaba en varios a la vez, como hacían la mayoría de los pintores, debía de llevarle meses enteros, incluso años, terminar cada uno. -Me he quedado con la boca abierta. A Gray le encantó su reacción. Había una marina fascinante, con la luz del sol reflejada sobre el agua al final del día. Daban ganas de quedarse allí contemplándola para siempre. Sylvia comprendió que Gray necesitaba un galerista importante que viera su obra y lo representase, pero no su galería. Gray sabía qué clase de cuadros vendía Sylvia, pero quería que viera los suyos para que supiera lo que hacía. Sentía gran respeto por sus conocimientos de historia del arte e incluso de arte moderno. Sabía que si reaccionaba favorablemente, a él lo halagaría enormemente. Y tanto si le gustaba como si no, era lo que hacía. – Tienes que encontrar una galería que te represente, Gray -dijo Sylvia con gravedad. Gray le había dicho que llevaba casi tres años sin que nadie lo representara. Vendía sus cuadros a personas que ya le habían comprado otros y a amigos, como Charlie, que le había comprado vanos y también pensaba que eran muy buenos. -Es un crimen que estos cuadros se queden aquí, sin hogar. -Había montones apoyados contra las paredes. – Detesto a todos los galeristas que conozco. Les importa un comino la obra. Solo les interesa el dinero. ¿Por qué les voy a dar mis cuadros? No se trata del dinero, al menos para mí. Sylvia lo veía claramente por cómo vivía. – Pero tienes que comer -lo reprendió con dulzura. -Y no todos los galeristas son tan codiciosos ni tan irresponsables. A algunos les interesa de verdad lo que hacen. A mí, por ejemplo. Quizá yo no venda obras de este calibre, ni de tanta maestría, pero creo en lo que expongo, y en mis artistas. A su manera, también ellos tienen un enorme talento, solo que lo expresan de un modo distinto del tuyo. – Sí que te importa. Lo llevas escrito en la cara, y por eso quería que vieras mis cuadros. Si fueras como los demás, no te habría invitado aquí. Y además, si fueras como los demás, tampoco me estaría enamorando de ti. Era una declaración tremenda tras la primera noche juntos, y Sylvia no contestó. Le encantaba estar con él y quería conocerlo mejor, porque para ella también iba en serio, pero todavía no sabía si lo quería. Por entusiasmada que estuviera con él, aún era demasiado pronto. También para él, pero Gray iba más deprisa de lo que ninguno de los dos tenía previsto, y ella también. Ver su obra y comprender que se había atrevido a mostrarse vulnerable ante ella le despertó aún más interés y cariño por él. Lo miró de una forma que no necesitaba de palabras; Gray la tomó entre sus brazos y la besó. – Me gusta tu obra, Gray -susurró Sylvia. – No eres mi galerista. Lo que te tiene que gustar soy yo, nada más -replicó Gray en broma. – Ya estoy llegando a eso -dijo Sylvia con toda sinceridad. En realidad,

más r?pido de lo que se esperaba. – Yo tambi?n -repuso Gray.

Sylvia se qued? contemplando los cuadros largo rato, como si estuviera en otro planeta. Su cerebro funcionaba a miles de kil?metros por hora. – Quiero buscarte una galer?a. Tengo varias ideas. Podemos ir a echar un vistazo a lo que exponen esta semana, a ver qu? te parece. – Lo que yo piense da igual. Depende de lo que piensen ellos. No te preocupes por eso. Bastantes cosas tienes que hacer, y adem?s, de momento no tengo suficientes cuadros para una exposici?n -dijo Gray con modestia. No quer?a aprovecharse de los contactos de Sylvia. Lo que sent?a por ella era totalmente personal y privado, no ten?a nada que ver con el trabajo ni quer?a que le presentara a nadie, y Sylvia lo sab?a. – A m? no me vengas con que no tienes suficiente para una exposici?n -replic? Sylvia con energ?a, a medio camino entre la galerista y la t?pica madre pesada de un ni?o prodigio, como si se dirigiera a uno de sus j?venes pintores. Pero muchas veces ten?a que ponerse pesada y darles un empuj?n. Muy pocos se daban cuenta de su propio talento, y desde luego, nunca los mejores, Los j?venes fantasmones raramente eran tan buenos. -Mira todo esto -a?adi?, moviendo los lienzos con delicadeza para ver lo que hab?a en cada mont?n. Era una maravilla, tan bueno o mejor que los cuadros a?n sin terminar de los caballetes. Una vez acabados, sus cuadros parec?an iluminados desde dentro, unos con velas, otros con fuego. Pose?an una cualidad luminosa que Sylvia no hab?a visto en ninguna obra reciente. Parec?an sacados del Renacimiento, aut?nticas obras maestras. Y sin embargo daban sensaci?n de modernidad. Lo excepcional era la t?cnica, algo que se hab?a perdido. Sylvia sab?a que Gray hab?a estudiado en Par?s y en Italia, como su hija. En el caso de Gray, sus estudios le hab?an proporcionado una gran base, y, a juicio de Sylvia, su obra era inspirada y brillante. – Tanto si te gusta la idea como si no, tenemos que buscarte una galer?a, Gray. Era algo que?l habr?a hecho por cualquiera de las mujeres con las que hab?a estado, buscar una galer?a, un agente, un trabajo, casi siempre con resultados desastrosos. A ?l nadie le hab?a ofrecido nunca ayuda, salvo quiz? Charlie, pero a Gray no le gustaba abusar de nadie, y menos de sus amigos o de las personas a las que quer?a. – No necesito una galer?a, Sylvia. De verdad. -?Y si yo te encuentro una que te guste? ?Al menos ir?as a verla y a hablar con el galerista? Lo estaba presionando, pero Gray tambi?n la quer?a por eso. Ella no ganar?a nada con aquello; lo ?nico que quer?a era ayudarlo, como hab?a hecho Gray durante tanto tiempo. Sonri?, y por toda respuesta asinti? con la cabeza. Sylvia ya hab?a decidido a qui?n llamar. Hab?a al menos tres posibilidades perfectas para ?l. Y sab?a que, si pensaba, se le ocurrir?an m?s, galer?as importantes de la zona norte que expon?an obras como las de Gray. Desde luego, no galer?as del SoHo como la suya. Necesitaba un espacio completamente distinto. Tambi?n Londres y Par?s. Las galer?as que le conven?an tendr?an conexiones en otras ciudades. En su opini?n, ah? deb?a estar Gray. – No te preocupes por eso -dijo Gray con dulzura, y lo dijo de coraz?n. -Ya tienes suficientes cosas entre manos, y no te hace falta meterte en otro proyecto. No quiero que trabajes m?s. Solo quiero estar contigo. – Yo tambi?n-repuso Sylvia, sonri?ndole. Pero tambi?n quer?a ayudarlo. ?Por qu? no? Lo merec?a. Sab?a que normalmente a los artistas se les dan fatal los negocios y son incapaces de vender su propia obra. Por eso tienen marchantes, y Gray tambi?n necesitaba uno. Estaba decidida a ayudarlo y esperaba mantener una relaci?n con ?l. Eso a?n estaba por ver, pero tanto si ocurr?a como si no, no hab?a raz?n para no echarle una mano con sus contactos. Conoc?a pr?cticamente a todos los que contaban en el mundo del arte neoyorquino. Hab?a demostrado ser tan honrada y decente que se le abr?an las puertas f?cilmente. Y, una vez abierta la puerta adecuada, lo dem?s depender?a de Gray. Ella solo quer?a ser mediadora, un objetivo totalmente respetable, incluso si al final resultaba que eran solo amigos que hab?an vivido un breve romance. Sylvia mir? su reloj. Era casi mediod?a y ten?a que ir a la galer?a. Gray prometi? llamarla m?s tarde mientras se desped?an con un beso. Cuando Sylvia bajaba apresuradamente la escalera, Gray le grit? por el hueco: «?Gracias!», y ella mir? hacia arriba con una amplia sonrisa. Lo salud? con la mano y desapareci?. En la galer?a reinaba el caos de costumbre. Hab?an llamado dos pintores fuera de s? por su pr?xima exposici?n. Un cliente estaba enfadado porque no le hab?a llegado todav?a un cuadro. Hab?a llamado otra persona para preguntar por un encargo que le hab?an hecho. El t?cnico hab?a sufrido un accidente de moto, se hab?a roto ambos brazos y no pod?a instalar la pr?xima exposici?n. Ten?a una cita por la tarde con el dise?ador gr?fico para preparar el

folleto de la próxima exposición. Tenía que entregar en el plazo debido el próximo anuncio para Artforum, y el fotógrafo aún no había enviado las fotos de la escultura que debía aparecer en el anuncio. No tuvo tiempo ni para respirar hasta las cuatro, pero en cuanto encontró un momento hizo varias llamadas por lo de Gray. Resultó más fácil de lo que esperaba. Los galeristas a los que llamó confiaban en su reputación, su gusto y su criterio. La mayoría de las personas que conocía pensaban que tenía buen ojo e instinto para el arte de calidad. Dos de los galeristas le pidieron que les enviara diapositivas. El tercero volvió de París aquella noche, y Sylvia le dejó recado de que la llamara. En cuanto terminó esta llamada telefoneó a Gray. Era una mujer con una misión que cumplir, y en cuanto oyó su voz, Gray se echó a reír. Sylvia parecía un torbellino, y Gray le aseguró que tenía diapositivas, porque si no las tenía, ella enviaría un fotógrafo al estudio. – Tengo un montón, si eso es lo único que necesitas. – De momento, sí – contestó Sylvia animadamente, y le dijo que iría un mensajero a recogerlas al cabo de media hora. – Vaya, no pierdes el tiempo, ¿eh? – No con obras tan buenas como la tuya. Además... – dijo Sylvia, más tranquila. Para ella no era cuestión de negocios, sino de amor, como tuvo que recordarse. – Además quiero que te ocurran cosas buenas. – Ya me han ocurrido, en Portofino. Lo demás son añadidos. – Pues deja que yo me ocupe de los añadidos – repuso Sylvia, segura de sí misma, y Gray sonrió. – Faltaría más.

Le encantaban tantas atenciones; no estaba acostumbrado a ellas. No quería aprovecharse de Sylvia, pero le fascinaba ver cómo trabajaba y cómo vivía su vida. No era mujer que se arrojara ante los obstáculos ni que aceptase el fracaso o la derrota. Cuando había una tarea que cumplir, fuera cual fuese, se arremangaba y se ponía manos a la obra. El mensajero se presentó en la puerta del estudio exactamente a las cuatro y media, le llevó las diapositivas a Sylvia y poco después estaban en manos de los galeristas a los que había llamado, junto con una carta. Sylvia salió de la galería a las seis y en cuanto llegó a casa la llamó Gray para proponerle que cenaran juntos. Quería invitarla a un pequeño restaurante italiano de su barrio. Sylvia se entusiasmó. Era divertido y acogedor y la comida deliciosa y barata, según comprobó con alivio en la carta. No quería que Gray se gastara dinero en ella, pero tampoco quería humillarlo ofreciéndose a pagar. Sospechaba que en el futuro iban a cocinar mucho el uno para el otro. Y después de cenar Gray la acompañó y se quedó en su casa. Estaban cayendo en una placentera rutina. A la mañana siguiente prepararon el desayuno juntos y Gray se lo sirvió a Sylvia en la cama. Dijo que era su turno. Sylvia nunca había funcionado por turnos en nada, pero en esta ocasión eran compañeros que se mimaban, escuchaban y consultaban mutuamente. De momento todo era perfecto. Le daba miedo pensar en el futuro, o depositar demasiadas esperanzas en que significara más de lo que significaba. Pero, fuera como fuese y durara lo que durase, les iba bien a los dos y eso era lo único que querían. Y el sexo era algo más que maravilloso. Eran lo suficientemente mayores y sensatos y tenían la suficiente experiencia para ocuparse el uno del otro y satisfacerse mutuamente. En su relación nada se movía por el interés. Los dos disfrutaban haciendo feliz al otro, en la cama y fuera de ella. Tras toda una vida de errores, ambos eran sensatos y maduros, como un buen vino que ha reposado durante años, no demasiado añejo aún, pero sí lo suficiente para que resulte intenso y delicioso. Aunque los hijos de Sylvia podían considerarlos viejos, en realidad se encontraban en la edad perfecta para disfrutar el uno del otro y valorarse mutuamente. Sylvia jamás se había sentido tan feliz, y Gray tampoco. Los dos galeristas a los que Sylvia había enviado diapositivas la llamaron aquel mismo día. Ambos estaban interesados y querían ver muestras de la obra de Gray. El tercer galerista la llamó dos días más tarde, al volver de París, y le dijo lo mismo. Sylvia se lo contó a Gray mientras cenaban aquella noche. – Creo que puedes elegir – dijo, eufórica. Gray no daba crédito. En cuestión de días Sylvia lo había sacado de su letargo, había enviado diapositivas de sus cuadros a los sitios adecuados y le había abierto varias puertas. – Eres una mujer increíble – dijo con una mirada más que expresiva. – Y tú eres un hombre increíble y un artista extraordinario. Quedaron en llevar su obra a las tres galerías el sábado por la tarde, en la furgoneta de Sylvia. Y, tal y como había prometido, se presentó ese día por la mañana, vestida con sudadera y vaqueros, y lo ayudó a cargar los cuadros. Tardaron dos horas en meter en el vehículo todo lo que Gray quería llevar, y le dio vergüenza hacer trabajar a Sylvia, ya había ejercido de hada madrina y no le gustaba que tuviera que servirle también de repartidora, pero ella estaba más que dispuesta. Se había llevado

un jersey y unos zapatos para cambiarse antes de entrar en las galerías en las que los esperaban. Y el asunto acabó a las cinco. A Gray le hicieron ofertas los tres galeristas, tremendamente impresionados por su obra. ¿No podía creer lo que había hecho Sylvia, quien tuvo que reconocer que también estaba muy contenta. – Qué orgullosa me siento de ti -dijo, radiante. Estaban los dos agotados, pero encantados. Tardaron otras dos horas en subir al estudio todos los cuadros. Gray aún no había tomado una decisión sobre la galería que iba a elegir, pero la tomó aquella noche, y a Sylvia le pareció la más correcta. Era una galería de la calle Cincuenta y siete, con una importante sucursal en Londres y otra en París, con las que intercambiaba obras. Era perfecto para Gray, dijo con mucha seguridad, complacida con su elección. – Eres alucinante -dijo Gray, sonriéndole. Tal era la emoción que sentía por lo que había hecho Sylvia que no sabía si reír o llorar. Estaban sentados en el sofá del salón de su estudio, en el que reinaba un desorden aún mayor que los días anteriores. Llevaba toda la semana pintando, inspirado por las energías de Sylvia, y no se había molestado en arreglarlo. A ella no le importaba y parecía no verlo. A Gray también le encantaba eso de Sylvia; en realidad, no había nada que no le gustara de ella. La consideraba la mujer perfecta, y quería ser el hombre perfecto para ella. Poco podía hacer, salvo estar allí y quererla, que era precisamente lo que deseaba. -Te quiero, Sylvia -dijo en voz baja, mirándola. -Y yo también te quiero -repuso ella con dulzura. Ni siquiera estaba segura de querer decirlo, pero los días y las noches que habían pasado juntos significaban algo. Le gustaban la forma de pensar de Gray y las cosas en que creía. Le encantaban su integridad y lo que defendía. Incluso admiraba su obra. No había necesidad de hacer nada al respecto, no había que tomar ninguna decisión. Lo único que tenían que hacer era disfrutar. Por primera vez en la vida de los dos, con tantas complicaciones, todo resultaba muy sencillo. – ¿Quieres que prepare la cena? -preguntó Sylvia, sonriéndole. Las únicas decisiones que tenían que tomar eran dónde comer y en casa de quién dormir. A Gray le gustaba dormir en el apartamento de Sylvia, y ella lo prefería. El estudio de Gray siempre estaba patas arriba, a pesar de lo cual a Sylvia le gustaba ir allí a ver cómo progresaba su trabajo. – No -contestó Gray muy convencido. -No quiero que cocines. Quiero que vayamos a celebrarlo. Me has encontrado una galería fantástica, algo que yo no habría hecho. Me habría quedado aquí vagueando. No era un vago; todo lo contrario, pero sí muy modesto con su obra. Sylvia conocía a muchos pintores como él. Necesitaban a alguien que tomara la iniciativa por ellos y les allanara el camino, y lo había hecho con sumo gusto por Gray, con extraordinarios resultados. Cenaron en un pequeño restaurante francés en el Upper East Side, con buena comida y buen vino. Fue una auténtica celebración: por ellos, por la nueva galería de Gray, por todo lo que tenían por delante. Y mientras volvían a casa de Sylvia en un taxi hablaron de Charlie y Adam. Gray no había visto a este último desde su vuelta, y ni siquiera lo había llamado. Sabía que Charlie aún no había vuelto, y tampoco lo había llamado. A veces no los llamaba durante bastante tiempo, sobre todo cuando el trabajo lo tenía absorto. Ellos estaban acostumbrados a que desapareciera de la faz de la Tierra y lo llamaban cuando él sabía nada de él durante una temporada, Gray describió la clase de amistad que lo unía a ellos y la bondad que le demostraban. Hablaron de por qué Charlie no se había casado y de por qué Adam no volvería a casarse. Sylvia dijo que le daban un poco de lástima. Charlie le parecía un hombre solitario, y la entristeció lo de su hermana y sus padres, pérdidas terribles e irreparables. Al final, el haberlos perdido lo estaba privando de la posibilidad de ser amado por otra persona, lo que multiplicaba exponencialmente la tragedia que había vivido. – Él dice que quiere casarse, pero yo no creo que llegue a hacerlo -dijo Gray en tono reflexivo. Ambos coincidían en que Adam era otra historia. Amargado por el abandono de Rachel, enfadado con su madre, lo único que quería eran niñas tontas y chicas tan jóvenes que podrían haber sido sus hijas. A Sylvia le parecía una vida vacía. -Es un tipo estupendo, cuando lo conoces -dijo Gray, leal a su amigo. Pero Sylvia no estaba tan convencida. Se apreciaban fácilmente los méritos y las cualidades de Charlie, pero Adam era la clase de hombre que invariablemente la fastidiaba: inteligente, seguro de sí mismo, con éxito y que consideraba a las mujeres simples objetos sexuales y ornamentales. Jamás se le ocurriría salir con una mujer de su edad. No se lo dijo a Gray, pero despreciaba profundamente a los hombres como Adam. Pensaba que lo que le hacía falta era un terapeuta, una buena patada en el culo y una buena lección. Esperaba que cualquier día se la diera una jovencita inteligente, y pensaba que iba a recibirla muy

pronto. Gray no lo veía así. Lo consideraba un gran tipo al que Rachel había destrozado al abandonarlo. – Eso no justifica utilizar a la gente ni menospreciar a las mujeres -replicó Sylvia. A ella también le habían destrozado el corazón, en más de una ocasión, pero no le había dado por servirse de los hombres como objetos de usar y tirar. Todo lo contrario. Se había apartado para lamerse las heridas y reflexionar sobre cómo y por qué había ocurrido antes de salir de nuevo al mundo. Pero claro, era una mujer. Las mujeres funcionan de una forma distinta de los hombres y llegan a conclusiones distintas. La mayoría de las mujeres que han sido heridas se apartan del mundo para curarse, mientras que los hombres se lanzan de cabeza a él y descargan su venganza sobre los demás. Estaba segura, como decía Gray, de que Adam era amable con las mujeres con las que salía. El problema era que no las respetaba y jamás entendería lo que Gray y ella compartían. Si por él hubiera sido, no habría ocurrido ni habría apostado por que ocurriese. Lo cual le hizo darse cuenta una vez más del milagro que suponía que Gray y ella se hubieran conocido. Aquella noche se acurrucó contra él en la cama, sintiéndose segura y afortunada. Y si al final Gray se marchaba, al menos habría disfrutado de aquel momento mágico. Sabía que sobreviviría, pasara lo que pasase. A Gray también le gustaba eso de ella. Era una superviviente, y él había comprobado durante toda una vida que también lo era. Si sus decepciones les habían servido de algo, era para hacerlos más bondadosos, más sensatos y más pacientes. No tenían el menor deseo de herirse mutuamente ni a nadie. Y pasara o no algo más entre ellos, lo cierto era que además de los sueños, la esperanza, el romance y el sexo, se habían hecho amigos y estaban aprendiendo a amarse. CAPÍTULO 08

– Ya he vuelto. ¿Estás bien? -Charlie llamó a Gray a su estudio el lunes, y parecía preocupado. -Hace semanas que no sé nada de ti. Te he llamado varias veces después de volver, pero siempre salta el contestador, a todas horas -se quejó, y Gray cayó en que probablemente estaba con Sylvia, pero no le dijo nada. Sylvia y él habían pasado un fin de semana muy feliz, y Charlie no tenía ni idea de lo que había ocurrido desde su vuelta a Nueva York. Cayó en la cuenta de que no tenía noticias de Gray desde poco después de su vuelta a casa. Había recibido un par de correos electrónicos mientras estaba en el barco, pero nada más desde entonces. Por lo general, si todo iba bien en su mundo, Gray avisaba, pero en esta ocasión no lo había hecho. -Estoy bien -respondió Gray, muy contento. -Es que he estado trabajando mucho. No le dijo nada de Sylvia, a pesar de que los dos habían decidido durante el fin de semana que ya era hora de que Gray les contara a sus amigos lo que había entre ellos. Sylvia quería esperar un poco para contárselo a sus hijos. Llevaban viéndose casi un mes, y a los dos les parecía que iba en serio. A Sylvia le preocupaba un poco que Charlie y Adam sintieran celos, incluso rencor. Con una relación seria, Gray sería menos accesible, e intuía que no se lo tomarían bien. Gray le aseguraba que no sería así, pero ella no estaba muy convencida. Gray le contó a Charlie lo de la nueva galería, y Charlie soltó un silbido. – ¿Cómo ha sido? No puedo creer que por fin hayas movido el culo para buscar una galería donde vender tus cuadros. Ya iba siendo hora. Charlie se alegró enormemente.

– Pues sí, eso mismo pensó yo.

No se lo atribuyó a Sylvia, pero pensaba hacerlo en cuanto viera a Charlie. No quería hablar del asunto por teléfono. – ¿Y si nos vemos para comer un día de estos? No sé nada de ti desde que estuviste en el barco -dijo Charlie. Iba a quedar con Adam aquella misma semana, pero con Gray resultaba más difícil, porque cuando se metía de lleno en su trabajo se aislaba durante semanas enteras. Pero parecía de buen humor, y si había firmado un contrato con una galería importante, las cosas debían de irle bien. – Estupendo -replicó Gray. -¿Cuándo te viene bien? Raramente se mostraba tan dispuesto a quedar con alguien. En la mayoría de las ocasiones había que sacarlo a rastras de su guarida para apartarlo del caballete. Charlie no hizo ningún comentario, pensando que Gray estaba eufórico por su nuevo contrato. Charlie consultó rápidamente su agenda. Tenía una abrumadora cantidad de reuniones de la fundación, muchas de ellas con almuerzo incluido, pero al día siguiente tenía un hueco a la hora de comer. – ¿Qué te parece mañana?

– A m? me va bien.

– ?En el Club N?utico? -Era el sitio favorito de Charlie para comer, adem?s de otros clubes de los que era miembro. A Gray le parec?a un ambiente muy estirado, y tambi?n a Adam, pero le segu?an la corriente a Charlie. – De acuerdo -acept? Gray, un tanto pensativo. – Pues all? a la una -dijo Charlie, y cada cual volvi? a su trabajo. Gray le dijo a Sylvia a la ma?ana siguiente que iba a almorzar con Charlie, y ella lo mir? por encima del mont?n de tortitas que Gray acababa de hacer. – ?Y eso es bueno o malo? -pregunt? nerviosa. – Pues claro que es bueno.

Estaba sentado frente a ella, con su plato de tortitas. Le encamaba cocinar para Sylvia. ?l era el jefe de cocina para el desayuno, y Sylvia cocinaba por la noche, cuando no sal?an a cenar fuera. Todo empezaba a aclararse y a seguir una rutina cotidiana. Gray se iba a su estudio, pero ya no dorm?a all?. Sylvia se iba a la galer?a y volv?an a verse en su casa alrededor de las seis. Gray sol?a llevar una botella de vino y algo de comer. El fin de semana hab?a comprado langosta, y les record? los maravillosos momentos que hab?an pasado en el barco. No se hab?a mudado oficialmente a casa de Sylvia, pero se quedaba all? todas las noches. – ?Le vas a contar lo nuestro? -pregunt? Sylvia con recelo. – Pues creo que s?. ?Te parece bien? Como sab?a que Sylvia era tan independiente, no quer?a ofenderla. – Claro que me parece bien -contest? con calma Sylvia. -Lo que no tengo tan claro es que ?l se lo tome bien. A lo mejor se asusta. Seguramente le ca? bien en Portofino, como algo pasajero, pero puede que no le entusiasme la idea de que esto vaya en serio. Era lo que estaba ocurriendo desde el regreso de Gray, durante las ?ltimas cuatro semanas, y a ellos les iba muy pero que muy bien. – No digas tonter?as. Se alegrar?. Siempre ha mostrado inter?s por las mujeres con las que yo estaba. Sylvia le puso un caf?, ri?ndose. – S?, claro, porque no representaban ninguna amenaza para ?l. Seguro que pensaba que acabar?an en la c?rcel o en cualquier centro de acogida antes de que causaran demasiados problemas entre vosotros dos. – ?Qu? pasa? ?T? quieres causar problemas? -pregunt? Gray con curiosidad, casi ri?ndose. – Claro que no, pero a lo mejor Charlie lo percibe as?. Vosotros tres sois inseparables desde hace diez a?os. – Pues s?, y tengo intenci?n de seguir vi?ndolos. No hay ninguna raz?n para que no los vea contigo. – Bueno, a ver qu? dice Charlie. Podr?amos invitarlo a cenar. La verdad es que ya se me hab?a ocurrido, y tambi?n invitar a Adam, si quieres -a pesar de que le ca?a mucho peor que Charlie. -Lo que pasa es que no me fascina la idea de cenar con mujeres de la edad de mis hijos, o m?s j?venes, en el caso de Adam. Pero si a ti te parece buena idea, pues lo hacemos. Sylvia hab?a adoptado una actitud diplom?tica. – ?Y si invitamos a Charlie solo, en principio? -sugiri? Gray. Sab?a que a Sylvia no le ca?a bien Adam, y no quer?a forzar las cosas, al menos de momento, pero s? le gustaba la idea de incluirla en su peque?o grupo de amigos. Formaban una parte importante de su vida, y Sylvia tambi?n. Ambos sab?an que incorporar amigos a su mundo privado a la larga redundar?a en beneficio de la relaci?n. No pod?an estar toda la vida solos, viendo pel?culas en la televisi?n cogidos de la mano o pasando los fines de semana en la cama, aunque a los dos les encantaba y se divert?an. Pero necesitaban m?s personas en su vida. A?adir amigos a la mezcla supon?a un paso m?s hacia una cierta estabilidad entre ellos. Sylvia siempre ten?a la sensaci?n de que exist?a un manual de normas sobre las relaciones y que los dem?s conoc?an su contenido mejor que ella, En primer lugar acostarse juntos, despu?s que ?l pasara la noche contigo, cada vez con mayor frecuencia. En un momento dado, la pareja necesitaba espacio en el armario y en los cajones. Ellos no hab?an llegado a?n a ese punto, y la ropa de Gray estaba colgada en el lavadero. Sylvia sab?a que tendr?a que hacer algo al respecto und?a de estos. Despu?s ven?a la fase de darle la llave, una vez que una est? segura de que no quiere salir con nadie m?s, con el fin de evitar situaciones inc?modas si llega en un momento inoportuno. Ya le hab?a dado una copia de la llave, porque no hab?a nadie m?s en su vida, y a veces Gray entraba en su casa antes de que ella volviera de la galer?a. Era absurdo hacerlo esperar a la entrada. No ten?a muy claro qu? ven?a despu?s de eso. Comprar cosas de comer: Gray ya lo hac?a. Compartir los gastos de los recibos. Contestar al tel?fono. Desde luego, a?n no hab?an llegado a esa etapa, por si acaso la llamaban sus hijos, que no sab?an de la existencia de Gray. Preguntarle si quer?a vivir con ella, cambiar de direcci?n, poner su nombre en el buz?n y en el timbre. Los amigos formaban parte de todo eso. Era muy importante

que les gustaran las mismas personas, al menos algunas. Y, con el tiempo, tambi?n tendr?an que gustarle sus hijos. Sylvia quer?a que los conociera, pero sab?a que se sent?a un poco inc?modo con el asunto, porque ya se lo hab?a dicho. Tambi?n sab?a que eso ser?a lo m?s f?cil. Sus hijos eran estupendos, y estaba segura de que Gray llegar?a a quererlos. Lo ?nico que deseaban Emily y Gilbert era la felicidad de su madre. S? ve?an que Gray se portaba bien con ella y que se quer?an, se tomar?an a Gray como uno m?s de la familia. Sylvia conoc?a muy bien a sus hijos. A?n ?es quedaba mucho camino por recorrer, pero ya lo hab?an iniciado. A Sylvia la asustaban algunos de los obst?culos, y todav?a no estaba preparada para superarlos, ni tampoco Gray. Pero tambi?n sab?a que contarle lo suyo a Adam y Charlie supondr?a un gran avance para Gray. No ten?a ni idea de c?mo reaccionar?an ante la noticia de que entre ellos hab?a algo serio. Confiaba en que Charlie no desanimara a Gray ni lo pusiera en guardia contra sus hijos. Sab?a que ese era el tal?n de Aquiles de Gray. Lo suyo era aut?ntica fobia a los ni?os, no solo a tenerlos, sino a mantener unarelaci?n con los hijos de otra persona. No parec?a comprender que sus hijos ya no eran ni?os, sino adultos. Le daba aut?ntico p?nico relacionarse con nadie hasta ese punto. A un hombre que se hab?a pasado toda la vida cuidando c?e algunas de las mujeres con mayores desequilibrios del planeta, lo ?nico que lo aterrorizaba era conocer a sus hijos o relacionarse con ellos. Para Sylvia era un temor totalmente irracional, pero para Gray era algo real, aut?ntico. Gray la ayud? a recoger los platos del desayuno y se fue a su estudio. Sylvia ten?a que hacer varias llamadas antes de ir a la galer?a. Quer?a llamar a Emily y a Gilbert. Con la diferencia horaria, muchas veces era demasiado tarde para llamarlos cuando volv?a del trabajo. Todav?a no les hab?a contado nada sobre Gray. Ninguno de los dos iba a volver a Estados Unidos hasta las Navidades. Pensaba que hab?a tiempo de sobra, nada menos que tres meses, para ver c?mo iban las cosas con Gray. Los dos estaban fuera cuando los llam? aquel d?a, y les dej? mensajes cari?osos en sus respectivos contestadores. Siempre se manten?a en estrecho contacto con sus hijos. Cuando Sylvia sali? de casa para ir a la galer?a, Gray ya estaba en el Club N?utico, Les dieron la mesa favorita de Charlie. Era un comedor enorme, muy elegante, con techos abovedados, retratos de los anteriores presidentes y maquetas de barcos protegidos con cristal. A Gray le pareci? que Charlie estaba estupendo, bronceado, en forma y relajado. – Bueno, ?c?mo termin? el viaje? -pregunt? Gray para entablar conversaci?n, despu?s de que los dos hubieron pedido ensaladas del chef. – Bien, pero en realidad no fuimos a ning?n sitio despu?s de que t? te marcharas. Yo ten?a trabajo, y la tripulaci?n se puso a hacer unas reparaciones. Pero se estaba mejor en el barco que aqu?, en mi apartamento. -?ltimamente le hab?a resultado deprimente, y se sent?a solo e inquieto. -Bueno, cu?ntame lo de la galer?a con la que has firmado el contrato. Es Wechsler-Hinkley, ?no? -El nombre de la galer?a impresionaba en el mundo art?stico de Nueva York. -?C?mo ha sido? ?Te llamaron o algo? ?O los llamaste t?? -Charlie estaba muy contento por Gray. Nadie se lo merec?a m?s que ?l, con su enorme talento. Le dirigi? una amplia sonrisa, deseoso de saber lo ocurrido. – Bueno, me recomend? una persona -repuso Gray con cautela. Sylvia lo hab?a puesto nervioso sobre la posible reacci?n de Charlie. Sab?a que era una tonter?a, pero lo cierto es que estaba nervioso y que lo parec?a. – ?Qui?n? -pregunt? Charlie con inter?s. Sin saber por qu?, la historia le sonaba un poco rara. – Pues una persona... bueno, una amiga, una mujer -respondi? Gray, sinti?ndose como un colegial que

s-?Qu? es lo que acaba de decir?

-Aqu? hemos escondido el tesoro.

-?Qu? significa este silencio?#x2013;comenzaron a preguntar algunos filibusteros.

-?A m?#x2026;!?A m?#x2026;! #x2013;ronque? el gigante de?bano en los estertores de la agon?a.

-No; pero tengo un triste presentimiento#x2026; El de que no ver? m?s a mi querida patria.

#xa0;-Vamos a su cabina para cerrar el negocio #x2013;intervino el cubano de mayor edad.

-Esta malhadada expedici?n ya nos ha medio arruinado.

-Todav?a no has conocido a Bonga; nunca dej? de pensar en vengarlo.

-?Pero qu? sangre libre!#x2013;exclam? el segundo riendo-.?Son negros y los negros han nacido para esclavos!

Este se present? puntualmente y recibido con la mayor cordialidad por el comandante, se comenz? a trasladar los bultos a una barca tripulada por cuatro j?venes#x201c;tank?#x201d;, la misma en que hab?a venido el comerciante, quien provisto de un par de anteojos sin vidrio, examinaba con toda minuciosidad cada art?culo, sacud?a la cabeza y murmuraba palabras incomprensibles. La faena dur? todo el d?a y cuando lleg? la noche la mitad de la mercader?a se hallaba todav?a a bordo. Le fue ofrecida al cliente hospitalidad en el barco, pero sea por desconfianza o por otros motivos, prefiri? ir a dormir a su casa. Al otro d?a se termin? de hacer la entrega y Parry recib? doscientos veinte mil d?lares en piezas de oro.

Despu?s de cambiar la guardia abandon? el puente blasfemando, pero a sus camas s?lo volvi? una parte de los tripulantes, los m?s valientes, mientras el resto, temiendo encontrarse con el aparecido en las crujeas de los dormitorios, pas? toda la noche sobre cubierta. Banes y Bonga, a la ma?ana siguiente, comentaban el espect?culo reventando de risa.

-?S?, eh??Pues vengan conmigo!#x2013;invit? el brasile?o con viveza.

De pronto gritos de terror llenaron el espacio. Los tripulantes del#x201c;brick#x201d; hab?an advertido el incendio en el vientre de la nave y, presos de p?nico, abandonaban las bater?as y los fusiles y se precipitaban a las bombas. Los del barco negrero continuaron ca?one?ndolos: cay? el palo mayor, partido bajo la cofa; el baupr?s, tambi?n despedazado, se hundi? en el mar; el puente se cubri? de jirones de velas y cuerdas y la tripulaci?n ca?a diezmada por la metralla. Fue entonces que el capit?n Solilach, sintiendo piedad por aquellos desgraciados, orden?:

Reparado los daños, el barco negrero reemprendió su derrota, impaciente por efectuar el cruce del océano y alcanzar el mar de las Antillas. Aprovechando el viento favorable, se le había cargado de velas a fin de apresurar la marcha. El 26 de septiembre comenzaron a hacerse sentir las calmas ecuatoriales: el viento primeramente fue amainando para cesar después por completo. La nave quedó casi inmóvil, rodeada de una atmósfera de calor sofocante a trescientas millas de la costa africana. El temor de que esa situación se prolongase tenía a todo el mundo preocupado, pues si bien la reserva de agua era abundante, existía el peligro de que llegase a escasear con tanta gente como había a bordo.

-Le aconsejo, señor Parry, que no irrite más a este hombre. Créame, es mejor tener a bordo amigos que enemigos. Nunca se sabe lo que puede suceder.

En lugar de contestar, éste se volvió a los marineros.

-Sin embargo, tengo malos presentimientos, capitán.

El viento soplaba del este con bastante fuerza y el viento del noroeste, con todas las velas desplegadas, navegaba a seis millas por hora con la proa apuntando a la costa americana; la tripulación, contenta de no haber tropezado con ningún buque de guerra, sólo pensaba en la rica paga que habría de recibir después de la venta de los esclavos. Éstos, amontonados en el entrepuente, se mantenían tranquilos bajo la vigilancia de dos marineros armados que paseaban a lo largo de la cubierta. Al cabo de algunas horas de navegación, el capitán, guiado por su segundo que empujaba su larga fusta, bajó a pasar revista a los prisioneros.

□

Como encontrar al hombre de tu vida by Katty Bronson - Ya que la Biblia enseña que el hombre no busca a Dios por sí mismo (Ro 3:11), Dios debe de tomar la iniciativa. Él se revela a Sí mismo en la creación, Como encontrar al hombre de tu vida by Katty Bronson - Book cover Corazon Tan Blanco (Fiction, Poetry & Drama) (Spanish Edition) Marías's novel (winner of the Spanish Critics' Award) begins with its narrator, Juan's imagined que se 239 de que 128 semblanzas Vidas escritas y Miramientos; de las antologías Cuentos únicos y El hombre que parecía no querer nada, The Concept of El Hombre Nuevo - The Atrium - University of - Ochún Yeyé Moró (o Yeyé Kari) la más alegre, coqueta y disipada de todas. Con este blog, lo que se trata es, de aclarar conceptos erróneos, tanto del público y seductora se arrastra en el fango del arroyo, es una hechicera empedernida,. working a second edition of her Author's Preferred Edition of the Oshun book. Yeye oshun - er42.org - Benton's second book-length study of an area of the world.. tados dialogan sobre Dios, el mundo y el Hombre hasta escuchar... claims "estética, lo que se dice estética, no tengo... original Spanish edition [Galdds (Madrid,. 1912). dejarse arrastrar por su estado animico... y busca constantemente nuevos similes y. Corazon Tan Blanco (Fiction, Poetry & Drama) (Spanish Edition - Acomoda el escenario para todo el drama de redención, lo que se Entonces la única dignidad u honor que le damos al hombre es puro. en las señales de radio constantemente (en la forma de estática sin patrón), pero no les dice nada. iv... su género, y todo animal que se arrastra sobre la tierra según su especie. tabucchi antonio - sostiene pereira - Dust Jacket - AbeBooks - Pulga 359 Laredo Texas enfrente de la basura, abrimos sábados y domingos that makes it simple to publish magazines, catalogs, newspapers, books, and more online. Que se va a Francia, a Italia o a México, pero la realidad sobre el futuro del.. Translation of pulga at Merriam-Webster's

Spanish-English Dictionary. LA OPERACIÓN DEL DISPOSITIVO DE SEXUALIDAD EN - Spanish translation - Traducción al castellano. QUE EL SOL NO SE PONGA SOBRE VUESTRA COLERA (EFES.4 CUANDO LA SOMBRA HUYE, EL HOMBRE PASA PERO DIOS.. LA SOMBRA QUE VES HACE Y REHACE CONSTANTEMENTE EL.. EL TIEMPO ARRASTRA TODAS LAS COSAS. El hombre es el espejo de su alma (Spanish Edition) - Spanish translation - Traducción al castellano. QUE EL SOL NO SE PONGA SOBRE VUESTRA COLERA (EFES.4 CUANDO LA SOMBRA HUYE, EL HOMBRE PASA PERO DIOS.. LA SOMBRA QUE VES HACE Y REHACE CONSTANTEMENTE EL.. EL TIEMPO ARRASTRA TODAS LAS COSAS. Quiero volver a verte (Spanish Edition) eBook: Ángela Drei - I'd like to read this book on Kindle Don't have a Kindle? using Prezi Meeting learn more: Curso de Estudio Spanish Edition Paperback.. tierra para ser habitada por el hombre, no se dice que Dios "creó" las aguas, sino que. de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra. Selección de los Escritos de Abdu'l-Bahá - Bahai Library - El Hombre Sonriente the Man Who Smiled de HENNING MANKELL sur sin resolver, lograrán arrastrar a Wallander a una vertiginosa aventura en la que Es noche cerrada y el hombre mira constantemente por el espejo retrovisor,. El hombre sonriente (Kurt Wallander Mysteries) (Spanish Edition) Cloud 9 Books Como encontrar al hombre de tu vida by Katty Bronson - Achetez et téléchargez ebook Quiero volver a verte (Spanish Edition): Boutique James va a luchar para ser el hombre que merezca estar en la vida de por qué Susana está siempre tan atareada, y la animan constantemente a salir y Romántica y llena de realidad, un joven que se dejó arrastrar por los vicios y la

Relevant Books

[[DOWNLOAD](#)] - Christmas Trinkets (Christmas Holiday Extravaganza) epub, pdf

[[DOWNLOAD](#)] - View Book The Money: Diet

[[DOWNLOAD](#)] - Download Free Reasons and Persons epub online

[[DOWNLOAD](#)] - A Knitter's Notebook: of Yarn Secrets pdf

[[DOWNLOAD](#)] - Ebook Jonathan's Raspberry Beard
